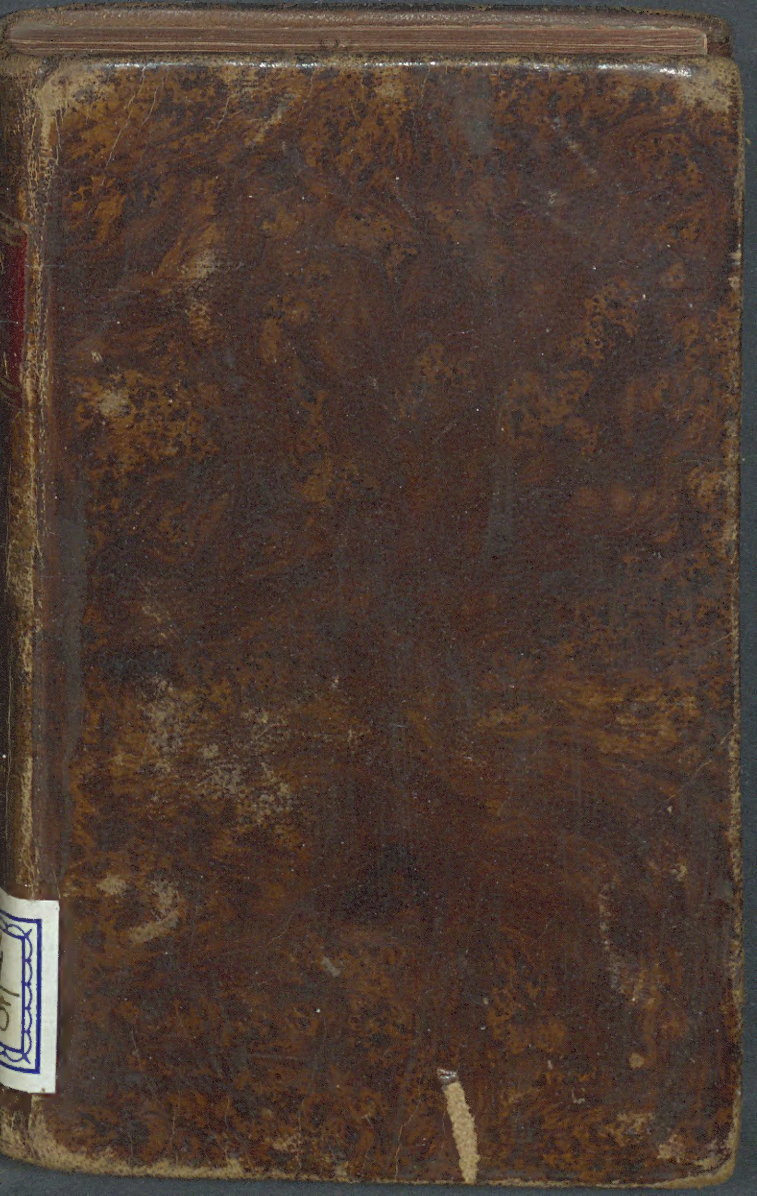






LAS TARDES
DE LA GRANJA,
Ó
LAS LECCIONES DEL PADRE.

TRADUCCION LIBRE DEL FRANCÉS

POR DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

SEGUNDA EDICION, CORREGIDA.

TOMO QUINTO.

MADRID
POR GOMEZ FUENTENEBRO Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1811.



¡Rústicos techos, campos abundosos,
magnífico estrellado pavimento,
alma naturaleza! los mejores
libros de la enseñanza sois vosotros.

TARDES

CONTENIDAS EN ESTE QUINTO TOMO.

LAS TARDES
DE LA GRANJA.

TARDE XXXI.

LA JUSTICIA.

Historia del droguista Aubri.

A la mañana siguiente Palemon hizo llamar á Armando, á quien la historia del casamiento de Ledoux habia interesado mas que á sus hermanos. Bien imagi-

naba que los talentos y las artes pueden igualar qualquiera distancia entre los hombres ; pero se admiraba de que se hubiese hallado un gran señor, tan poco esclavo de las preocupaciones, que se hubiera resuelto á casar á su hija con el hijo de un simple labrador. Tambien él lo era ; y tambien, como Ledoux, sabia dibuxar, entendia la música y tenia otras gracias, con lo qual, aunque careciese de grandes bienes de fortuna, podia aspirar á un partido brillante. ¡ Quánto le estimulaba y ensoberbecia esta idea ! ¡ cómo se proponia aplicar la mayor in-

tension á los agradables estudios que cultivaba baxo la direccion de su padre! Véase aquí el fruto de la moral que ofrecen los exemplos. Aunque sus hermanos, y aun su mismo padre, hubieran querido persuadirle que podia pretender el enlace mas ventajoso, no lo habria creido; pero sus ojos le habian proporcionado el convencimiento; y esta experiencia se convirtió en utilidad de sus principios, sus disposiciones y su emulacion.

Estas reflexîones le ocupaban quando recibió el recado de su padre. Subió á su quarto, y Pale-

mon le dixo : hijo mio, como tú eres el mayor de mi familia, debes substituirme en mi ausencia; y así por dos ó tres dias te encargarás del cuidado de la casa. Miguel, el labrador vecino, no va á París como pensaba; y he resuelto hacer este viage para entregar yo mismo á Mr. Bertier el dinero que necesita mi bienhechor Delacour. Está muy infeliz, y no debo perder instante en su alivio: pues el necesitado que espera un pago ó un socorro, cuenta los dias, las horas, y aun los minutos; y es obligacion muy sagrada socorrerle con prontitud.

Voy pues á ponerme en camino; tú, como mayor, y que ya no se te puede llamar muchacho, debes tener grande vigilancia; y quando vuelva, me participarás todo lo ocurrido en mi ausencia; pero delante de tus hermanos, pues no me gustan delaciones secretas, que suelen rebaxar ó exâgerar las cosas. Esta es la llave de mi buró, donde hallarás el dinero necesario para mantener la casa en mi ausencia, que, á lo mas, será de quatro dias; y llevarás una razon exàcta de todo el gasto. — Padre, mucho agradezco vuestra confianza; y espero

que á la vuelta os convencereis de que no la he desmerecido. — Así lo creo, hijo mio.

Al instante se difundió por la casa la noticia del viage del anciano; parecia que sus hijos se veian amenazados de la mayor desolacion, y que perdian para siempre todas sus satisfacciones, todos sus placeres y toda su felicidad. Palemon los reunió, y les dixo: yo transfiero todos mis derechos á vuestro hermano Armando, obedecedle como á mí mismo; seguid sus consejos, que yo desde ahora apruebo quanto él hiciere.

Los muchachos abrazaron á su padre, derramando lágrimas, miéntras que la buena Marcela en un rincon de la sala murmuraba entredientes porque no se le habia confiado el manejo de la casa. Palemon montó á caballo, se despidió de sus hijos, y partió.

Parecia que la casa se habia convertido en un melancólico desierto: tan agradable la hacia la presencia del anciano. Todos los muchachos se miraban con el corazon oprimido, y sus ojos llenos de lágrimas; y Armando, con cierto ayre de autoridad, les encargó que fuesen á entregarse á sus

respectivas ocupaciones. Negáronse todos: primer movimiento de insubordinacion, y acaso de envidia, especialmente de parte de Benito y Adela: siendo efecto en aquel de un sentimiento vil que no sabia vencer, y en ésta de un exceso de vanidad que la inspiraba la reflexîon de que era mas natural fiar el cuidado de la casa á una persona de su sexô. Armando se enfadó, pero le contradixeron; replicó, le contestáron; y vease aquí la guerra declarada. Armando colérico como un tigre se retiró á su quarto, diciendo que él apuntará dia por

dia , y hora por hora , todos los actos de desobediencia de sus hermanos ; pero estos le dexáron decir , se le riéron , y se fuéron todos á jugar en el patio , á cuya puerta se presentó un hombre que trahia un bulto bastante grande ; y dirigiéndose á Benito , le dixo : — ¿ Vive aquí el labrador Palemon ? — Sí señor — Siendo así , entregadle este regalo. — ¿ De parte de quién ? — El que le envia no quiere ni aun que se sospeche quien es : á Dios.

El hombre se retiró ; y Benito confuso , levantó un blanquísi-

mo lienzo que cubria una soberbia empanada, cuyo delicioso olor embelesaba. Al momento le rodeáron los demas, y le preguntáron: ¿qué te ha dado ese hombre? — Una empanada. — ¿Para quién? — Para papá? — ¡Quién la envia? — No ha querido decirlo, ni el que la envia quiere que se sepa. — Véamosla: ¡caramba! ¡qué grande! ¡qué buena pasta! ¡qué olor... Atended, dixo Benito, me ocurre una idea: papá está ausente, y tardará en volver, no sabrá quien le ha hecho este regalo, y tampoco necesitamos decírselo á Armando.

Guardémosle, y le comerémos á las horas de merendar. — ¡O! no; dixo Adela, eso seria mal hecho.— Pues bien, si eres tan escrupulosa no probarás ni un bocado. — Si padre lo sabe... — ¿Pero quién se lo ha de decir? ¿nosotros? — Pero... — Vaya, vaya ¡tantas ceremonias para comer una empanada! Yo sabré decidirte, dixo Benito; y al instante arrancó un pedazo de la sabrosa pasta, se la engulló á vista de sus atónitos hermanos, y luego exclamó: ¡qué buena! ¡qué rica! ¡no he probado cosa mejor en mi vida!

¿Qué partido debian tomar sus

hermanos? ¿se lo dirian á Armando? ¿Permitirian que Benito solo se regalase? La empanada ya habia sufrido una embestida, una de sus murallas estaba con brecha abierta, y ésta no se podia cubrir, el asalto era fácil: por tanto se resolviéron á darle; y cada qual, como valiente campeon, se armó de un resplandeciente cuchillo para arruinar los indefensos flancos de la enorme máquina. Pero seria imprudencia hacerlo en el patio: un cenador de la huerta era sitio mas apropósito para consumar el sacrificio, allí no pueden ser descubiertos; y en fin, no podian temer de

parte del que habia enviado el regalo, y podian ser golosos impunemente. ¡Mas ay! pronto se verá que nuestros héroes no lo habian previsto todo. ¡Genio perseguidor de los muchachos! tú, que te complaces en atormentarlos y descubrir sus menores defectos, ¿por qué te encuentro siempre siguiendo mi pluma, quando tengo que referir algunas de sus travesuras? Veamos sin embargo, cómo harás, cómo te manejarás para descubrir la que he referido.

Los muchachos ya estaban en el cenador; y allí cada qual se apo-

dero de una porcion de la atractiva empanada, se deleytaba, y se pavoneaba al mismo tiempo que comia. Adela miraba con tiernos ojos á Leon, quien, como tenia la boca llena, nada la decia; y Julio se saboreaba con su racion, en tanto que Benito comia con tal ansia que amenazaba no dexar migaja. Todos se regalaban, y ninguno hablaba. Nada les distraia, nada les divertia tanto como esta sabrosa ocupacion; pero, ó desgracia inesperada!

Dos fastidiosos se presentáron, y eran Armando y Marcela. Esta tenia en la mano un pedazo de la

misma pasta que devoraban con tanta complacencia... ¿Es posible? Sí, era una parte de la pasta misma. ¿Quién se la habia dado? ¡pues ciertamente no la habian llamado á comunidad! ¿pues cómo poseia una parte de este tesoro? Esto es lo que Armando nos explicará. ¿Qué es esto? preguntó Armando con una voz de trueno. — Hombre, yo no sé nada, respondió Benito, metiendo en la faltriquera los ostensibles restos de su racion. — ¿Nada sabes? replicó Armando, meneando la cabeza, pero todos comeis, segun parece: bien pudiérais decirme... — Dínos tú, in-

terrumpió Julio, ¿cómo ha llegado á poder de Marcela lo que tiene en la mano? — No es muy dificil de explicar, respondió ésta: yo estaba junto á la puerta de la leñera, que cáe al patio, y en donde está de dia encerrado nuestro perro *Galaor*, gruñía este sin cesar; y por saber lo que queria le abrí, se puso á olfatear, y al instante ví que encontró un pedazo de empanada; díle un grito terrible, y como es tan dócil lo dexó; yo lo recogí, le dí parte á Armando, y como en casa no habia la menor cosa de masa, al instante conocimos que sería

alguna pasada vuestra; y en fin, hemos venido á ver cómo acabais con un regalo, de que nó tendriamos noticia á no ser por el maravilloso olfato de *Galaor*.

Los muchachos quedáron atónitos y aturdidos. No advirtiéron que se les habia caido en el patio un pedazo de la empanada, desnivelada ya con la primera embestida de Benito; ni que el perro atraido por el olor, queria salir de la leñera para participar del banquete. No se atrevian á hablar ni una palabra. Armando les preguntó, y Leon fué el único que tuvo valor para decir la verdad.

Armando se hizo entregar el resto de la empanada; y sin detenerse fué á apuntar esta escena en su diario.

No pintaré la tristeza en que toda la mañana estuviéron sumergidos los golosos. Al declinar el dia se reuniéron en el terrazo, no para jugar, no para divertirse, sino para suplicar á su hermano que borrase del libro verde una falta de que ya estaban muy arrepentidos. Resistióse Armando, porque si su padre llegaba por casualidad á sàberlo, le haria reo de un injusto disimulo. Los muchachos duplicáron sus ruegos, y

Marcela, que tenia muy buen corazon, se puso de su parte, hasta que Armando consintió en borrar la nota, baxo la condicion de que sus hermanos, hasta la vuelta de su padre, no volverian á ponerle en la precision de delatarlos. Todos se lo prometiéron, la alegría renació en la asamblea, y aun excitó su risa el petardo que habia pegado *Galaor* á los delinqüentes. ¡Es de maravillar, exclamó Benito, cómo se descubre todo! —— Y por unos medios que no se pueden precaver, añadió Leon. —— Dios lo dispone, dixo Adela. —— Sí, concluyó

Julio, el delinqüente siempre comete alguna imprudencia que le descubre.

¡Si bien lo supierais! exclamó la buena Marcela. Yo sé una historia terrible, que tiene mucha conexîon con lo que habeis dicho. ¿Una historia? dixo riéndose Leon, ¿quisierais hacernos el favor de contarnosla? —— ¿Y por qué no la contaria, señorito? repuso Marcela con tono agrio: ¿le parecerá á este caballero, que no sabemos hablar como otro qualquiera, y que él se lo sabe todo! ¡no es mala presuncion! ¡temprano y con sol! —— Perdonad,

Marcela, dixo Armando, no os enojeis por eso; y decidnos esa historia si no es demasiado larga. — No por cierto, no es larga y es muy interesante: mi madre conoció al pobre Aubri, que era un droguista á quien le sucedió. — ¡Ola! ¿con qué es una historia verdadera? — ¿Verdadera? lo mas que puede ser una historia: ahora la oireis, estad con atencion. Los muchachos se acercáron á Armando, el qual temía que Marcela iba á fastidiarlos; pero por no desagradar á su buena ama de gobierno, se resolvió á escucharla. Marcela se qui-

tó los anteojos; dexó la labor, y á su modo dió principio á la historia en estos términos.

Era en una ciudad de provincia que se llama... se llama... no me acuerdo.... y es mucho, porque mi memoria es tan... pero al cabo, el nombre de la ciudad no hace al caso; tal vez me acordaré conforme vaya hablando. Digo pues que vivia en una ciudad de provincia un droguista llamado Aubri, el qual entendia muy bien su oficio y sabia hacer su negocio. Tenia una infinidad de parroquianos, al paso que dos droguistas que acababan de

abrir tienda en una callejuela poco freqüentada, no despachaban sino muy pocos de sus generos. Estos, que eran jóvenes, y se llamaban los hermanos Martin, concibiéron tal odio contra Mr. Aubri, que resolviéron perderle. Para esto se valiéron de muchos medios que no les aprovecháron; y Mr. Aubri, conociendo su mala voluntad, recurrió varias veces á la justicia para que contuviese sus insultos y calumnias. Pero ellos no se desanimáron; y viendo que les era imposible vengarse abiertamente, se valiéron de la traicion para

deshacerse de aquel hombre á quien aborrecian.

Mr. Aubri no tenia hijos, y le ayudaba en el comercio su muger que tenia bastante capacidad. Para descansar de las tareas de la semana habia comprado Mr. Aubri una casita de campo, poco distante de los arrabales de la ciudad, y pasaba en ella todos los domingos. Su muger salia el sábado por la mañana á fin de prepararlo todo para servir á su marido, el qual iba á su casa de campo sábado por la noche despues de haber cerrado su tienda; y siempre era ya muy de

noche quando salia. Nunca atravesaba la ciudad; y tenia la costumbre de pasar por una pequeña calle de árboles, lindera á un bosque que estaba justamente detras de la ciudad, al pie de las casas del arrabal. Los hermanos Martin, que sabian todo esto resolviéron aprovecharse de estas circunstancias, de la soledad de la noche, y del tiempo en que pasára por allí Mr. Aubri, para prepararle la tragedia mas lastimosa. ¿Creeis que le esperáron para asesinarle? nada de eso; mas astutos en su venganza, se manejáron de distinto modo.

Habia en la calle de Mr. Aubri un mozo muy tonto y pesado, á quien él varias veces habia echado de la tienda porque le molestaba. A éste buscáron los Martin, y le dixéron: Nicolás, ¿quieres ganar diez luises? — ¿Pues no he de querer? vaya, vaya, ¿quién pregunta eso? —— Pues bien: mañana, que es sábado, á las nueve de la noche estarás en la calle de los castaños, que allí nos encontrarás. Esta era precisamente la calle de árboles por donde pasaba Mr. Aubri para ir á su casa de campo. Los malvados, á las ocho fuéron á aquel sitio, se

ocultáron en el bosque, y viéron que Mr. Aubri pasaba á la hora acostumbrada sin recelar la menor cosa del horrible lazo que le disponian. A muy breve rato se presentó Nicolás, reconociéronle, y saliéron del bosque. Entónces este bárbaro les preguntó: ¿y los diez luises? ¿qué tengo de hacer para ganarlos? —— Poca cosa, respondió el mayor de ellos: aquí estan, en esta piedra los dexo, y serán tuyos con tal que grites tres veces, de modo que te oigan: *Mr. Aubri, ¿qué os he hecho? ¿por qué me quereis asesinar?* — ¿No ès mas que eso? repuso Nicolás

riéndose : ¡valiente empeño! pero supongo que no le vendrá mal á Mr. Aubri. —— ¿Qué mal? vaya, comienza : solo tres veces, y el dinero es tuyo.

Y ve aquí que el bárbaro gritó á todo gritar por dos veces: *Mr. Aubri ¿qué os he hecho? ¿por qué me quereis asesinar?* — Mas fuerte y con mas dolor, le dixo el mayor al oido; y Nicolás volvió á repetir con voz dolorosa las mismas palabras. Apénas acabó, reclamó la suma prometida; pero ¿ó maldad? el hermano mayor le tiró un pistoletazo; y cayó muerto á sus pies. ¿Os

estremeceis hijos mios, y os compadeceis acaso del pobre Nicolás, víctima de una astucia á que se habia prestado sin prever las conseqüencias? Esperad, y oireis cosas que os maravillen.

Los dos hermanos tomáron su dinero, y sin dexar en el sitio otra cosa que el cadáver de Nicolás, se retiráron por sendas extraviadas, y volviéron á la ciudad. Entretanto á las voces de Nicolás, y al tiro se abriéron las ventanas de las casas que caían hácia aquella parte, y desde ellas clamáron las gentes: *favor... justicia... al asesino...* Los facinerosos echáron la voz de

que pasando casualmente por junto á aquella calle de árboles habian visto el modo horrible con que trataba Mr. Aubri á un tal Nicolás; que tambien los habia visto luchar; y que al fin Mr. Aubri habia tirado un pistoletazo, pero que ignoraban sus conseqüencias. Los vecinos acudiéron y rodeáron el cadáver; llegó la justicia, se informó, los Martin declaráron lo que llevo referido, y los vecinos contestáron en las exclamaciones de Nicolás. Fué la justicia á la casa de campo de Mr. Aubri, por ser dia en que siempre iba á ella por aquel camino, le encontráron ce-

nando tranquilamente con su muger, sin el menor recelo de la desgracia que le esperaba. Le prendiéron, le encadenáron, y le lleváron á la cárcel. Preguntó el motivo de su prision, y solo le dixéron que bien le sabia. Al infeliz le presentáron al dia siguiente el cadáver, y se estremeció al verse acusado de asesino. En vano negó, en vano representó el ningun interes que le resultaba de cometer semejante homicidio, pues los dos hermanos sostenian haberle visto matar á Nicolás, y otros testigos insistian en las exclamaciones de éste, ántes de oir el pistoletazo.

El infeliz nada comprehendia de estas declaraciones; y solo veía que su desgracia era obra de sus dos enemigos, que eran los únicos que se presentaban como testigos de vista, y los mas encarnizados en su pérdida. El Juez, hombre íntegro y delicado, daba, como dicen, largas al asunto, porque no podia persuadirse á que era delinqüente un hombre de su reputacion, y cuya buena vida y costumbres habian sido generalmente conocidas. Pero en fin, el asunto aparecia claro, habia dos testigos de vista y mil de oidas, la prueba rayaba en evidencia, el crí-

men de Aubri estaba contestado, ya se habia valido de quantos medios le habia sugerido su inocencia, pero eran débiles contra pruebas tan concluyentes. El desgraciado Aubri fué condenado á horca, y padeció la pena en la misma ciudad, donde habia sido estimado por su buena conducta y probidad.

¿Se os asoman las lágrimas? yo lo creo: eso prueba vuestro buen corazon; y diga lo que quiera el señor Leon, yo sé contar una historia tan bien como qualquiera. Pero voy á lo mas admirable de este suceso, que parece in-

creible; aunque se verificó, ni mas ni ménos, como yo lo cuento. Por casualidad, uno de los cirujanos del pueblo estaba de concierto con el verdugo, para que le entregase el cuerpo del primer delinqüente que fuese ajusticiado, á fin de disecar el cadáver. Cavalmente el cirujano era amigo de Mr. Aubri: juzgad quál sería su dolor viendo entrar en su casa el cadáver de un hombre á quien habia estimado, y á quien nunca habia creido culpado. Pero ¡ó juicios de Dios! quando el sensible cirujano estaba tristemente contemplando el cuerpo, un li-

gero suspiro que exhaló le hizo ver que no estaba inanimado. Llamó á su muger, y la dixo: amiga mia, ve aquí á Mr. Aubri; aun puedo salvarle; solo quiero que me ayudes á ponerle en esta cama, y que el secreto quede entre los dos.

Estos dos compasivos esposos aplicáron el mayor esmero en socorrer á Mr. Aubri, el qual despues de algunos dias recobró sus sentidos, y al cabo de un mes el uso de la voz. Todo lo que habia pasado, le parecia á Mr. Aubri como un sueño; miraba donde se hallaba, y se maravillaba; pero el cirujano y su esposa le estrechá-

ron en sus brazos; él los reconoció, y cayó en un delirio, convencido de la triste realidad de su suplicio. Poco á poco se fué recobrando; y quando ya pudo hablar agradeció á sus amigos sus favores, y les juró que se hallaba inocente. Madama Aubri recibió la noticia del estado de su esposo con la mayor alegría; pero supo contenerla y portarse con la mayor discreccion. En fin, su marido se restableció del todo, quedándole solo una especie de ronquera que hacia su voz desagradable, y la cabeza inclinada sobre la espalda; pero, aunque es-

tropeado para toda su vida; vivió á lo ménos para acreditar su inocencia. Este era su designio, del que no se apartó á pesar de los prudentes consejos de sus amigos, y de las lágrimas y ruegos de su esposa, á quienes dixo: pues unos malvados me han perdido, yo tambien quiero perderlos, para lo qual se me proporciona un medio excelente. Ya han pasado ocho meses despues que sufrí mi castigo, y estoy tan otro que casi es imposible conocerme. Me presentaré al Juez, en quien reconozco mucha integridad, y le diré: la franqueza con que me pre-

sento os descubre mi inocencia; y no podrá ménos de creerme. Además de esto, os vuelvo á decir, que tengo un medio excelente para confundir á mis asesinos.

Sin embargo, pues, de las reflexîones de sus amigos, Mr. Aubri esperó á una noche en que se halló mas fuerte para atravesar la ciudad, y se presentó en casa del Juez de su causa. Pidió audiencia, y le introduxéron en el gabinete del Magistrado, á quien, desembozándose, le dixo: señor, ¿me conoceis? —— A la verdad... tengo alguna idea... muy confu-

sa... pero que ántes de ahora os he visto. — Yo soy, señor, el desventurado Aubri. — ¿Vos?.... ¡Cielos! — Sí señor: yo soy el infeliz Aubri, vivo por una dichosa casualidad, y vengo á juraros mi inocencia. — ¿Vuestra inocencia? pues yo os he sentenciado sobre pruebas bien claras y convincentes. — Yo no sé cómo se ha conducido este asunto, ignoro los manejos de mis calumniadores; pero me hallo inocente. Yo os lo juro; ¿á ser criminal, me presentaria á vuestros ojos? — Es cierto... (el Juez quedó un rato pensativo, y luego añadió) es

muy cierto: y aun os confieso que me ha costado mucha repugnancia creeros responsable de tan atroz delito. Sosegaos, buen hombre, y hablemos. Decidme: ¿no sospechais quién ha podido perderos?— Los dos hermanos Martin eran, hacia mucho tiempo, mis declarados enemigos. — ¡Ciertamente que sus declaraciones han sido terribles! ¿pero los vecinos que oyéron las voces de Nicolás... — Eso me confunde, no sé á qué atribuirlo; pero mis enemigos, sin duda, darán la explicacion de este enigma. Haced que vengan á esta casa, yo concurriré á la hora

que me señalareis, y oculto detras de estos tapices... — Ya os entiendo.... Venid mañana á las siete de la noche, yo los citaré, y veremos si se puede descubrir algo.

Despidióse Aubri del Juez, el qual mandó al instante que los dos Martin se presentasen á las siete de la noche del siguiente dia. Estos miserables gozaban tranqüilamente el fruto de su perfidia. Desde la ruina del inocente Aubri prosperaba su comercio, y cada dia se aplaudian en su corazon del partido que habia tomado. Quando les intimáron la

órden del Magistrado no concibiéron la mas leve sospecha del objeto á que eran citados; y creyendo que sería para cosa de su comercio, se presentáron á la hora señalada. El Juez, afectando mucho misterio, les hizo entrar en su gabinete, y cerró la puerta con toda seguridad; pero quedáron atónitos al oir las razones del Magistrado, que fuéron estas: amigos mios, yo os he llamado para ver si puedo conseguir el sosiego de mi alma y de mi cuerpo. Hace ocho meses que me siento interiormente atormentado, y el sueño huye de mis ojos. ¿ El

droguista Aubri, á quien condené por vuestras deposiciones era efectivamente criminal? — ¿Pues, señor, ahora teneis esa duda? — La tengo, sí, y muy fundada. ¿Con que vosotros le visteis en el momento... — Sí señor, le vimos lo mismo que ahora os vemos. — Mucha es mi inquietud. — Perdonad si no os comprehendemos; ¿al cabo de ocho meses teneis escrúpulos, y volveis á exâminarnos sobre los delîtos de aquel malvado? Nosotros fuimos testigos, como los demas; y á esto se reduce todo. — Voy á hablaros con franqueza. Acaso me

tendreis por ignorante y aun de iluso; pero lo cierto es que se me aparece el difunto Aubri... le veo... me jura su inocencia, y os acusa á los dós. — Pero perdonad si nos atrevemos á decir que eso es una extravagancia: ¿es posible que creais semejantes ridiculeces? ¡un Magistrado!... — Sí señores, yo lo creo. — Sin duda os quereis chancear. — No por cierto: yo veo á aquel infeliz por las noches, se me presenta como un horroroso espectro. — Pero si eso fuese así, mas regular seria que se nos apareciese á nosotros; nos degollára, ó... ¿qué sé yo?...

vaya, vaya: señor esas son ilusiones y cuentos de viejas; los muertos no vuelven por acá.— Sin embargo algunas veces... ¿pero qué diriais si le vierais como yo le veo?—— Eso es imposible.—— Me ocurre una idea, y es: que nos pusiesemos á orar, pudiera ser que se apareciese en este mismo quarto.— ¡Ya teniamos que esperar! — Para Dios no hay imposibles! hagamos lo que he dicho. —— Pero señor... —— Amigos, hacedme este favor: ¿qué os cuesta satisfacerme? ¿tal miedo teneis de ver á Aubri que no podriais soportar, como yo, su presencia? —— No

es eso, señor; sino que no somos tan simples que creamos...— Pues bien, si nuestra oracion no produce efecto, yo os permito que os riais quanto quisiereis de mi credulidad. Pongámonos de rodillas, y procuremos juntos aplacar el alma de aquel desdichado.

Los dos hermanos se miraban; y apénas podian contener la risa. No podian concebir como cabía tan rídiculo pensamiento en un Magistrado; pero al cabo se resolviéron á complacerle, y todos se arrodilláron delante de una devota imágen del Salvador. Entónces el

Juez exclamó : alma del desgraciado Aubri, si no cometiste el crímen que te imputáron, y si te es permitido dexar la region de los muertos para confundir á los vivos, yo te ruego que te presentes.... Los hermanos se echáron abiertamente á reir; pero el Magistrado, sin hacer caso, prosiguió : alma del desdichado Aubri, ven á confundir á tus calumniadores.

A estas palabras, Aubri, vestido de blanco, salió de donde estaba escondido; y encarándose á los hermanos, le dixo : vedlos aquí, estos monstruos son los que

me calumniáron. Los delinqüentes, aterrados con tan inesperado suceso, cayéron en tierra, y solo pudiéron decir : sí... sí, tiene razon : nosotros dimos muerte á Nicolás : retírate, horrible fantasma, y déxanos lugar para el arrepentimiento.

Aubri se retiró. Unos testigos, prevenidos para el efecto, oyéron la declaracion de los dos miserables, que al instante fuéron encerrados en la cárcel, donde expusiéron todas las circunstancias del caso, y recibiéron luego el correspondiente castigo. El pobre Aubri vindicó su honor, se le diéron to-



Si eres reo, en confianza
De que no se ha de saber,
Apoyas tu parecer
En una vana esperanza;
Que aunque la humana venganza
Pueda evitar tu malicia,
De tu crimen la noticia
Hasta el Cielo ha de subir,
Y es imposible el huir
De la divina justicia.

J. Garrido la g.º

das las posibles públicas satisfacciones ; y pasó dias felices acompañado de su querida esposa, del cirujáno y su muger, á quienes habia debido tanta fortuna.

Esta es la historia, hijos mios. Por ella veis que Dios nada dexa sin castigo ; y que tarde ó temprano se llegan á descubrir los delitos. Mucho habláron los muchachos sobre este suceso ; y mucho riéron pensando en el terror que les causaria á los malvados la repentina aparicion de Aubri. Armando se sonrió viendo la satisfaccion que experimentaba la buena Marcela por la impresion que ha-

bia hecho el suceso en sus hermanos; pero se propuso no dar lugar al insaciable deseo que ella tenia de hablar; y todos se retiráron muy complacidos del entretenimiento de aquella tarde.

TARDE XXXII.

LA INSUBORDINACION.

Efectos de la ausencia de Palemon.

Todo un dia pasó sin diversion, sin tarde entretenida, en una palabra: todo fué un tedio insoportable. Con la ausencia de su padre experimentaban los muchachos un vacio horroroso. Ni jugaban, ni se dedicaban á sus acostumbradas ocupaciones; se paseaban, se miraban, pero nada hacian. En vano quiso Armando va-



lerse de la autoridad que le habian confiado; nada alcanzó; y no pudo hacer mas que retirarse á su quarto para apuntar en su diario todos los motivos de disgusto que le daban sus hermanos, los quales lleváron á tal extremo la insubordinacion, que determináron hacer una partida de campo sin su consentimiento, y aun sin darle parte. Benito fué el inventor de esta especie, diciéndoles á sus hermanos: amigos, hace un tiempo hermosísimo que nos promete será muy apacible la mañana siguiente: aprovechémosla haciendo una corta visita al jóven Emiliano.

Bien os acordareis de sus aventuras, que nos contáron el año pasado: no vive léjos pues apénas habrá una legua: vamos á verle.— Me gusta el pensamiento, dixo Adela: tengo muchísima curiosidad de saber si este muchacho ha encontrado á sus padres, y de ver á la buena Brigida: y sin duda que Armando vendrá tambien con nosotros. —— ¿Armando? respondió Benito: no por cierto, no vendrá; ¿y para qué? ¿para estar regañándonos continuamente? ¿pues no quiere mandar mas que padre? No señor, no; ni una palabra se le ha de de-

cir. —— Nada, nada, añadió Leon; bastante grandes somos para ir solos. —— Unos mozos como nosotros, dixo Julio quadrándose, no necesitan de protector. — ¿ Pero, replicó Adela: si se enfada, y se lo dice á papá? —— Que se lo diga; yo apuesto á que padre no se enfada tanto como él; fuera de que, ¿nos han de reñir por ir á visitar á unas gentes honradas y virtuosas que nuestro mismo padre nos ha dado á conocer? —— No. —— No. —— No. —— Pues ya está resuelto: mañana despues de almorzar iremos los quatro solos, y volveremos á comer: ¡qué rabia

tendrá Armando por no haber ido con nosotros! pero que aguante, y vaya á mandar á sus criados.

Resueltos ya nuestros quatro amotinados, no pensaron mas que en la execucion de su proyecto. ¡Qué placer para ellos verse libres y hacer quanto se les antojase, sin tener nadie que los fiscalizase! Brilló por fin la aurora del deseado dia; almorzáron sin decir nada al severo Armando, que se volvió á su quarto; y los demas fueron á componerse y asearse para la visita. Julio presidió al tocador de Adela, la qual, como ya era mas que niña, tenia sus preten-

siones, y manifestaba bastante inclinacion á lo que llaman petrimetrería. Contémplabála Julio embelesado, y ella le dixo: nada tengo que ponerme en el cabello; llevarle liso y llano: qué sé yo.... ¿estaré bien? — Para mí, la respondió Julio con mucha galantería, de qualquiera modo estás perfectamente. — Ya sé yo que tú me favoreces; pero ese bárbaro Benito... siempre me trata brutalmente. — Benito, Armando y Leon son tus hermanos; y yo...— Tambien tú lo eres por adopcion.— Yo no se lo que siento en mí; que me gusta mas ser amigo que her-

mano tuyo: cada vez que pienso en esto... pon, pon la mano sobre mi pecho, ¿no oyes? tic, tac, tic, tac, tic, tac; ¿qué es esto? —— Yo no lo sé; á mí me sucede lo mismo. —— ¡Ah! ¡si quisiera algun dia Palemon casarnos! yo seria dulce y tierno; y me sujetaria en todo á tus deseos, así como el año pasado decias que querias fuese tu marido; ¿no te acuerdas? el dia que reñiste con Benito por las cerezas. —— Ya me acuerdo; pero aquello era hablar por hablar; fuera de que el exemplo de la pobre Madama Dumon, á quien su marido reduxo

á una humilde cabaña para corregirla, me ha hecho mudar de opinion; y estoy seguramente convencida de que la muger debe someterse á la voluntad de su esposo, y que la sencillez de sus inclinaciones, tan necesaria como la pureza de costumbres, contribuye mucho á la paz y bien estar de las familias. —— ¡O! ¡eso sí que es pensar como se debe! mas yo quisiera... —— Calla, que viene Leon: baxa á ver si Benito está dispuesto.

La repentina llegada de Leon interrumpió la ingénua y dulce conversacion de estos jóvenes aman-

tes ; y Julio baxó al patio, donde se admiró de hallar á Benito ocupado en ajustar varias frioleras que traia un buhonero en un caxon. ¿Qué haces ahí? le dixo con bastante aspereza : ¿por qué no te vas á vestir? ya todos estamos dispuestos, y tú solo nos haces esperar. Benito, aunque algo resentido del modo con que Julio le hablaba, conoció que la diversion preparada valia mas que todas las bujerías del buhonero; y medio gruñendo subió á su quarto. Julio tambien se puso á exâminar las mercaderías ; y en tanto que registraba un lazo de cin-

tas con algunas lentejuelas; el hombre le pidió un vaso de agua. Id á la cocina, le respondió Julio: el buhonero dexó su ambulante tienda, y fué en busca de Marcela. Julio se acordó de que su amiga no tenia que ponerse en el cabello, y dixo para sí: ¡Dios mio! ¡qué bien le sentaria este lazo! ¡si no fuese caro!... pero Leon añadirá sus ahorros á los mios.... ¡quiere tanto á su hermana!... Sí, pero ántes es preciso saber si este adorno es del gusto de Adela. Dixo, y sin reflexîonar mas, ni esperar á que volviese el buhonero, tomó el lazo, y subió preci-

pitadamente al quarto de Adela, que le vió entrar, y al instante fijó sus miradas en el lazo que Julio trahía en su mano; y éste la dixo: ¿qué te parece? ¿es bonito? — ¡Bellísimo! — Pues tuyo es. — ¿Quién me hace este regalo? — Sea quien quiera, tuyo es.

Insistió Adela en sus preguntas; y sin responderla Julio, la puso el lazo en los cabellos, del modo que mejor le pareció; y como nos complacemos en mirar adornado el objeto de nuestra inclinacion, Julio se detuvo un breve rato en esta agradable ocupa-

cion ; pero acordándose de que no habia pagado al buhonero, baxó apresuradamente á desempeñarse; pero, ¡ qual fué su sorpresa al no hallar al dueño verdadero del lazo ! Preguntó por él á Marcela, y ésta le respondió que habia ya gran rato que se habia ido. Julio, desesperado, salió de casa, registró todas las cercanías, y á nadie encontró. Segun todas las apariencias el hombre se habia marchado sin detenerse, ni echar de ménos el lazo que le faltaba; pero al cabo, era preciso que lo conociese; y entónces ¿ qué diría ? ¿ qué pensaría ? que le habian robado : es-

to era muy natural : ¡ santo Dios! si volviere este hombre , como es regular , reclamará su lazo , se quejará amargamente , y de qualquiera modo Julio será el acusado sin que baste el pagar lo que pida , porque de todos modos quedará indiciado de ladron. Vease como las intenciones mas puras é inocentes toman á veces un aspecto criminal. ¿Qué dirán sus hermanos ? la misma Adela ¿ qué pensará ? ¿ se descubrirá Julio con ella ? ¿ la pedirá el gracioso lazo, que tanto la gusta , y que tan bien la sienta ?.... No , no podia resolverse á esto.... pero era una

alhaja que no pertenecia á Julio ni á Adela.... ¡qué atolondramiento! ¡qué ligereza!

Consternando Julio volvió á subir al quarto de Adela, y no se atrevía á mirarla. Benito y Leon viniéron á avisarlos que estaban todos prevenidos, y que aquella era la hora mas oportuna para salir sin ser vistos: pues Armando estaba estudiando, y Marcela ocupada en la cocina. Vamos, vamos; esta era la expresion general.

Julio dió la mano á Adela, Benito y Leon los siguieron; y todos aprovechándose de la libertad que tenian para escaparse, saliéron, de-

xáron la puerta cerrada, y corriéron hasta el bosque de los castaños, donde, en otra ocasion habian jugado á las quatro esquinas con su padre. Allí no temiéron ser perseguidos por Armando, pues no podia adivinar el camino que seguian, como que ignoraba que iban á ver al jóven Emiliano. Se sentáron, y descansáron un rato; y Benito, que todavia no habia mirado á Adela, la dixo: ¡qué hermosa estás! ¿quién te ha dado ese lazo?—— (*Julio se puso como un fuego*) ¡No es nada! me le ha dado mi amante. —— ¿Julio? —— El mismo. ¡O! es hombre galan-

te : pero dime , Julio , ¿ te ha costado mucho? — No. . . no mucho. — Nada se hace caro para obsequiar á la que se ama. — ¿ A la que se ama? ¿ pues quién te ha dicho que yo amo á Adela? — ¡ Ah! ¿ no la amas ? — Eso es muy diferente ; la amo , sí.... pero lo mismo que vosotros, como un hermano ama á su hermana. — ¡ Ya, ya! ¡ para el pícaro que lo creyera ! pero al cabo ella es una jóven muy propia para conmover... el corazon... de un hombre tan sensible.... — Lo soy ; y mucho mas á tus injurias ; tú siempre serás un descortés.

Adela, como tan interesada en esta discusion, procuró terminarla, lo consiguió, y volviéron todos alegres á continuar su camino. Pasáron delante de la quinta de los Nogales, y allí no se acordaban qué camino era el mas corto para llegar á casa de Brigida. Debemos tomar á la izquierda, dixo Leon; no, sino á la derecha, contestó Benito; no, sino por la senda de enmedio, repuso Adela. Preguntáron por la buena Brígida á algunos labradores, pero nadie la conocia: ¿pero Emiliano? —— ¿Emiliano? —— eso es otra cosa: ese muchacho es muy conocido y

amado de toda la comarca; tomad esta senda, que os llevará á su pueblo. En la primera calle, la segunda puerta es de la casa de Emiliano.

Muy contentos con estas señales, tomáron el camino indicado, y en fin llegáron á casa de Emiliano: llamáron, pero nadie les respondió: volviéron á llamar, y una vecina se asomó á la ventana, y dixo: ¿quién llama? ¿por quién preguntais? — Por Brígida y Emiliano. — ¡A buen tiempo! ¿pues qué no sabeis que estan en París hace ya dos meses? Emiliano ha encontrado á su padre, su madre

y toda su familia. — ¿ Con que Emiliano está en el seno de su familia ? ¡ qué felicidad! contadnos como ha sido. — ¿ Qué os cuente como ha sido ! ¡ No es nada el empeño ! — Subiremos á vuestra casa. — ¿ A mi casa sin conoceros ? no es mala la franqueza de los trastuelos.

La vecina cerró su ventana, é hizo muy bien, porque nuestros muchachos, indignados del epiteto con que los habia favorecido, estaban resueltos á decirla mil necedades. Era preciso pues que se contentasen con saber que Emiliano y Brígida eran venturosos, y

determinarse á volver á casa. ¡Volver á casa!... ¡tan pronto..., ¡sin haber disfrutado la libertad de solazarse en el campo!.... ¡es cosa dura! lo mismo los ha de reprehender Armando por una, que por dos ó tres horas de ausencia. Benito lo conocia, y como él era siempre el incitador de los otros, les propuso comer juntos sobre la fresca yerba, pagando cada qual su racion: todos, les dixo, tenemos algun dinerillo ahorrado, á excepcion de Julio que tal vez se habrá arruinado por regalar á su querida: compremos un pastel ú otra qualquier cosa; la co-

merémos en el bosque, y luego jugarémos.

Todos aplaudiéron el pensamiento, é hiciéron su escote. Se entregó la cantidad á Benito, que compró un pan y dos pollas asadas. Luego se encamináron al bosque de los Castaños, que ofrecía mil sitios, á qual mas agradable; y en un delicioso y fresco bosquecillo, inmediato á una fuente, de la que nacia un cristalino arroyo, se determináron á tomar la refaccion. La naturaleza les ofrecia manteles mucho mas hermosos que los que tejen los mas hábiles artifices; los dedos suplian la falta de los

cubiertos; y el sombrero de Benito, que andaba á la redonda, les servia de vaso. Esta comida les recordó la merienda que, en otro tiempo, les ofreció Benito en el bosque quando era compañero del carbonero Lagrange; y esta memoria hizo á Adela estremecerse, temiendo que les acometiesen algunos ladrones, como les sucedió en aquel funesto bosque. No quiso comunicar sus temores á sus hermanos, porque se habrian burlado de ella; pero observaba que el bosque donde estaban, era muy extraviado y desierto; y que desde que se habian sentado á co-

mer, nadie se habia presentado, sin embargo de ser casi mediodia, y hacer un tiempo tan apacible. Por esto no dexaba de hallarse inquieta; y comia con ménos apetito que sus hermanos, mirando siempre á todas partes. ¡ Quál seria su espanto al ver correr hácia ella un hombre desconocido, en cuyo semblante y ademanes se pintaba el furor! Dió un grito y cayó sobre Julio, que no podia concebir la causa del accidente, porque no veia al hombre que ya estaba detras de él. ¿ No es éste, exclamó el furioso, el pícaro que esta mañana me ha quitado

mi hacienda? Leon, Julio y Benito fijáron la vista en aquel bárbaro, y los dos últimos al instante reconociéron al buhonero, el qual, mirando á Adela, prosiguió: justamente es mi lazo el que esta picaruela tiene en su pelo: ¿no es una picardia engañar así á un pobre, que pasa mil trabajos por ganar su vida honradamente?

Diciendo esto, se arrojó á desprender el lazo de la cabeza de Adela, que temblaba como las hojas en los árboles. Leon y Benito, que nada entendian de todo esto, quedáron como petrificados, mién-

tras que Julio se esforzaba para manifestar la verdad del hecho. Todo habia pasado como lo decia, pero no le daba crédito. ¡ No está malo el embuste ! exclamó el buhonero : ¡ decir que ha vuelto á pagarme ! yo me he detenido mas de un quarto de hora hablando con la ama de gobierno. A la verdad que si al instante hubiera advertido el robo del lazo , no me habria ido sin que me le hubiesen vuelto ; pero no le he reparado hasta que me hallaba junto á la quinta de los nogales ; y volvia á vuestra casa, quando la casualidad me ha hecho encontraros aquí.

Hasta entónces Benito y Leon nada habian dicho; pero convencidos de la verdad por las lágrimas y juramentos de Julio, viendo por otra parte que el buhonero sospechaba de la probidad de su hermano adoptivo, dixéron quatro claridades á aquel hombre, el qual, descortés y grosero, replicó que á todos tres los haria pedazos. Entónces la rabia se apoderó de los corazones de nuestros jóvenes, y comenzó una horrible batalla. El buhonero dió un puntapie á Julio; Benito le correspondió con otro, Leon se le tiró al cuello, y le daba gentiles puña-

das, miéntras que Julio le agarró de una pierna y procuró hacerle caer en el suelo; el hombre sacudía por todas partes; y en fin Benito sacando su cortaplumas, le hizo tal herida junto á una rodilla, que el insolente buhonero cayó dando descompasados gritos. Adela que casi espiraba de dolor durante la accion, aconsejaba á sus hermanos la fuga; y ellos tomáron este partido, dexando en el suelo, al lado del herido, los restos de una comida que habian empezado baxo mas felices auspicios.

Sin embargo el buhonero, aun-

que con trabajo, se levantó; y pidiendo en alta voz auxîlio, caminó tras de nuestros fugitivos, que mas ligeros que el viento, á nada se detenian; pero ¡qué desgracia! al revolver de una senda, se les presentáron tres guardas de campo, se atravesáron en el camino, y los detuviéron. Su enemigo los alcanzó; refirió el suceso con los mas feos colores, y mostró la herida que habia recibido. Las lágrimas y gemidos de los desgraciados muchachos no enterneciéron á los guardas; y estos los lleváron á casa del Juez del pueblo mas cercano; que distaba muy po-

co de la casa de su padre. Allí curáron al herido, y le llevá-ron al hospital. Se levantó una querella criminal, y empezó un negocio de mucha conseqüencia. ¡Qué pesarosos, qué arrepenti-dos estaban los muchachos de ha-ber hecho este viage, en que pen-saban haberse divertido extraor-dinariamente!

El Juez, que conocia y esti-maba al virtuoso Palemon, al ins-tante pasó el correspondiente avi-so á su casa, y retuvo á los mu-chachos. Como Palemon todavia es-taba ausente, Armando pálido y afligido, acudió á casa del Juez,

donde halló á sus hermanos aterrados y confundidos. El Magistrado contó el suceso al tímido Armando, manifestándole que no podia ménos de póner á los delinqüentes en la cárcel hasta la llegada de su padre. Armando intercedió, y á fuerza de instancias consiguió que le entregasen su hermana y Leon, quedando presos Julio y Benito, el primero como causa principal de la pendencia, y el segundo por haber herido al buhonero. ¡Qué dolorosa separacion para Julio y Adela! pero mas lo era para esta, porque veía que todo el alboroto habia pro-

cedido del rasgo de galantería con que su amigo habia querido manifestarla su ternura; pero no habia remedio, era preciso separarse de los brazos de los pobres presos, que ya se daban por perdidos. — A Dios... vamos... á Dios hermano mio. — A Dios hermana... ¡ tal vez no volverémos á vernos en toda la vida!... ¡ á Dios!... Esto es quanto pudiéron decirse los afligidos muchachos.

Armando volvió á la casa paterna con Adela y Leon. Estaba desesperado, pues en dos dias que habia faltado su padre, todo se habia trastornado, y habian sucedido mil

desgracias. ¿ Cómo se atrevería á presentarse á su padre? ¿cómo se habia de excusar de su poca vigilancia? en una palabra, ¿ cómo haria para disminuir los crímenes de sus hermanos? pues Armando tenia muy buen corazon, y á ser posible, querria desarmar la cólera de Palemon, ó que recayese en él tan solamente. ¡ O Dios! ¡qué dificil es, decia, gobernar á estos muchachos! ¡qué desórdenes resultan en una casa de la ausencia de su principal cabeza!

Miéntras que Adela y Leon contaban llorando á su hermano lo que sabian del principio de la

escena, en que Julio y Benito habian sido víctimas, estos por órden del Juez fuéron encerrados en una sala baxa de su casa, y no se les dió mas alimento que pan y agua: ¡ qué penitencia! ¡ quánto se culpaba Julio por su ligereza y atolondramiento que tanto perturbaba á toda su familia! Pero lo que mas temia era la vuelta de su padre; mas éste, decia entre sí, es bueno y justo; sabe que yo nunca he disfrazado la verdad; le confesaré todo, y Palemon verá que toda la culpa está de parte del buhonero, y vengará á sus hijos. Pero èntretanto era preciso sufrir, pade-

cer y estar preso como un vil delinqüente. Benito estaba mas sosegado; la alegría y la dureza de su carácter le ofrecian mil motivos de consuelo. Además, se acostumbraba facilmente á todo; se determinaba á quanto pudiese suceder, y tenia por muy justa la venganza que habia tomado de un bárbaro que, á tener mas fuerzas, le hubiera estropeado á él y á sus hermanos. Así es que permanecía tranquilo, y procuraba templar los amargos sentimientos de Julio.

¡Qué noche tan cruel para todos estos muchachos! pero se pasó; y á la mañana siguiente Ar-

mando, Leon y Adela se juntáron á deliberar, quando oyéron que paraba á su puerta un coche. Marcela abrió, ¡ó Dios! ¡qué vista tan agradable, y al mismo tiempo tan penosa para los tres! Era su padre, el qual venia acompañado de una jóven y un venerable anciano, á quienes dixo: entrad, este es mi campestre asilo; ahora vereis á mis hijos, y conocereis que soy el padre mas venturoso.

¡El padre mas venturoso! ¡que cláusula tan terrible para Armando, Leon y Adela! sin embargo voláron á recibir á su padre y le abrazáron con la mayor ternura. Pa-

lemon se admiró de no ver á Julio y Benito, acusaba su frialdad, y sentía ver tan poco cariño. Adela y Leon lloraban; Armando fixaba sus ojos en la tierra; Palemon se inquietó; hizo varias preguntas á su hijo mayor, y éste pidió contestarle á solas. Habla libremente, le dixo su padre, este caballero es muy amigo, y ninguna de mis cosas puede serle indiferente.

Entónces Armando refirió á su padre la desgracia en que habia caido su jóven familia; y añadió que hasta este accidente, sus hermanos habian manifestado la mayor docilidad y sumision. Arman-

do no queria agravar con sus quejas la pena que experimentaban sus hermanos, le parecia que estaban bien castigados con lo que les habia sucedido, y así procuraba no debilitar el cariño de su padre para que acudiese quánto ántes al remedio, y no trascendiese á mas el castigo de los culpados. Palemon, oida la narracion, se cruzó de brazos, y quedó inmóvil y pensativo durante algunos minutos; luego recobró su serenidad, y dixo á Armando: vete, hijo mio, vete á hacer preparar quartos y camas para mi amigo y su hija. — Pero señor... — Vete: pronto sabrás mi intencion.

Adela y Leon siguiéron á Armando, y evitáron así la presencia de su padre, cuyas miradas severas no podian tolerar. Palemon hizo entrar en casa á sus huéspedes, y se les sirvió el desayuno; habló de asuntos indiferentes, puso en su lugar las cosas que traia en su maleta; y salió despues de haber hablado en secreto con su amigo. ¿ Adónde iría? Qualquiera padre de familia conocerá fácilmente que volaba al socorro de sus hijos.

En efecto, fué á casa del Juez el afligido Palemon, le habló largo rato á solas, y luego fuéron los dos al hospital para exâminar al

buhonero que estaba casi restablecido. Su herida no era considerable; pero este bribon habia exâgerado su mal para sacar mayores ventajas. Muy descontentos saliéron ambos del tal sugeto ; volviéron á casa, y entráron en la sala donde padecian los pobres muchachos presos : ¡ qué golpe para estos ! La cabeza de Medusa no los hubiera petrificado tan pronto. Benito miró á otro lado , y Julio derramaba un torrente de lágrimas. Su padre, enternecido, se las enjugó ; y sentándose junto á él, le mandó que le refiriese como habia sido la pendencia que habia te-

nido con el buhonero. Padre mio, dixo Julio sollozando, perdonadme... ¡O! perdonadme si me atrevo á haceros una confesion que manifestará mi aturdimiento; me disculpará en cierto modo, y por otra parte agravará mis defectos. Me reconozco un pobre huerfano á quien vuestra bondad recogió en el seno de su familia: siempre he mirado á Adela como la cosa mas bella... No tratamos de eso, le dixo Palemon, vamos al caso, Julio, vamos.—— Ayer á la mañana, por hacer un regalo á Adela, llevé á su quarto un lazo de cinta para preguntarla si la gustaba, con

la firme intencion de baxar al instante á pagar al buhonero, que habia quedado hablando con Marcela. Yo no sé como fué; me entretuve tal vez demasiado; el bribon se fué, y ahora tiene el atrevimiento de acusarme... ¡ de ladron !.. ¡ de ladron !.. ¡ Dios mio !.. Bien sabeis, padre mio, que yo nunca he manifestado inclinacion á semejante infamia: esta es la verdad, la pura verdad. El hombre quiso maltratarnos; nosotros nos defendimos, y el señor Juez que está presente, nos ha puesto presos: ¿ por qué han de encarcelar á uno quando no lo merece?

Palemon no pudo ménos de sonreirse al oir esta sencilla exclamacion de su hijo adoptivo ; abrazó á Julio ; lanzó una mirada de furor á Benito, que calló miéntras Julio hablaba ; y salió con el Juez, sin proferir una palabra que pudiese esperanzar á los presos de su pronta libertad. Al cabo de una hora el mismo Juez vino á buscarlos para entregarlos á su padre, el qual los llevó á su casa, sin hacer caso de las gracias que le daban, ni reprimir los estremos de alegría que les causaba su libertad.

Muy bien conocia Palemon los

diferentes caractéres de sus hijos, para no dudar que Julio le habia dicho verdad. Veia en todo el caso mucho atolondramiento sin duda, pero tambien mucha delicadeza en Julio, y valor en todos sus hijos, que habian sido maltratados por un hombre grosero y sin educacion. Tenia bastante crédito con el Juez, para que no pasase adelante este asunto, que, bien mirado, solo era una travesurilla que no podia concitar la severidad de las leyes. El herido se dió por satisfecho con una corta cantidad; se cortó la querella; y la casa de Palemon

volvió á su antigua tranquilidad y acostumbrado método. Sin embargo, los muchachos eran responsables de haberse ido sin licencia de su hermano: no eran felices en sus voluntarias excursiones; y esto podia servirles de leccion. Tambien conocia Palemon que Armando disimulaba las quejas que podia tener de sus hermanos, pero no queria indisponerle con ellos, y admiraba su buen corazon. Se propuso corregir fuertemente á Benito que echaba á perder á los otros, y además era disimulado y temoso; siempre era el motor de todas las pi-

cardigüelas y disensiones y parecia ciertamente incorregible. En quanto á la inclinacion que Julio manifestaba á Adela, no podia Palemon darse por sentido, porque hacia mucho tiempo que premeditaba unirlos; pero esperaba á que estuviesen bien formados y se fortificase su mútuo afecto. Pero para contener la violencia de una pasion que podia conducirlos á excesos perjudiciales á las costumbres, se propuso no perderlos de vista, y evitar que tuviesen con freqüencia ocasiones de estar solos. Este era un justo medio, y Palemon se hallaba en estado de da-

un colorido suave á su severidad. Dexémosle proceder á su arbitrio, sabe lo que hace; y tal vez nos enseñará á conducirnos en situacion igual á la suya.

Los dos muchachos que traxo Palemon, fuéron abrazados y acariciados con la mayor efusion por Armando, Adela y Leon, que los amaban con ternura fraternal. Palemon al instante se retiró á su quarto, adonde hizo comparecer á Armando, y le dixo sin enojo y sin debilidad: hijo mio, yo te habia confiado esta casa, y depositado en tí todos mis derechos sobre tus hermanos: me lisongeaba de que

me hubieras sustituido dignamente: creia que en tu edad, y con tu caráter grave y reservado, tendrias bastante fondo, bastante solidez, y bastante órden é inteligencia para cuidar, mantener y arreglar la conducta de quatro muchachos que son mas jóvenes que tú, y por consiguiente tienen mas veleidad y ligereza. En esta confianza me puse en camino; ha durado solos tres dias mi ausencia; y en tan corto tiempo todo se ha trastornado, y todo ha sido aqui desorden y confusion. Entro y hallo algunos de mis hijos llorando, otros presos y acusados de un crimen que no puedo imaginar

quepa en ellos: ¿qué puedo pensar de tí, hijo mio? ¿podré todovía suponer en tí el juicio, el discernimiento, y precoz madurez que yo creia tuvieses? ¿podré oirte hablar decisivamente de establecimiento y aun de matrimonio, sin imponerte silencio, como en igual caso lo haria con Leon tu menor hermano? El que no sabe ayudar en las tareas á su anciano padre, y tomar parte en los trabajos domésticos, no puede tener casa ni manejarse por sí. En la casa paterna es donde se ensayan aquellas virtudes laboriosas y desveladas que nos hacen

llegar algun dia á ser dignos padres de familias. El que no sabe gobernar muchachos, todavia lo es. Vé aquí la opinion que mi corta ausencia me ha hecho formar de tí; y creo que no tienes tanto amor propio que dexes de conocer la justicia de mi concepto. — Padre mio... — No procures disculparte: repito que mi opinion acerca de tí es justa; y solo me puede hacer pensar de otra manera una larga serie de pruebas en órden á la solidez de tu carácter. Vete, hijo mio: no te impondré penitencias ó castigos como á un muchacho; la vergüenza que debes experimentar de haber

perdido la confianza de tu padre es castigo suficiente para empeñarte á merecerla de nuevo. Vete, hijo mio: y participa á tu hermano Benito que se prepare para marchar mañana á una casa de correccion, adonde tú mismo le llevarás. — Como...— Señor... — No gusto de preguntas: haz lo que te digo.

Armando, encendido como un fuego de pesar y confusion, fué á buscar á Benito, á quien delante de los demas hermanos intimó la órden que habia recibido de su padre para llevarle á una casa de correccion. Todos quedáron aterrados, menos Benito que mordiéndose los

sabios dixo: á la verdad, mi padre no hace justicia: siempre me echa á mí la culpa de los defectos de los demas: ¡Dios mio! yo soy el que hace todo el daño, yo soy el mas malo de toda la familia: véase lo que son las preferencias de los padres, que detestan á un hijo por solo mimar á los otros: ¿quiere que vaya á una casa de correcion? pues bien, iré; ¿acaso estoy enfermo? iré; y que se quede á regalarse con su querido Leon. ¡O! para eso hace versos, tiene divino ingenio, y yo soy un salvage; pero algun dia verá que tengo tan buen corazon como qualquiera de sus hijos.

Leon, que se oyó apostrofado sin razon, léjos de enfadarse, se acercó á consolar á su hermano, porque este bello muchacho conocia que algun desahogo se le habia de permitir á un desdichado; y sin exâminar si su hermano era ó no envidioso, bueno ó malo, le dixo: pero Benito, ¿por qué te irritas conmigo? nadie te ama con mas ternura que yo, nadie te compadece con mayor sinceridad; y si de mí dependiese el cambiar tu suerte, si supiera que postrándome á los pies de papá, podia dulcificar su rigor, al instante correria á executarlo; pero amigo mio, ya conoces su carácter

severo é inflexîble ; y pues ha resuelto separarte de sí y arrancarte de nuestros brazos, nada podriamos adelantar sobre su corazon. Pobre Benito es preciso que te resignes y obedezcas. — ¿ Resignarme ? ¿ obedecer? fácilmente lo dice qualquiera que, como tú, es el Benjamin de la casa ; pero no creais, hermanos, que esto me causa tanta pena como imaginais, no por cierto ; yo seré mas feliz pues no me veré continuamente reprehendido, y, como dicen, hecho el estropajo de todos. Y dime Armando, ¿ no... te ha... dicho dónde está... esa casa ? No, ni yo me he atrevido á preguntárselo. —

No importa: sea donde quiera, con tal que esté muy léjos, muy léjos: de este modo participaré ménos de la felicidad de los demas.

Benito se mostraba muy consolado, pero interiormente padecia mucho. En esta ocasion era quando manifestaba mas su carácter duro y envidioso. Se negaba á las caricias de sus hermanos, y les decia desvergüenzas en los mismos momentos que ellos le daban las mayores pruebas de su amor. Tambien el despecho agriaba sus quejas. Se veia arrancado de una familia, en la qual se tenia por el muchacho mas amable, se miraba como una víctima sacrificada á

predileccion de su padre respecto de sus hermanos: afectaba resignacion, pero estaba muy léjos de tenerla.

Quanto ántes pudo se arrancó de los brazos de sus consoladores, subió á su quarto, dispuso su maletilla, y baxó á comer. Palemon estaba sentado entre su amigo y la hija de éste. Nada habló con Benito sobre lo pasado, y aun le manifestó mas cariño que á los otros hermanos. Quedó con esto Benito tan sorprehendido, que casi creyó que Armando le habia engañado, suponiendo la órden de su padre; pero pronto recibió el mas comple-

to y cruel desengaño: pues Palemon acabada la comida, dixo, levantándose de la mesa: hijos mios, á la hora regular al terrazo. Mi amigo nos contará un caso muy particular que le ha sucedido. Gustaré de que le oiga Benito, y que por última vez disfrute el placer de nuestras tardes.

Benito perdió el color, su corazon latía con terrible agitacion, casi se desmayó; y Adela que conocia su estado, le sostuvo hasta el quarto del estudio; y la mañana finalizó con la misma tristeza que habia empezado.

TARDE XXXIII.

LA VIOLENCIA.

La ermita de San Leonardo.

Por la tarde todos se reuniéron tristemente en el terrazo. Palemon, advirtiendo por una parte la afliccion de Benito, y por otra lo mucho que sus hermanos se interesaban por este incorregible muchacho, quiso divertir el dolor general. Luego que cada qual ocupó su puesto, les dixo: ya veis, hijos mios, este venerable

anciano : abrazadle , pues él es mi bienhechor Delacour , y ésta su amable hija Enriqueta.

Atónitos los muchachos voláron á los brazos de Mr. Delacour , que correspondió del mismo modo á sus finas expresiones ; y el jóven Armando , al pasar , fixó los ojos en la bella Enriqueta con tanta intencion que la obligó á baxar los suyos , y aun él mismo se puso encendido como el fuego sin poder penetrar la causa de este accidente. En todo el espacio de la mañana , apénas habia reparado Armando en Enriqueta , cuya familia ignoraba ; pero ahora que

sabia que era hija del bienhechor de su padre, se interesó mucho en esta bellísima jóven, y su vista hizo en su alma la mas profunda impresion. Se volvió á su puesto, pero turbado, conmovido, y con la flecha clavada en el corazon. Palemon continuó diciendo: sí, hijos mios, ved aquí un hombre á quien debo toda mi fortuna, y la felicidad de haber sido esposo y padre. Sin duda deseareis saber como he logrado determinarle á que viniera aquí; y voy à decíroslo en pocas palabras.

Tres dias ha que, como sabeis, salí de aquí para París, con las

veinte mil libras, que, en mi opinion, debia yo restituir á la beneficencia indigente. Al instante que llegué á esta gran ciudad, acudí á la calle del arrabal de San Dionís, número 32, á casa del comerciante Mr. Bertier, á quien dixe: ¿sois vos, señor, el sugeto de quien he recibido esta carta? — Sí, señor; pero... vos... ¿sois?.. — el labrador Palemon, que debe todo quanto tiene á vuestro amigo Mr. Delacour. — ¡Ah, señor!... sí, es amigo... muy mi amigo es el infeliz Delacour: sin duda venis... — A restituirle lo que tuvo la bondad de darme. — ¿Có-

mo?... ¿las veinte mil libras? ¡O!... hombre sensible y delicado, eso ya es excederse en la fineza: tal vez no podeis desprenderos de esta suma sin un gran sacrificio muy perjudicial á vuestros intereses: no obliga á tanto la providad, pues nunca debe convertirse en daño nuestro. Lo que yo os pedia era algun socorro y nada mas. —— Sosegaos: la fineza que hago, ó por mejor decir, la obligacion que cumplo no me puede arruinar. —— No, no entiendo nada de eso: seria una crueldad el permitir que os deshicieseis de tan crecida suma; y mucho mas teniendo hi-

jos, pues sé que los teneis. Esta es su herencia, y no debeis despojarles de ella; y supuesto que me habeis hecho el favor de venir á mi casa, espero que no buscareis otra posada: sentaos á la mesa conmigo, sin el menor cumplimiento; y mañana tratarémos del modo de socorrer á nuestro amigo, sin que se ofenda su delicadeza, porque la tiene muy grande.

Seguí á Mr. Bertier á una sala que estaba detras de su tienda, donde hallé una muger de edad madura con quatro niños, viendo lo qual dixe á parte á mi amigo: ¿ esta es vuestra familia? —— Sí se-

ñor, esta es mi familia, aunque mi esposa, que es la que veis, y yo, nunca hemos tenido hijos. — ¿Y estos?... — ¿No lo adivinais? estos son hijos del pobre Delacour. Vive en esta misma casa, en el piso mas alto, allí le he proporcionado un estrecho albergue, todos los dias le envio la comida, y tengo sus hijos á mi mesa. — ¡Hombre generoso! ¿esta es la mayor? — No por cierto, pronto baxará y vereis en Enriqueta la jóven mas amable del universo, y, si puedo decirlo así, el angel tutelar de su padre. No tiene mas que diez y seis años, y reune quan-

tas virtudes y gracias... pero ya llega.

En efecto se presentó Enriqueta que es la que veis junto á su respetable padre, y sola su vista excitó en mí la misma admiracion que sin duda habrá excitado en vosotros. Los muchachos miráron á un tiempo á Enriqueta, ella se avergonzó; y Armando, sin poder contenerse, exclamó: ¡qué hermosa es!... Palemon miró á su hijo con cierta señal de su satisfaccion interior, y continuó de esta manera.

Sorprehendióse un poco Enriqueta de hallar allí á un descono-

cido. Mr. Bertier la dixo á media voz: ¿cena? — Ya ha cenado, respondió ella, ahora está durmiendo. Entónces dixe yo á Mr. Bertier, ¿por qué no le haceis baxar á hacernos compañía? — Hace algunos dias que está postrado, porque padece muchos achaques.

Miéntras nosotros cenabamos, tuve proporcion para admirar el juicio y gracias de Enriqueta, como tambien la cariñosa atencion de Mr. Bertier, respecto de los cinco hijos de su amigo, de los quales el mas jóven tendrá como unos diez años. Nada hablamos por entónces del asunto prin-

cipal ; así que se retiráron los muchachos , y quedamos solos mi huésped , su esposa y yo , despues de un largo exámen , deliberamos que á la mañana subiriamos juntos al quarto de Mr. Delacour , y yo me daria á conocer á este desgraciado. Así lo hicimos apénas vino Enriqueta á avisarnos que su padre habia dormido bien , y ya estaba despierto. Subimos Mr. Bertier y yo ; y quedé penetrado de dolor al entrar en una especie de granero , donde ví á mi generoso bienhechor extendido sobre una pobre camilla , rodeado de sus cinco hijos que le hacian las cari-

cias mas tiernas. Amado Delacour, le dixo Bertier alargándole la mano, vengo á presentaros uno de vuestros antiguos amigos. —— ¿ Quién ? ¿ es el que está á vuestro lado ? no tengo el honor de conocerle. —— ¿ No reconoceis sus facciones ? —— Me son enteramente desconocidas. — No podeis ménos de acordaros de un jóven labrador... bien que han ya pasado treinta años... sin embargo, no habreis olvidado que en el bosque de los seis caminos, á veinte leguas de aquí, hicisteis dichoso á un tal Palemon, dándole una suma de dinero... ¿ qué, no haceis me-

moria? — ¡Ah! si; ya me habia olvidado de eso... ¿cómo? ¿seriais vos aquel jóven Palemon que tanto me interesó? — El mismo soy, hombre benéfico; y vengo á consolaros, y á ofreceros todos los débiles socorros que debeis esperar de mi gratitud. — Señor, yo os doy mil gracias... nada necesito para mí. — ¿Para vos? yo lo creo, pues teneis un tierno amigo en Mr. Bertier; ¿pero vuestros hijos?... — ¡Ah! ¡me traspasais el corazon!... ¡mis pobres hijos! — Y bien; ¡vuestros hijos!... es buscaremos segundo padre; y tambien se os puede ayudar para

que reciban la correspondiente educacion. — ¿Qué quereis decirme con eso? ¿imaginais que porque tuve en otro tiempo la dicha de favoreceros, tendria ahora la baxeza de pediros la restitucion de una suma que era vuestra, pues yo os la habia dado? —— No es eso, señor; sino que así como vos me socorristeis con aquella cantidad quando podiais hacerlo: yo os suplico que ahora me permitais el prestaros otro tanto dinero, puesto que tambien me hallo en disposicion de poder hacerlo. — ¡Ah, señor!... no me avergüenzo de vuestro generoso ofrecimiento; pero ¡quán

penosa me hace mi situacion esa generosidad ! ! quánto mas aviva los sentimientos que me presenta mi miseria!

Mr. Delacour prorumpió en amargo llanto, y por no agravar su dolor tomé el partido de retirarme, prometiéndole que en la misma mañana volveria á verle. Quando nos vimos solos me dixo Mr. Bertier : ya veis quanta es su altivez y delicadeza enmedio de sus adversidades! — ¿ Han sido muhas sus desgracias? — Muchas y muy particulares ; yo creo que os hará relacicn de ellas. — Y si se niega á los au-

xîlios, ¿qué hemos de hacer? — No lo sé... yo no tengo muchas facultades: bien me encargaria de uno ó dos de sus hijos, pero de toda la familia me es imposible. — Atended, Mr. Bertier, y exâminad una idea que me han sugerido vuestras palabras... sí: no es posible que pueda negarse á esta proposicion. — ¿A quál? — Yo tengo una granja ó casa de campo bastante cómoda y espaciosa; y puede venir á ella, donde acabará sus dias enmedio de mi familia. Me llevaré tambien á la amable Enriqueta, á fin de que este anciano reciba siempre las caricias

de su amor filiar; y vos en vuestra misma casa cuidareis de los demas hijos, pagándoos yo una pension anual para este efecto. — ¿Qué es eso de pension? eso suena y parece mal. No quiero sino que me deis qualquiera cantidad para establecerlos á su debido tiempo, y yo me encargo de enseñarles mi comercio.

Convenidos en este punto, supliqué á Mr. Bertier que subiese á visitar al anciano, y le diese parte de lo que habiamos tratado, con toda la dulzura y respeto posibles, á fin de no exàsperarle. Baxó despues de una hora, y des-

de léjos me gritó : ¡bravo, amigo mio! mucho trabajo me ha costado, pero al fin le he reducido. — ¿De veras? — El buen viejo no queria dexarme : llorábamos juntos ; y me he visto obligado á decirle, que la estrechez de mi situacion no me permite favorecerle por mas largo tiempo. Así es que ha creido que me era gravoso, se ha determinado. Este era el único resorte de que podia valerme, de modo que me ha sido forzoso herir su misma delicadeza para vencerle. Quando quisiereis podeis partir con Delacour y Enriqueta, que está contentísi-

ma de esta mutacion, pues vuestro aspecto, vuestros modales y franqueza la han inspirado el respeto mas profundo, y la mas tierna confianza.

Arreglamos juntos nuestros negocios de interes. Mr. Bertier no quiso recibir de mí mas que ocho mil libras, esto es dos mil por cada uno de los quatro hijos que quedaban en su casa, para dirigirlos y procurar su establecimiento. El cumplirá su palabra: estoy muy seguro de que la cumplirá, porque es el hombre mas honrado que conozco. Hallábase Delacour en etsado de soportar el mo-

vimiento de un coche; y partimos con la amable Enriqueta, no sin haberles sido dolorosa tan inesperada separacion, pues dexamos anegados en lágrimas al buen Bertier y á sus quatro pupilos. Ya teneis, hijos mios, en vuestra presencia á mi respetable bienhechor y su preciosa hija. Los dos vivirán con nosotros, aumentando con sus bellas qualidades las delicias de nuestra pacífica mansion. En este supuesto me parece que no necesito recomendáros la veneracion, el respeto, las atenciones, y la ternura cariñosa que exîgen sus virtudes, sus des-

gracias y sus beneficios.

Todos los muchachos prometiéron á su padre hacer quanto ellos alcanzasen para servir, obsequiar y complacer á dos personas tan dignas de su atencion; y estrecháron nuevamente en sus brazos á Delacour, que no se cansaba de dar gracias al cielo por haberle proporcionado en sus últimos dias tan agradable retiro. Entónces Palemon, á quien habia enternecido esta escena, dixo; ahora suplico á mi amigo Delacour que os refiera las desgracias que le han conducido al doloroso estado de que he tenido

la satisfaccion de sacarle, y de las quales he sabido solo una pequeña parte. Hacedme este gusto, amigo, y deseemos ambos que la relacion de vuestras desventuras sea útil á estos jóvenes, que os escucharán con la mayor atencion.

Todos se acercáron á Mr. Delacour, que tenia la voz débil. Armando vió un claro entre la silla de Enriqueta y Adela, y colocó allí la suya, con lo que se halló junto á la que daba principio á la interior revolucion de su alma. En fin calláron profundamente todos; y el anciano em-

pezó así su historia en estos términos.

Yo he cometido en mi juventud muchos errores, y aun mas que errores debiera decir. Me arrepentí de ellos; pero la divina justicia estendió sobre mí la mano del castigo, y hasta hoy no se ha cansado de perseguirme... ¿qué digo?... de favorecerme; pues los castigos de nuestros pecados en el mundo son anticipados favores del cielo. Nací en un pequeño pueblo del Vivarés, cerca del monte llamado Gerbier-le-Joux, á dos pasos del nacimiento de Loire. Era mi padre uno de los mas ri-

cos hacendados del Lenguadoc, aunque de la clase comun del estado. Vivia en una bella casa de campo que, con otros bienes, habia heredado; y como criado entre los montes, tenia un carácter duro y severo; pero era muy bueno, muy confiado, y sobre todo, muy tierno é indulgente respecto sus hijos. Todavia era bastante jóven quando quedó viudo; y su mayor cuidado fué la educacion de tres hijos que tenia, de los quales yo era el menor. Era generoso, y exercia mucho la hospitalidad. Se aplicaba á la medicina, y por sí mismo disponia

remedios con plantas que buscaba en las montañas, cuyos habitadores le amaban por los muchos beneficios que les hacia; y como libre de toda preocupacion, no reparaba en que mis hermanos y yo corriésemos y jugásemos con los hijos de los infelices á quienes curaba y socorria. El freqüente trato con estos montañeses, generalmente poco civilizados, me habia hecho colérico, arrebatado, y aun violento: no podia tolerar la cosa mas leve que me pareciese injusta; y recurria á mi fuerza, tomándome al instante la justicia por mi mano. Mi padre advertia que

yo era mas dificil de gobernar que mis hermanos; pero se lisonjeaba de que la edad, la instruccion y sus consejos llegarian á dulcificar mi impetuoso é indócil carácter.

Un dia que jugaba con mis dos hermanos (perdonad si os canso con las particularidades de mi niñez; pero son precisas para llegar á sucesos de mas consideracion) un dia, digo, que jugaba con mis hermanos, llamados Saturnino y Leonardo, no sé porque friolera nos enfadamos de modo que con la mayor furia nos empezamos á dar de puñadas; y

yo que aunque mas jóven y pequeño, tenia mas fuerza, y dí tan terrible sacudida á Leonardo, que el pobre muchacho cayó sobre unas piedras, y se rompió una pierna. Apénas me certifiqué de esta desdicha, que yo mismo habia causado, quando empecé á dar gritos espantosos. Mi hermano Saturnino, que era el mayor, me acusaba de este accidente; pero yo mismo me acusaba de modo tan lastimoso, que al fin nos pacíficamos Saturnino y yo, y procuramos buscar los medios necesarios para trasladar á casa al herido, y que mi padre recibiese la noticia

del suceso con la posible precaucion. Así es que nos convinimos en decir á padre (y el mismo Leonardo tuvo la delicadeza de prometernos que apoyaria nuestro dicho) que Leonardo, paseándose tranquilamente con nosotros, habia caido en un barranco, del qual nos habia costado mucho trabajo el sacarle; pero era forzoso trasladarle, y como allí no habia persona que pudiese ayudarnos, tomamos el partido de trasladarle nosotros mismos. Saturnino le cogió por las rodillas, yo por los brazos, y así lo llevamos mas de media legua que teniamos que

andar para llegar á casa. Considerad el dolor que padeceria el infeliz que todo el camino llevó colgando la pierna quebrada.

Mi padre, desesperado, no queria dar crédito á nuestra relacion; y aun me lanzó una mirada tan severa que me hizo poner como una grana. Esto bastó para que conociese quien habia sido la causa de tan fatal suceso, confirmándoselo mas mi natural ferocidad y arrebatamiento. Este triste padre que, como os he dicho, entendia algo de medicina, ó á lo ménos de botánica, nada omitió para el alivio y

curacion de Leonardo, á quien amaba mucho mas que á sus demas hijos; y á la mañana siguiente me llamó y me dirigió este raro razonamiento: Cárlos, tú eres un malvado, á quien debo arrojar del seno paternal. El herido me ha hecho relacion de todo lo acaecido. Tú has ocasionado la mayor desgracia en mi casa; y pues tienes la rusticidad y torpeza de los mas incultos montaraces, debes vivir con ellos. Vete á buscarlos; ya he avisado á Pedro el pastor para que te reciba en su compañía; guardarás sus ganados, para cuyo efecto al

instante serás conducido á su miserable albergue.

Por mas que clamé, lloré y protesté que yo no tenia la culpa de lo acaecido, mi padre se mostró inflexîble. Un criado me acompañó hasta el monte Gerbier, donde me entregó á un hombre grosero, que al instante me encargó la ocupacion mas vil y desagradable. A lo primero me dexé llevar de todos los impulsos de rabia y furor que agitáron mi corazon; traté á mi padre de egoista, duro é inhumano; y propuse vengarme del odio que me profesaba, recayendo mi furia sobre

mis dos hermanos, á quienes decia yo que siempre concedia una injusta preferencia. Pues que ya soy, dixe para mí, un rústico y un bárbaro, procuraré serlo enteramente, y verán que sé aprovecharme de la bella educacion que me dan. Se me ofreciéron los pensamientos mas raros, y solo abracé el siguiente. Yo tenia catorce años, seis meses menos que Leonardo, y ya era muy crecido para mi edad. Pedro, el maesrro que me habian dado, tenia una hija de diez y seis años llamada Margarita: finjamos, dixe, el amor mas fuerte á esta muchacha, y el deseo mas

vivo de casarme con ella; mi padre tiene bastante vanidad; este amor y este deseo le humillarán; y entonces conocerá que ha hecho mal en confundirme con estos rústicos, con lo qual es regular que me saque de entre ellos.

¿Habeis oido igual proyecto? ¿no era muy digno de una cabeza loca, maligna é inconseqüente; que se atraía un terrible castigo, queriendo castigar al padre mas tierno y delicado con sus hijos? Desde este punto prodigué toda especie de atenciones á Margarita, la qual, necia y coqueta, incurrió en la locura de cor-

responder al fingido amor de un muchacho. No lo dexó de advertir su padre; quiso enojarse; y entónces le manifesté el deseo que tenia de casarme con su hija. Pedro, discurriendo que de este enlace le resultaria mucho honor y una grande utilidad, me animó; y desde entónces empezó á hablarme con la gorra en la mano. Esto era lo que yo queria, pues así me respetaban, no me encargaban trabajos duros, en fin, no hacia nada, y me complacia interiormente de la sorpresa y cólera de mi padre, quando supiese mi inclinacion y mis deseos; y esto se verificó

puntualmente. Hacia seis meses que estaba en compañía de Pedro, no habia visto á mi padre en todo este tiempo, ni recibido noticia alguna de mi casa. Un dia se presentó mi padre con mi hermano mayor Saturnino, y ambos estaban abatidos, y sus ojos cargados de lágrimas. Muy bien, señor, me dixo mi padre, me habeis privado de un hijo, Leonardo... ¡ya no exîste! —— ¿Leonardo?... —— Se le ha gangrenado la pierna, y murió ántes de ayer entre mis brazos. ¡O monstruo! ¡qué crímen has cometido! ¡tú eres un fraticida! — Pero yo, Señor, no soy culpa-



Consulta al entendimiento
Para todas tus acciones,
Mira que sino, te expones
A un precipicio violento:
No hay mas duro sentimiento
Que él que se pudo evitar;
Procura reflexionar
Lo que puede suceder,
Porque es mejor precaver,
Que tener que remediar.

J. Garcia la gº

ble. —— ¡Cómo! ¿este es el sentimiento que manifiestas? Quítate de mi presencia: no te vuelva yo á ver, que tu vista aumentaria mi tormento... ¡Dios mio!.. —— Señor, yo no pido volver á casa, porque me he enamorado de Margarita, y me voy á casar con ella. —— ¿Qué fábula es esa? — No es fábula, señor: digo que estoy perdido de enamorado de Margarita, y no deseo si no ser su marido. —— ¡En verdad que vienen á tiempo semejantes locuras! —— Sean enhorabuena locuras; pero quiero ser rústico y esposo de Margarita. — Puedes ser lo que quieras,

malvado ; ya no cuento contigo para nada , con que puedes hacer lo que mejor te parezca.

Dicho esto, mi padre y Saturnino se fuéron ; y me dexáron atónito. De nada me servia el artificio que habia meditado. En vez de reprehenderme y separarme de Pedro para que no me arrojàse á una accion tan perjudicial á mi familia , se me concedia quanto yo habia fingido que deseaba, y no querian volver á oir ni aun mi nombre. ¿ Qué habia de hacer entónces ? ¿ debia continuar suspirando al lado de Margarita ? ¿ podia yo pensar sériamente en casar-

me con ella ? esto era imposible: lo primero, por que yo era demasiado jóven ; y lo segundo, porque léjos de querer á esta necia, la aborrecia : ¿pues qué habia de hacer ?

Pasé algunos dias triste y desconsolado. La memoria de la muerte del pobre Leonardo me horrorizaba ; y en las melancólicas horas de la noche, en las sombras del sueño veia á mi infeliz hermano estender sus brazos hácia mí, y culparme por su muerte. No pensaba ya sino en mis errores, y me propuse expiarlos con la mas rigurosa penitencia, entrándome en

el primer convento que encontrára apénas huyese, como lo tenía determinado. Huí en efecto de la habitacion de Pedro y Margarita, quienes sin duda quedarian atónitos y desengañados de mi fingida pasion. Salí pues una noche, sin dinero, y aun casi sin vestidos. La miseria de mi situacion me ofreció la idea de ir á arrojarme á los pies de mi padre, implorar su perdon, y solicitar que no me negase su antigua ternura; pero reconocia, que aunque sin intencion le habia privado de un hijo; que este desdichado padre me abominaba; y que, aun suponiendo que me

admitiese en su casa, siempre tendria yo el quadro intolerable de las caricias que haria á mi hermano Saturnino, reservando para mí toda su dureza; y que yo no podia sufrir el odio de un padre, ni su predileccion respecto de su hijo mayor. No, dixe, es preciso huir para siempre de la casa paterna, y segun mi proyecto, cerrándome en un convento.. ¿pero en quál? ¿dónde le hallaré, si aun ignoro los caminos por donde debo dirigirme? No importa, caminaré á la ventura; y podrá ser que el cielo me prepare un saludable retiro en recompensa de mis remordi-

mientos, y del deseo que tengo de expiar mis pecados.

Caminé, pues, sin saber adónde, é iba entrando la noche sin que yo pensase en los peligros á que me exponia. Seguí las orillas del Loire, y el ruido que hace este rio aun á algunas millas de la fuente de donde sale impetuosamente, aumentaba la turbacion de mi alma. Caminaba sin cesar, y me agoviaba el cansancio. Creo que al fin me hubiera resuelto á echarme en el suelo, y pasar así la noche, si no hubiese reparado una luz á lo léjos, que me pareció salia de alguna de las muchas ca-

bañas que se hallan en las inmediaciones del rio. Pasó junto á mí casualmente un pescador, que fué la única persona que hallé en mi precipitada fuga, y le pregunté: ¿de-dónde sale aquella luz que desde aquí se distingue? — De la ermita de San Leonardo. — ¡De la ermita de San Leonardo!.. ¿cómo se halla abierta á estas horas? — Como siempre lo está dia y noche, á fin de que los viajantes estraviados encuentren adonde refugiarse y descansar. — ¿Con qué solo sirve para los viajantes? — No señor, para todo el mundo está abierta. — ¿Habrá

sin duda alguno que asista y cuide de la ermita? — Sí señor, hay un santo ermitaño, hombre muy penitente y religioso segun la voz general; pero, hijo mio, ¿no sois de este país? ¿cómo es que no teneis noticia de la ermita de San Leonardo, siendo tan célebre por las muchas romerías que allí se hacen? — Algo he oido hablar de eso, pero poco; yo os agradezco las noticias, y Dios os guarde. — Si acaso os habeis perdido, y no sabeis el camino de vuestra casa... — No por cierto, mil gracias, lo agradezco infinito.

Diciendo esto, me aparté apresuradamente de aquel hombre por no hacerme sospechoso; y luego que me hallé bien distante de él, me detuve á reflexîonar sobre lo que me habia dicho. ¡La ermita de San Leonardo! ¡quánto me horrorizaba este nombre, recordándome la trágica muerte de mi infeliz hermano! Voy, dixe, á este religioso sitio, á pesar del espanto que me inspira; allí pasaré mis tristes dias con el santo váron que cuida de la ermita, y rogaré sin cesar por el descanso de mi hermano. ¡O padre mio! yo me purificaré, y me haré digno de tí; y

si algun dia tengo la dicha de encontrarte, no me negarás tu gracia; y me admitirás en tu seno paternal.

Lleno de estas ideas de consuelo, mis fuerzas se reanimáron; y llegué á la ermita, que efectivamente estaba abierta segun me lo habia dicho el pescador. Una lámpara pendiente de la bóveda iluminaba este respetable sitio. Me arrodillé; y sin exâminar si me hallaba solo en este asilo del recogimiento, empecé á hacer oracion, quando repentinamente llegó á mis oidos una voz, que me hizo estremecer, diciéndome:

jóven, ¿qué buscas aquí? por ventura, ¿te has extraviado?

Volví la vista hácia donde salia la voz, y ví á un ermitaño en un rincon de la ermita, sentado en una antigua silla, con un libro en la mano; y acordándome de quanto me habia dicho el pescador, conocí que aquel era el santo varon de quien me habia hablado, y le dixe: señor, yo soy un infeliz, reo de un crímen atroz. — Acércate, y desahoga en mi seno tus fatigas: pues no hay crímen que Dios no perdone al que se arrepiente con sinceridad. Yo me acerqué temblando, le conté



mi vida ; y al llegar á oir la muerte de mi hermano, exclamó : — ¡ O inhumanidad ! ¡ ó horror! ¿ cómo te sustenta la tierra? —— ¿Pero si fué por una casualidad ? —— No importa : ¿ cómo ?.. tan jóven... ¡ y ya manchado con la sangre!.. —— Pero, por Dios, que os hagais cargo... —— ¿ De qué ? — De que todo fué pura casualidad, pura casualidad ; ¿ lo entendeis ? ¡ bastantes sentimientos me ha ocasionado ! además de que continuamente lloro por mi amado Leonardo. . . . . —— ¿ Leonardo ? —— Así se llamaba mi infeliz hermano.

El padre Lucas (que así le llamaban por toda la comarca) era violento y arrebatado; pero, al parecer, religiosísimo. Desde luego se habia aturdido, creyendo que yo habia cometido un fratricidio meditado; pero al fin, reflexîonando bien el lance, me consoló, me abrazó, y me dixo: y ahora, ¿ que es lo que piensas hacer? — Me siento con grande inclinacion al retiro y soledad: si quisiereis que me quedase en vuestra compañía; yo os ayudaria en todo quanto se os puede ofrecer. — Pero tu padre... — Mi padre no me quiere consigo; puede ser que sabien-

do el partido que abrazo, al cabo de algun tiempo, se digne de perdonarme y restituirme su amor. — Dices bien, hijo mio; quédate aquí y substituirás al hermano Julianito, que murió hace dos meses y me ayudaba con el mayor esmero; pero no te metas en nada de lo que veas y oigas: exîjo de tí docilidad, sumision, confianza ciega, y, sobre todo, que no seas curioso. — Está muy bien, Padre mio. — ¿Te has hecho cargo? docilidad, sumision, ciega confianza, y sobre todo ninguna curiosidad. — Sobre todo, ninguna curiosidad: ¿no es esto,

padre mio? — Eso es. — Pues yo os daré gusto.

El ermitaño se puso á leer; y yo admirando su gravedad, me senté en un banco donde dormí tan profundamente, que quando desperté ya era muy entrado el dia. Estaba ya el ermitaño haciendo oracion, y así que acabó, me llevó á la sacristía, donde almorzamos excelentemente con las provisiones que siempre tenia reservadas.

Tuve despues todo el tiempo necesario para exâminar la ermita; y era preciso hacerlo, pues mi destino era ser una especie de

sacristan. La ermita tenia como unos treinta pies de largo, y quince de ancho; era muy baxa de techo, y todo su ornato se reducia á un altar muy sencillo y curioso, con un gran quadro del Santo; á un lado un confesonario, y unas sillas de forma muy antigua, y al otro algunos bancos arrimados á lo largo de la pared; y al fin una pila de agua bendita. Sobre el tejado habia una campana cuya cuerda daba á la capilla, y mi ocupacion principal era el tocarla repetidas veces, particularmente de noche, para llamar á los caminantes extraviados.

Detras de la ermita estaba la sacristía, y en un rincon de ella la cama donde el venerable váron descansaba algunas horas del dia. Quando se despertaba ocupaba mi lugar en la ermita y yo el suyo en la cama, únicamente compuesta de un mal colchon y un cobertor. Desde que el ermitaño perdió á mi predecesor se veia precisado á cerrar la ermita en tanto que descansaba ; pero luego que yo me quedé allí siempre la tenia abierta. No estaba muy distante del camino real ; y como el ermitaño tenia tanto crédito de santidad por todos aque-

llos contornos, ninguno pasaba que no entrase á hacer oracion y dexase alguna limosna. Por la noche dormia yo sobre un banco, y me levantaba de quando en quando á tocar la campana; á la mañana almorzábamos perfectamente; despues barría yo la ermita, disponia la lámpara para encenderla por la noche, y leía alguno de los libros devotos que tenia el ermitaño.

Lo que siempre me admiraba era que el buen hombre iba por sí mismo á hacer las provisiones; y volvia con las alforjas llenas de todo género de viandas, con

tal abundancia que no podia comprehender como se consumian, pues siendo dos nosotros, venia comida para veinte. Lo que mas me sorprehendia, y aun me asustaba algunas veces, era que despues de mediodia, me quedaba yo solo en la ermita, porque el hermano Lucas con una llave, que nunca dexaba, abria delante de mí una puertecilla muy disimulada con las mismas molduras del altar; desaparecia, y no volvia hasta la noche. Muchas veces exâminando la situacion exterior de la ermita, que daba sobre el Loire, procuré inquirir adonde po-

dria conducir aquella misteriosa puerta, pero fuéron inútiles todas mis investigaciones. Algunas veces oia como unos gemidos sordos que me aterraban, sin poder acertar el parage de donde salian. Aunque varias veces estuve para pedir al ermitaño que me explicase este misterio, siempre me contuvo la promesa que le habia hecho de reprimir la curiosidad de mis deseos. Si al volver cargado con la alforja llena, ó quando desaparecia por aquella puertecilla, le parecia que le observaba con alguna atencion, me lanzaba una mirada severa, me hacia señas con

las manos para que me retirase, ó bien me repetia lo que mil veces me habia dicho, es á saber: docilidad, sumision, ciega confianza y ninguna curiosidad. Yo no me atrevia á mirarle, me volvia hácia otro lado, y le dexaba hacer quanto queria; pero no dexaba de padecer interiormente, y me abrasaban los deseos de saber lo que me ocultaba con tanto misterio y cuidado.

Tres años pasé en esta inquietud, sin que en tan largo tiempo me atreviese á pensar en volver á casa de mi padre. Mucho lo deseaba, porque ya era un hombre

formado, y no me faltaba discernimiento. Tenia mas de diez y nueve años, y conocia que perdia el tiempo en un estado que cada dia se me hacia mas intolerable. Comprehendia que para nada era de provecho así, y experimentaba aquel noble orgullo, aquella ambicion racional que inflama á todos los que piensan con seriedad sobre sí mismos; pero me dominaba cierto temor supersticioso. El ermitaño, que temia me escapase y me amaba cordialmente, me ponia continuamente á la vista la confusion del mundo, la inconstancia de las cosas, la in-

gratitud de los amigos, falsedad de los parientes; y finalmente, quando me veia vacilante me pintaba la muerte de mi hermano con los colores mas horrendos, y la legitimidad del odio que mi padre debia profesarme toda su vida. En una palabra: abusaba de la flaqueza de mi espíritu, reduciéndome á quanto queria con argumentos sofísticos y capciosos, y ponderándome las ventajas de la traquilidad que disfrutábamos en aquel silencioso retiro. Yo cedia, aunque sin apartarme de la idea de escapar quanto ántes; pero lo que mas me detenia era el melancólico ruido de los gemi-

dos que oía algunas veces, y por consiguiente el deseo de averiguar este y todos los misterios que el ermitaño me ocultaba con tanta reserva. Un dia. . . .

Aquí Palemon previno á Mr. Delacour que era tarde. Vos y yo, le dixo; necesitamos descansar: dexemos para mañana la continuacion de vuestros sucesos. Benito no podra oirlos, porque ya estará ausente; pero lo que habeis dicho es bastante para hacer impresion sobre su espíritu revelde, si es capaz de arrepentirse, como vos, de haber causado tantos sentimientos á vuestro anciano padre.

Conoció Benito la justicia de estas reflexîones, y casi lloró; pero el despecho le sirvió de firmeza, reprimió sus lágrimas, y pareció muy resignado, lo qual afligió á Palemon, que temia se hiciera incorregible, segun las repetidas y anticipadas señas que iba dando de su carácter duro y obstinado; y ciertamente debia este temor entristecer su corazon paternal, porque la obstinacion nace de un principio tan perjudicial como es un grande exceso de amor propio, contra el qual no valen los consejos de la razon, y que degenerando en desobediencia, rompe los vínculos suaves de la subor-

dinacion filial, sin la qual es casi imposible conducir á los jóvenes por las sendas de la virtud, la qual exîge un absoluto sacrificio de la voluntad propia.

Separáronse todos despues de cenar; y Palemon, llamando á su hijo mayor, le dió sigilosamente las órdenes para llevar por la mañana á Benito al lugar de su destino.

TARDE XXXIV.

LA SEVERIDAD.

Historia del tamborilero de la aldea.

Al otro dia, á las siete, Armando entró tristemente en el quarto de Benito, y le dixo: ¿ estás ya dispuesto? — ¿ Tan pronto hemos de salir? — Al instante, esta es la órden. — Pues bien, vamos. — Quarto de hora mas ó menos... — No, vamos al punto. — Como quieras. — ¿ Adón-

de me llevas ? —— No muy léjos de aquí ; acércate á la ventana ; y tiende la vista por el campo , ¿ ves aquel molino que está allá baxo , en la pendiente de una colina, separado de toda habitacion ? —— Sí : ¿ y allí es donde me llevas ? —— Sí. —— ¿ A aquel molino ? — A aquel molino. — Vaya , parece que mi padre se quiere burlar de mí , ¿ y á eso llama casa de correccion ? ántes me hizo carbonero , y ahora me hace molinero , con que paso de negro á blanco. — No te hace molinero , no molerás harina ; pero al parecer , el que dirige aquel molino , es un hombre de bastante cla-

se, á quien las desgracias le han precisado á tomar semejante oficio. Mr. Roland, que así se llama, es un hombre muy instruido, y se halla en disposicion de continuar fructuosamente tu educacion, perfeccionándote en las agradables artes á que te has aplicado, y para las quales tienes feliz disposicion. — ¡ Ah ! ¡ Mr. Roland es un hombre muy instruido ! Pues si sabe tanto ¿ por qué no ha procurado establecerse con mas ventajas? Lo cierto es que mi padre quiere hacer conmigo lo mismo que hizo el de Mr. Delacour, esto es : separarme de todas las gentes para que

sea un salvage montaraz. — Yo no puedo penetrar las ideas de padre; nosotros, en todo caso, debemos obedecerle: con que vamos á ver que especie de hombre es este Mr. Roland.

Benito suspiró, tomó el lio de su ropa, y siguió á su hermano que estába tan afligido como el mismo Benito. Este ni siquiera solicitó ver, abrazar á su padre, ni despedirse de él. Le graduaba de injusto y duro, y no queria mostrarle su pesar y arrepentimiento. Siguió pues á Armando; y sin haber hablado en todo el camino, despues de una hora de viage llegáron al molino de

Mr. Roland, el qual ya estaba prevenido, y adelantándose á recibirlos dixo á Armando ¿ este es el jóven que me envia el labrador Palemon? —— Sí señor, este es mi hermano Benito. —— Su figura dice mucho en su favor: yo espero que aquí se hallará bien, y no tardaremos en ser muy amigos. No encontrará aquellas dulzuras y placeres que se experimentan en la casa paterna; pero si quiere corresponder al cuidado que pondré en perfeccionar su educacion, bien pronto será digno de volver á casa de su padre. Yo soy viudo, no tengo hijos: una muchacha rústica

que desempeña las ocupaciones mugeriles, y un mozo de molino componen toda mi familia: Benito solamente se ocupará en estudiar, leer y trabajar en esta sala baxa: me sirve de mucha satisfaccion la confianza que debo á su padre, y procuraré merecerla.

Benito baxó los ojos y nada contestó. Armando exâminaba todo quanto podia á Mr. Roland, y se complacia de que su hermano viniese á su poder, porque le parecia que era un hombre bueno, sensible y muy digno de respeto; sus modales claramente daban á entender su distinguido nacimiento; y en sus

facciones se conocia el sello de un largo padecer. Despidióse de Mr. Roland, y abrazó á Benito, despues de haber entregado anticipadamente á su nuevo maestro el importe de los tres primeros meses de su pension, lo qual asustó mucho á aquel, por conocer que el asunto iba largo. Esta consideracion le mortificó tanto, que por la vez primera trastornó su entereza. Perdió el color temblaba; y viendo que su hermano se retiraba, corrió hácia él, le abrazó tiernamente, y le suplicó que le volviese á casa. Bien quisiera el enternecido Armando poder complacerle; pero era imposible porque

las órdenes de su padre habian sido demasiado terminantes. Suplicó á Benito se persuadiese á que le abandonaba contra toda su voluntad. Luego se arrancó de sus brazos, se retiró dexando al desconsolado muchacho en poder de Mr. Roland, quien le trató con la mayor dulzura.

Ya tenemos á Benito enteramente desterrado de casa de su padre. Se veia solo, entregado á un extraño, y llenaba el ayre de agudos y dolorosos clamores; ¡ pobre muchacho ! si alguna vez ha merecido la aversion de nuestros lectores, ya es acreedor á su com-

pasion. Dexémosle por ahora en compañía de Mr. Roland, y volvamos con Armando á casa de nuestro virtuoso anciano, donde Julio, Adela y Leon, que no habian presenciado la salida de Benito, esperaban á su hermano mayor con una grande impaciencia. Entró Armando, y al momento le rodeáron los muchachos sofocándole á preguntas; ¿dónde está? ¿ha ido léjos? ¿estará mucho? ¿queda muy triste? Todo esto pteguntaban todos á un tiempo.

Armando tenia órden de su padre para no descubrir el sitio donde habia dexado á Benito, y así no

pudo decirles, sino que estaba muy bien, y que en adelante estaria mejor. Los muchachos no se satisfacian con esta fria generalidad; le atacáron de nuevo, resistió, y le acusaban de ser un miserable que no tenia amor ni confianza en sus hermanos. Armando toleró esta descarga, guardando exâctamente el secreto que le habia encargado su padre. El severo, pero justo Palemon, baxó al zaguan, donde habia sido esta pendencia, y su aspecto cerró los labios de los tres muchachos. Armando participó secretamente á su padre todo lo acaecido en su viage, sin ocultar las lágrimas de Benito,

las súplicas que le habia hecho para que no le dexára en el molino, y las promesas de su verdadera enmienda. Palemon clavó sus ojos en los de Armando, y arrugó la frente para advertirle que callára. El muchacho baxó los ojos, hizo á su padre una profunda reverencia y se retiró inmediatamente á su quarto.

Quando se pusiéron á comer Palemon que con no poca pena advertia la tristeza profunda de sus quatro hijos, quiso distraerlos de ella, diciéndoles: hoy es dia de descanso, hay bayle en el bosque de las encinas, y nos pasearémos en él, ¿no es

así Mr. Delacour? La bella Enriqueta creo que tendrá la complacencia de acompañar á su padre y á mis hijos.

Enriqueta manifestó la satisfaccion que le causaria el paseo ; y luego que acabáron de comer se fuéron todos á disponer para aquella diversion. No se atrevia Adela á adornar su cabello ; y aun habia quemado el fatal lazo que habia causado tantos pesares á toda su familia, y que era el origen del castigo impuesto á su hermano Benito. Fué á buscar á Enriqueta, y ambas de acuerdo se pusiéron algunas flores naturales en sus cabellos,

desechando todo artificio; despues baxáron á abrazar á Delacour y Palemon, quienes aprobáron la elegante simplicidad de aquel natural ornato. Armando, y particularmente Julio, quedáron absortos, el uno describiendo las gracias de Enriqueta, y el otro admirando las perfecciones de Adela. El jovén Leon, cuyo corazon se hallaba libre, sacrificaba solo á las Musas, que eran todo el objeto de su atencion.

Partiéron nuestros amigos, y en breve rato llegáron al bosque donde estaba ya reunida toda la juventud de la comarca. Allí los mozos y doncellas ostentando una

salud que debian al trabajo y la frugalidad, formaban campestres bayles en presencia de sus madres, miéntras que los padres, un poco separados, se entretenian en varios juegos propios de su abanzada edad. Una dulzayna mal acompañada de un tamboril remendado con pergamino, componia la orquesta del rústico bayle, en que presidian el placer, la decencia y la franca alegría. Adela y Enriqueta fuéron convidadas á baylar, y aceptáron el ofrecimiento, lo que no causó el mayor placer á Julio y Armando. Pero su padre, que se divertia interiormente conociendo aquel sen-

timientillo, les aconsejó que baylasen é hiciesen como los demas. No se hiciéron de rogar, y á la siguiente contradanza se apoderáron de sus damas, y todos quatro se mezcláron en una quadrilla, con la que bayláron hasta la noche sin dexar sus parejas. Leon era demasiado filósofo para entregarse á esta especie de diversion. En vano le incitó su padre á que siguiera el exemplo de los demas; antes bien prefirió hacer compañía á los dos ancianos, terciando en su conversacion, y manifestando en ella brillantes rasgos de ingenio y juicio. Palemon estaba encantado de oirle, y desde

luego formó los proyectos que despues se verificáron, como veremos mas adelante.

Entretanto se acercaba la noche; y ya dispersaba á los baylarines habituados á tomar ciertas y determinadas horas de descanso, para volver con mas ánimo al trabajo. En las aldeas por maravilla ocupan los placeres las horas del sueño; pues solo sirven para fortificar el cuerpo y no para destruirle. El sol lleva los labradores á los campos, y la noche los trae á sus apacibles hogares. Era pues la hora de retirarse: Palemon lo hizo presente á nuestros jóvenes

baylarines ; pero todavía se tratаba de la última contradanza, y su padre no quiso quitarles que la baylaran ; y hubiera sido lastima, porque fué la mas alegre y animada. Allí Colás daba saltos temerarios, su cabeza, sus brazos, sus piernas, todos sus miembros estaban en movimiento ; y los mas próxîmos tenian muy buen cuidado de separarse, para que no les alcanzase alguna patada. Aquí se distinguia la jóven Aneta, la qual con la cabeza baxa y los brazos colgando, como si fuesen de otro cuerpo ; menudeaba los pasos sin adelantar en media hora un pal-

mo de terreno, á nadie miraba; estaba tan séria como si pensase en alguna cosa triste; y la frialdad de su persona, hacia maravilloso contraste con la animacion del bayle. Mas allá estaba el célebre Julianon, campanero de la parroquia, mozo de mucha importancia, que baylaba como al descuido, riéndose de unos, dirigiendo á otros, y como diciendo: miradme bien que soy el mas inteligente en esta materia.

En una palabra, no hay cosa mas alegre y divertida que estas danzas, en las quales despliega cada qual su presuncion y su ridiculez lo mismo que en las ciudades; pe-

ro con mas franqueza y mayor inocencia. Concluido el rústico bayle, nuestros quatro amigos, nadando en sudor, se reuniéron á Leon, y á sus padres que se habian sentado en un banco de piedra junto à los músicos. El que tocaba el tamboril era muy anciano y casi ciego: sin embargo, no dexó de reparar en las amables facciones de Adela y Enriqueta, y las bellas figuras de Armando y Julio; por lo que dirigiéndose á Palemon le dixo: vé aquí unos jóvenes que sin duda estarán contentísimos; si no me engaño, no han cesado de baylar. ¡Ah! esto me recuerda el tiempo

de mi juventud: pues en su edad yo hácia lo mismo, y hubiera disfrutado este placer mas largo tiempo, á no haberme sucedido una terrible desdicha. — ¿ Con qué habeis experimentado desgracias, buen hombre? —— ¡ Ah, señor! ¡ una sola, una sola, pero muy cruel! ella me ha reducido al infeliz estado en que me hallo. — Contadmela si no os es molesto, porque picais mi curiosidad. —— ¿ Hácia qué parte os encaminais? — Hácia el camino de los tres laureles. —— Justamente debo yo seguir el mismo rumbo; y miéntras caminamos juntos os contaré mi historia, que no es larga,

y puede servir de leccion á estas preciosas criaturas.

El tamborilero se levantó, su compañero el de la dulzayna le dió el brazo, y toda esta carabana tomó poco á poco el camino de la granja; pero ántes de entrar en ella, el tamborilero, que se resistia á las instancias de Palemon para que entrase á descansar, propuso que todos se sentasen baxo unos álamos que estaban muy próxîmos, y que allí contaria su historia. Hiciéronlo así, y él, enmedio de todos, empezó su narracion en estos términos.

Yo me llamo Lucas Romano, y

soy hijo del antiguo jardinero del castillo que desde aquí, aunque confusamente, se descubre, y que ahora pertenece á Mr. de Versevil, y ántes era propio de Mr. de Serville, que era un antiguo militar, muy amante de mi padre, que le habia visto nacer y traido mil veces en sus brazos. Mr. de Serville se casó con una señora, que tenia algunos años de edad mas que su marido: no tenia hijos, y mi padre tenia un niño y una niña. Vivia Serville muy retirado; y para distraerse de una vida demasiado sedentaria, se dedicó á mi crianza, dándome una educacion que

me habia negado la obscuridad de mi clase y nacimiento. En vano le decia mil veces mi padre: señor, vos mirais á Lucas con demasiada bondad; pero hareis de él un señorito, que á mí para nada me podrá servir; y mas quisiera que fuese un honrado jardinero como yo.

Mr. de Serville le respondia, que nunca me abandonaria, y que ni se descuidaria en asegurarme una fortuna independiente que me pusiese á cubierto de toda necesidad. Yo me lisonjeaba con estas esperanzas; pero mi padre temia que al mejor tiempo me faltase

mi bienhechor, cuya salud era muy débil; y esto es lo que sucedió puntualmente. Yo tenia diez y ocho años, y me hallaba bastante instruido, aunque no tanto como debiera, porque me trataban con demasiada condescendencia, y no era mucha mi inclinacion al estudio. Vivia afianzado en la ternura de Mr. de Serville, y creia mi fortuna hecha, sin necesidad de adquirir conocimientos que pudiesen ser útiles para en adelante; pero llegó un dia en que me hallé cruelmente desengañado de mi error. Madama Serville cayó una mañana desde lo alto de una escalera, y

quedó muerta al golpe. Su amante esposo sintió tanto esta desgracia que enfermó, y á los ocho dias fué á reunirse con su querida esposa. Al instante se presentáron unos sobrinos codiciosos, que jamas se habian visto en el castillo, y se apoderáron de todos los bienes. Vendióse el castillo, mi padre fué inhumanamente despedido, y no tuvo mas recurso que estrecharse en una miserable cabaña y comprar dos vacas, cuya leche iba mi hermana á vender en la ciudad todos los dias. ¿Qué habia de hacer yo? Me era preciso renunciar á la opulencia y fausto, de que me habia

visto rodeado desde mi infancia. No era sino un pobre aldeano sin oficio, sin medios, sin fortuna y sin proteccion. El orgullo, el despecho, la inminente miseria, todo trastornó mi cabeza, y confundió mi entendimiento en tales términos que dexé á mi padre sin decirle palabra, y fuí á París, donde esperaba que la fortuna me seria mas favorable. Me presentaba en las calles de esta ciudad como si fuera un hombre capaz de atraerme la atencion universal; pensaba que todos me mirarian, y que no podia menos de hallar un segundo Mr. de Serville. ¡Vana esperanza! Gasté allí

el poco dinero que habia llevado; y me fué forzoso vender todos mis efectos, y casi todos mis vestidos para volver á mi país, que ya sentía haber dexado. Sí, dixe, no hay en el mundo quien pueda interesarse en mi suerte sino mi padre, mi amoroso padre. Vamos á buscarle, le ayudaré en su cansada vejez, y haré... quanto sea necesario para auxîliarle en sus rústicas ocupaciones. Seré un hombre del campo como él, pues la necesidad me obliga á ello, y la abundancia en que hasta ahora he vivido solo ha servido para hacerme necio y presumido.

Lleno de resignacion, arrepentimiento y ternura para con mi padre, volví al mismo lugar que habia abandonado con tanta ingratitud. Ya era casi de noche quando llamé á la puerta de su cabaña: ¿quién es? me dixéron de la parte de adentro. Reconocí la voz de mi hermana, y muy confiado, respondí: yo soy, abre. —— ¿Quién? ¿tu? repuso mi anciano padre. —— Si señor: yo soy vuestro hijo Lucas. —— ¿Mi hijo Lucas? yo no tengo hijo; te has equivocado; yo no tengo sino una hija amorosa, á la qual debo todas las atenciones y cuidados del amor

filial. —— ¿ Como ?.. ¿ padre mio no reconoceis mi voz ? —— Esa voz es muy semejante á la de un hijo perverso que yo tenia ; pero no puede ser él, porque huyó de mi dexándome abandonado á la desgracia ; y sin duda se hallará ahora muy distante de aquí y muy contento. —— No, padre mio : yo soy vuestro hijo Lucas, yo os lo juro ; dignaos de abrirme, y vereis facilmente...— Yo no abro mi puerta á los vagamundos con quienes no hay seguridad, y que hoy ó mañana me dexarán, quando no hagan otra cosa peor. —— ¿ Es posible, padre, que no querais reci-

bir á vuestro hijo arrepentido, que viene con firme resolucion de no volver á separarse de vos mientras dure vuestra vida? —— Mi hijo me ha engañado una vez, no quiero que vuelva á engañarme. Ademas de eso, ¿qué habia de buscar en mi compañía? ¿la fortuna? siempre me ha perseguido: ¿la ociosidad? nunca habitará en mi cabaña: ¿pues qué habia de hacer en ella? ¿despojarme como ya lo ha hecho? ¿llevarse mis pobres efectos, despues de haberse comido los suyos? No, no; yo de ningun modo puedo ser útil á mi hijo; ni necesito de sus socorros y falsa

amistad. — ¡Padre mio!.. — Qualquiera que seais, retiraos, y dexadme descansar. —— ¿Es posible?.. ¡á tales horas! ¿qué tengo de hacer? ¿adónde iré? —— Adonde os diere la gana. —— Hermana, mi amada hermana, procura alcanzarme el perdon de un padre irritado. —— Vuestra hermana ama demasiado á su padre, para empeñarle á que se encargue de un hijo ingrato. —— ¡Dios mio! ¿nadie, nadie se compadecerá de mí?

No me respondiéron; y gemía en vano junto á esta puerta, que me separaba para siempre de un padre tan severo. No importa, exclamé

en mi dolor: pasaré la noche en el umbral de la puerta que no me quieren abrir. Mañana forzosamente saldrá mi padre me hallará anegado en lágrimas: me encontrará lleno de miseria y afliccion: me verá echado junto á la puerta y no tendrá valor para pasar por encima del cuerpo de su hijo humillado, sin alargarle una mano compasiva.

Abismado en mi dolor y los pesares, me acosté junto al umbral de la puerta; y la piedra que me servia de cama, se calentó prontamente con las ardientes y copiosas lágrimas que yo vertía,

¡Quál es, decia para mí, la rareza de los destinos de los hombres! Dos somos hijos de un mismo padre: el uno está dentro, junto á su lado, recibiendo caricias de este padre que ha convertido todo su amor á su hija; y el otro... yo, que estoy en disposicion de ayudarle mas con mis brazos y fuerzas, estoy echado junto á su puerta, sobre una piedra desnudo y careciendo de todo; ¡ó incomprehensibles decretos de la fortuna!... ¿pero qué digo? yo tengo la culpa de no participar de la venturosa suerte de mi hermana: esta nunca fué ingrata, no abando-

nó á su anciano padre, despedido por unos codiciósos herederos; ántes bien le consoló en sus cuitas, prodigándole todo género de atenciones; y yo... yo... yo fuí un hijo desconocido, y merezco tan justo castigo.

Empezaba á amanecer, y me lisonjeaba de ver abrirse pronto aquella puerta de bronce, quando la desgracia mas inesperada destruyó todas mis esperanzas. Una ronda de campo pasó por delante de la cabaña; reparáron en mí, y creyendo que era algun vagamundo ó mal intencionado, se apoderáron de mí y me lleváron á una cárcel.

En vano exclamaba que era hijo del virtuoso Romano que vivia en aquella eabaña pues me respondiéron que esto era un pretexto para libertarme; y que si decia yo verdad, poco tardaría en averiguarse. Sin mas exâmen me sepultáron en un calabozo, sin esperanza de que nadie, ni aun mi mismo padre, volviese por mí.

Dos dias estuve sin ver mas persona que la del carcelero, que me traia un escaso y grosero alimento. En fin al tercero dia abriéron la puerta de mi prision, y ví entrar á mi hermana, que se arrojó á mis brazos derramando un

torrente de lágrimas. Me dixo que desde mi partida á París, la salud de mi padre se habia debilitado considerablemente; y que me acusaba de sus disgustos, y aun de su muerte, pues veia que tardaria muy poco en verificarse. Al dia siguiente al de mi prision fuéron á decirle que uno, que decia ser hijo suyo, habia sido hallado á media noche echado junto á su puerta, y se le habia puesto preso por sospechoso. Al recibir esta noticia cayó mi padre desmayado, sin haber podido pronunciar ni una palabra hasta aquel instante: por lo que, añadió mi hermana, aun-

que me han prometido que luego te pondrán en libertad, te suplico que no te presentes á padre, porque solo el verte podria causarle una funesta alteracion. Dicho esto, mi hermana me abrazó llorando, y salió de la cárcel.

Considerad qual seria mi dolor durante este eterno dia, que no se verificó mi libertad, como se lo habian prometido á mi hermana. Pasóse tambien otro dia sin ver á nadie. La inquietud, el dolor, el remordimiento y la vergüenza, me tenian á punto de perder el juicio; y lo hubiera efectivamente perdido, si al otro dia no hubie-

ra venido el carcelero á decirme con bastante aspereza: vete de aquí; ya estás libre. La alegría me hizo hacer extravagancias; quise abrazar á este bárbaro, pero me rechazó con demasiada fuerza. Salí en fin; y como no me atrevia á presentarme en mi casa, aunque tenia gran deseo de saber de mi padre, dí la vuelta al lugar, pensando como podria participar á mi hermana mi libertad. El cementerio se presentó á mi vista, le atravesé, y me detuve al pie de un Crucifixo á dar gracias á Dios por el beneficio de mi libertad. Miéntras me ocupaba en acto tan

piadoso, un canto funeral penetró mis oidos, las campanas de la parroquia daban la triste señal de alguna muerte; y todo anunciaba que iban á conducir á un hombre á su postrera habitacion.

Levanté la cabeza y miré el funesto espectáculo que se me presentaba. Los jóvenes del pueblo precedian tristemente á la fúnebre pompa; despues seguian los ancianos, y tras de ellos tres sacerdotes, que acompañaban un ataud, cubierto de varios instrumentos de labranza. Yo me mezclé en la tropa de curiosos que seguian este sencillo aparato; y en tanto que deposi-

taban el cadáver en las entrañas de la tierra, pregunté, por pura curiosidad, quién habia muerto; y uno que estaba á mi lado, me respondió: ese cadáver es de un padre demasiado sensible, á quien ha muerto la ingratitud de su hijo: ese cadáver es de Cárlos Romano.

Corrí á la sepultura me precipité en ella, y no consiguiéron sacarme si no hiriéndome por todos lados. Yo no sé lo que hice en el delirio que entónces me sobrecogió; pero lo cierto es que quando me sacáron de la sepultura, que era muy honda, salí enteramente ciego. Todos los concurrentes



Al hijo, que arrepentido
Vuelve á besarte la mano,
No le arrojes inhumano,
Por mas que te haya ofendido:
Piadoso y enternecido
Abrele tu corazon,
No su desesperacion
Excites con aspereza,
Que no alcanza la dureza
Lo que consigue el perdon.

lloraban, el digno párroco estaba á mi lado derramando sobre mi alma todos los consuelos de la religion, yo no oia nada, llamaba á mi padre, y creia que mi repentina ceguedad era un justo castigo del cielo. Lo mismo que yo creyéron los simples habitantes de la aldea, y al instante se extendió la fama del milagro que habia sucedido en el sepulcro de Cárlos Romano.

Al momento fuí trasladado al hospital, donde los cirujanos destruyéron la creencia del falso milagro, declarando que mi ceguera provenia de que luchando con los que querian sacarme de la se-

pultura, se me habian llenado de aquella inmunda tierra mis ojos, y que para toda mi vida quedaria muy débil de vista. Recibí este triste desengaño con mas firmeza que mi hermana, la qual; sin dexarme un instante ni de dia ni de noche, tenia que padecer este sentimiento mas sobre el de la muerte de mi padre. En fin, me restablecí; pero casi ciego, ¿qué podia hacer? Mi hermana me ayudó quanto pudo; y yo despues de haber empleado en algunas labores, que permitia mi situacion, los años de fuerza que me concedió el cielo; y despues de haber

perdido á mi hermana, hallándome viejo y cansado, me apliqué á tocar el tamboril para ganar mi vida. Mi amigo, el que toca la dulzayna, y yo concurrimos á todos los bayles de las aldeas vecinas; y, gracias á Dios, no nos falta ocupacion. Ved aquí, señores y señoras, la funesta historia del pobre tamborilero. Ved como una sola falta, el momentáneo abandono de un padre, armó la inflexîble severidad de éste, le conduxo al sepulcro, y á mí me confundió para siempre en el abismo de la mas cruel indigencia. Hermosas criaturas que me escu-

chais, nunca dexeis á vuestros padres, no os pongais en el caso de ser castigados y desconocidos por ellos mismos, y corresponded siempre á la ternura que continuamente os manifiestan. Sí, queridos, la ingratitud es el vicio que padres y madres nunca perdonan á sus hijos.

Acabó Lucas su relacion, se levantó, tomó el brazo de su compañero y amigo; y despidiéndose de toda la compañía prosiguiéron su camino. El anciano Palemon, advirtiendo la profunda impresion que la historia del tamborilero habia hecho en su

jóven familia, no se detuvo á reflexîonar sobre ella; al contrario, divirtió la conversacion hácia otros objetos, particularmente al placer que habian experimentado sus hijos en el bayle. De esta manera regeneró la alegría casi muerta en ellos; y entráron saltando y cantando en la granja, con lo que sosegáron á la buena Marcela que ya estaba inquieta por su tardanza. En efecto, ya era hora de cenar y entregarse al descanso, que tanto necesitaban nuestros quatro baylarines. Dexáron pues para el dia siguiente la continuacion de los su-

cesos de Mr. Delacour, que habia quedado convertido en medio sacristan de la ermita de San Leonardo.

TARDE XXXV.

EL AMOR EN LA ERMITA.

Continuacion de la ermita de San Leonardo.

¡Qué hermosa, qué noble, qué dulce es la ocupacion de un padre que instruye á sus hijos, y los ilumina con poderosos exemplos de moral, que presentan el castigo del vicio y la recompensa de la virtud! ¡quánto se complace al ver que las lecciones frutifican en los corazones de sus jóvenes discípu-

los! Así como el jardinero, que ha plantado una flor acude quotidianamente á exâminar alegre el vigor é incremento que toma, del mismo modo el padre de familia exâmina con una secreta complacencia los progresos que hace en sus hijos la educacion práctica que les proporciona, y dice para sí yo no he presentado la moral seca y árida como lo es en sus preceptos; la he reducido á exemplos que han hecho mucha impresion en estos muchachos; y si ahora son dóciles y delicados, pronto serán unos hombres instruidos; y unos virtuosos ciudadanos: ¿ qué

mayor recompensa puedo esperar de mis continuos desvelos?

De esta manera pensaba el respetable Palemon. No decia á sus hijos, haceis mal; sino que se lo hacia conocer con el exemplo de otro que habia incurrido en la misma falta que ellos. No era capaz Palemon de recurrir á mentiras artificiosas para sacar de ellas lecciones de virtud. Era verdadero quanto habia dicho á sus hijos en órden á Mr. Delacour, de quien efectivamente habia recibido veinte mil libras: tenia preparada esta suma; y si habló á sus hijos de vender la casa solo fué para experimentar la de-

licadeza de sus jóvenes discípulos. La pelea de estos con el buhonero, no habia resultado de alguna disposicion suya; pero sabia el regalo del pastel, como tambien que le habian robado nuestros quatro golosuelos. Sin embargo no resolvió darse por entendido, en atencion á que el primero motor de la especie habia sido castigado. Este muchacho, Benito, era el único que le tenia disgustado, y del que no podia sacar partido, sin embargo de que no tenia mal corazon; pero era arrebatado, envidiosillo y pendenciero. ¿Cómo haria Palemon para corregir sus defectos? Ya ántes le ha-

bia mortificado; haciéndole carbonero ahora que le tiene en casa de un molinero, alejado de sus hermanos, y desterrado por su mismo padre, ¿de qué medio se valdrá éste, para que no fermenten en su corazon los vicios que le degradan? Sin duda lo veremos en adelante. Debemos esperar que un feliz suceso corone las fatigas de este virtuoso padre. Volvamos con él á su campestre habitacion, en que ha reunido á su bienhechor Delacour y la jóven Enriqueta, la qual no dexa de ocupar su imaginacion.

Juntos á la tarde en el terrazo, Adela, Armando, Julio y Leon,

suplicáron á Mr. Delacour continuase su interesante relacion, y él accedió á sus instancias diciendo...

Quedamos ayer, amigos mios, en que yo, hallándome con mas de diez y ocho años, hice serias reflexîones acerca de la necedad que cometia quedándome sacristan de una ermita, quando podia emplearme en cosas mas provechosas para mí, y mas útiles á la sociedad. En vano se esforzaba el hermano Lucas para que yo abrazase para siempre su estado. Yo le escuchaba, y regularmente me convencia; pero apénas dexaba de hablarme volvia yo á

caer en mis primeras inquietudes, y mis proyectos se presentaban nuevamente á mi espíritu con mucha mayor fuerza.

Un dia que estaba pensando en mi padre, y me reprehendia á mí mismo la especie de abandono en que le habia dexado hacia ya tres años, se me llenáron los ojos de lágrimas, y se me oprimió el corazon, y reflexîonando que si me despedia del ermitaño, nunca llegaria á separarme de él: me determiné á huir sin decirle nada, y volver al seno de mi familia. No sabia como conducirme, pues ni tenia dinero, ni sabia qué camino habia de seguir

para llegar á casa de mi padre; pero me prometia recibir la competente instruccion del primer pasagero que encontrase. Por fortuna se hallaba ausente el ermitaño, que habia ido á hacer sus abundantes provisiones; pero no me atrevia á dexar la ermita sola, y esperaba que entrase algun devoto para suplicarle se sirviese de tener cuidado hasta la vuelta del hermano Lucas, que no podia tardar mucho. Así me hallaba, quando ví que dos mugeres, cubiertos sus rostros con delicados velos, se detenian á la puerta, y la una dixo á la otra: este es, querida, el asilo que buscamos; en-

tremos y supliquemos á Dios que nos conceda la paz del alma.

Entráron aquellas dos mugeres, se arrodilláron ante el altar, y se pusiéron á orar con tanto fervor, que yo quedo edificado. No sé qué secreto presentimiento me hacia desear ver los semblantes de aquellas señoras; bien que á pesar de sus respectivos velos, se dexaba conocer fácilmente, que una de ellas era anciana, y la otra jóven y de un talle ayrosísimo. Me acerqué á ellas para decirlas que el ermitaño estaba ausente; pero vendria pronto y que se sirviesen esperarle. La anciana al instante se descubrió y me

miró con ojos centellantes pero era tan horrible, que me pareció un vivo retrato del demonio. Volví la cabeza por no verla ; y creo que hubiera huido al instante , sin decir nada, si aquella vieja no hubiese dicho á la que la acompañaba: corred el velo , que el calor es insoportable , y no podeis ménos de estar casi sofocada. La jóven levantó el velo , y me presentó el espectáculo mas encantador y atractivo. No era posible ver cosa mas bella y mas amable que aquella prodigiosa hermosura que de repente cautivó todo mi corazon para siempre. Era alta , su rostro

mas redondo que ovalado, y el brillo de su blanquísima y fresca tez como el rocío de la aurora, recibia mucho realce con lo negro de sus largos cabellos y pestañas, y con la vivacidad de sus rasgados y bellísimos ojos. Todos sus movimientos eran graciosísimos; y, en una palabra, me pareció la persona mas amable del universo. Yo habia dado un paso atrás para evitar el horroroso aspecto de la vieja; pero la belleza de la jóven encadenó súbitamente todas mis facultades. Quedé inmovil, con la boca abierta, los brazos tendidos, y los ojos clavados en aquella hermosísima mu-

ger, la qual, advirtiendo mi enagenamiento, baxó los ojos, se puso como una rosa, y se volvió un poco, en tanto que la vieja se puso á rezar delante del Santo. Desde este punto me fué imposible arrancarme de este sitio, donde habia perdido mi libertad á la fuerza de aquel nuevo encanto que embargaba todas mis facultades. Todos mis proyectos se desvaneciéron; y cayendo en una especie de flaqueza, me sentí tan postrado y sin fuerzas que me fué preciso sentarme sobre un banco, para no caer á los pies de mi vencedora. Un fuego desconocido circulaba por todas mis ve-

nas, parecia que mi sangre herbia; y un fuerte dolor de cabeza succedió prontamente á esta extraordinaria situacion. No podia yo penetrar todavia la naturaleza de mis sensaciones; pero bien echaba de ver que pasaba en mi interior una cosa muy nueva, una extraña revolucion que nunca habia experimentado.

Aun fué mas terrible mi alteracion quando ví, que se abrian los nacarados labios de aquella muger tan singular, y oi que con el tono mas suave, y mas sonoro al mismo tiempo, me dixo: ¿con qué, al parecer, no estais aquí solo, mi buen amigo? — No, señorita: y conozco

que en adelante estaré ménos solo que hasta ahora. — ¿ Quién cuida de esta ermita?.. quiero decir, ¿quién manda en ella ? — Vos sola. — ¿ Cómo ? — ¿ Puede mandar alguno donde vos os hallais ? — ¡ Pluguiese el cielo que fuese mi imperio tan extendido como vos decis ! yo os aseguro que ahora no me hallaria en este sitio ; pero esto no es del caso , decid , ¿ son ciertas las maravillosas cosas que se cuentan de un santo varon ?.. — ¿ Del venerable hermano Lucas ? — Ciertamente, ¿ sois vos su sacristan ? — No señora ; ¿ tengo yo traza de sacristan ? — No por cierto ; pe-

ro como os veo vestido de ese saco. — ¿ No habeis oido decir que el hábito no hace al monge? — Pero los vestidos comunmente indican la clase de las gentes; esto es, su ministerio y destino. — El mio pues, señorita, es tan opuesto á lo que mi trage representa, como que estoy determinado á entrar en la confusion del mundo, y ser esposo y padre. — ¡ Esposo y padre!....

A estas palabras la bellísima jóven suspiró, levantó los ojos al cielo, y derramó algunas lágrimas. ¡Vos llorais, soñorita! exclamé; y la...

Entónces me interrumpió la vieja, preguntando á su compañera, ¿qué es lo que os dice ese jóven? —— Mi señora tia... nada mas, sino que esta ermita está al cuidado de un célebre hombre á quien llaman el hermano Lucas. —— Si no me han engañado, es el hombre mas singular que se conoce; ¿tardará mucho? necesito hablarle, y tomar de él los necesarios consejos sobre nuestro proyecto que hemos formado de abandonar el mundo. — ¿Abandonar el mundo dixe yo, ¿cómo? esta señorita, ¿va á retirarse del mundo? —— Sí señor, respondió la vieja: ¿qué os

admira? ¿no es libre para hacer lo que quisiere? — ¿Yo libre? ¡ah! ¿qué habeis dicho, señora tia? — Que sois libre, repuse yo; pero bien se conoce que no lo estais, pues á estarlo no exclamáriais con tanta energía.

La vieja me miró con tan enfurecidos ojos que á mí me hiciéron fixar los mios en la tierra. Esta muger, que desde luego me pareció dura y malvada, clavando la vista en la jóven, la dixo ¿conoceis á este hombre? — Señora tia, esta es la vez primera que le veo.— ¿Pues cómo juzga tan pronto de vuestra situacion? — Yo, inter-

rumpí, pienso así por las pocas palabras que he oido á esta señorita; por el interes que me inspira, y por un presentimiento que me dice... —— Retirémonos, dixo la vieja, tomando la mano de su sobrina, y añadiendo: yo he entrado en la ermita para consultar con el santo varon que vive en ella, y no para encontrar contradictores.

Dicho esto, se encamináron á la puerta, y ya pisaban el umbral, quando conocí que por mi imprudencia me veia privado para siempre de la vista de la que amaba ya tan perdidamente. Me acerqué á la

tia, me opuse á su salida, y la dixe: perdonad, señora, mi indiscrecion: ya veis que mi edad no es la de la experiencia: el hermano Lucas sentirá infinito que no le hayais esperado; y yo nunca me perdonaria el ser la causa de que no recibais sus saludables consejos. — ¿Es tan indiscreto como vos? — No señora; todo lo contrario: es discretísimo, pero nada me aventaja en lo sensible; y mi educacion me ha enseñado á serlo mucho á los desayres de las damas, y mas siendo de la calidad que presumo en vos: por lo que de nuevo os pido perdon de mi necedad, y que espe-

reis al ermitaño... pero él viene; parece que el cielo favorece mis intenciones.

En efectó llegó el hermano Lucas con la pesada alforja sobre el hombro; vió á las dos mugeres; y sospechando lo que podia ser, se desembarazó del enorme peso, y acercándose á ellas, las dixo: ¿hay algo, señoras, en que pueda serviros mi inutilidad? —— Sí señor, respondió la vieja; pero ántes es necesario que me oigais aparte. El ermitaño tomó de la mano á la vieja, y la conduxo á unas sillas que estaban en un rincon: ofreció una á la señora, y tomando él otra, se

engolfáron en su conversacion. Entretanto la sobrina, no sabiendo qué hacer, se sentó en un banco, sacó un librito, y se puso á leer. Yo no hacia mas que mirarla, no atreviéndome á hablarla por no irritar nuevamente á la terrible tia. A breve rato observé que la jóven con mucho disimulo sacó un lapicero y se puso á escribir en un papel que desdobló con mucha cautela. En tanto que escribia todo era mirar con sobresalto á su tia, como temiendo la sorprendiese en aquella ocupacion; pero tuvo la dicha de que la vieja y el ermitaño se hallasen muy entregados á su coloquio,

y acabó de escribir. Quando hubo concluido dobló el papel, y como al descuido le dexó sobre el banco, y se puso enmedio de la ermita de rodillas en actitud de oracion; pero ántes habia clavado sus hermosísimos ojos en mí con tanta expresion, que fácilmente conocí lo que queria. Sin detenerme un instante me acerqué al banco, tomé el papel, dentro del qual hallé un pequeño lapicero; y retirándome hácia la puerta de la ermita leí su contenido, que era el siguiente.

En vuestro modo y fisonomía se conoce que sois bien nacido. Si podeis

arrancarme del poder de una tia que intenta sacrificar mi juventud despues de haberme causado los mayores disgustos, dexareis eternamente obligada toda la gratitud de la muger mas desventurada, y que menos ha merecido serlo.

Baxo de estas razones, contesté inmediatamente en estos términos.

Decidme, indicadme los medios de seros útil: todos los pondrá en práctica el que, por primera vez, experimenta una revolucion que sin duda no es efecto sino del violento amor que le inspiran vuestras gracias y vuestras desventuras.

Este villete daba á conocer bas-

tante el desorden de mis sentidos y de mi poca experiencia; y le dexé caer junto á una de las paredes con mucho disimulo. La incógnita, que observaba todos mis movimientos, venia ya acogerle quando la llamó su tia, y viéndola indecisa se levantó, la cogió del brazo, y la dixo, mostrándola el ermitaño: no hagais esperar á ese santo varon, en cuya dulce conversacion y sábios consejos hallareis quanto es posible para decidir á la persona mas irresoluta. Yo, viendo frustrada la contestacion del villete, le recogí, la bella incógnita se puso pálida pero obedeció á su tia,

ocupando la silla que ésta habia dexado.

Rabioso yó de verla conversar secretamente con aquel homdre, tomé el pretesto de barrer la ermita, empezando por la parte mas próxîma adonde los dos estaban por si podia oir algo, y proceder en conseqüencia de lo que descubriera ó infiriese. A poco rato, notando el ermitaño que me acercaba, penetró mi intencion; y levantándose furioso, despues de una descarga de injurias, me dixo: ¿como se entiende? ¿es esta hora de barrer la ermita? ¿y precisamente empezar por esta parte?

Váyase fuera enhoramala; desviese, ¿no lo oye? — Yo haré lo que me dé la gana, respondí, añadiendo, ¿quién sois vos para mandarme con tanto desafuero? ¿qué derecho teneis para tratarme con tanto vilipendio?

Atónito y como petrificado quedó el buen ermitaño al oirme hablar de esta manera; pero luego, volviendo sobre sí me dixo: pues lo tomais sobre ese tono, yo tambien me explicaré en el de un hombre autorizado para el gobierno de esta ermita; y baxo este respecto, os digo, que no quiero que esteis mas en mi compañía. — Eso

es otra cosa: no me parece que perderé mucho en ello. — Ni yo tampoco; y diciendo esto, tomó de la mano á la vieja, ésta hizo lo mismo con su sobrina, y todos tres se encamináron á la sacristía. Al entrar en ella la hermosa jóven volvió á mirarme con los ojos llenos de lágrimas que manifestaban el triste estado de su corazon.

Entráron y cerráron la puerta; quedé inmóbil enmedio de la ermita, entregado á muy melancólicas reflexíones; pero al fin, exclamé: no importa que me despidas; yo no saldré de aquí sino para seguir á esa desgraciada quanto hermosa jó-

ven y atormentar quanto me sea posible á su perversa tia. Así hablaba quando sentí pasos, y ví á un peregrino que acercándoseme, me dixo: acabo de entrar, y vuestras exclamaciones me persuaden á que padeceis algun grave sentimiento. — ¡Si fuera uno solo!.. ¡pero son tantos!.. creo que soy el hombre mas infeliz. — Confiadme vuestras penas: tal vez podré yo dulcificarlas. — ¡Eso es imposible! ¡absolutamente imposible! yo os suplico que respeteis mi secreto. — No quiero importunaros; y diciendo esto se retiró el peregrino á un rincon de la ermita, donde se arrodilló.

Me estuve mucho tiempo paseando á lo largo de la ermita, revolviendo en mi imaginacion mil ideas, sin detenerme en alguna de ellas, ni saber qué partido tomar; y aunque resuelto á seguir por todas partes á la incógnita jóven, no tenia medios para hacerlo; y tal vez podia mi resolucion causarla graves perjuicios. Así se pasáron muchas horas, durante las quales me arrimaba freqüentemente á la puerta de la sacristía; y á pesar de todas mis diligencias nada oia, lo que me inquietaba infinito, pues siendo como era muy reducida la sacristía, parecia impo-

sible que no se oyese á lo ménos algun confuso rumor. No podia adivinar que hacia el ermitaño con aquellas mugeres; y estaba determinado á esperar hasta que saliesen, y huir luego para siempre de aquel sitio. No dexaba de admirarme que el peregrino permanecia arrodillado en el mismo sitio; este hombre me molestaba, pero no tenia derecho alguno para despedirle; además de que la ermita dia y noche estaba abierta; con que podia detenerse en ella quanto quisiera. Para aumento de mi admiracion é inquietud, se pasó así todo el dia y se acercaba la noche sin

que saliesen las mugeres ni el ermitaño.

Abrióse al fin la puerta de aquel misterioso sitio, y se presentó solo el hermano Lucas, el qual, extrañando el verme, y lanzándome una mirada de indignacion, me dixo: ¿todavia estais aquí? ¿nó os he despedido? — Estoy pronto á irme; pero ántes quiero recoger lo poco que me pertenece, y está en la sacristía. Como el motivo era justo no se opuso el ermitaño. Entré, y quando presumí hallar á la tia y la sobrina, me encontré solo. Considerad qual seria mi sorpresa; lo registré todo

por ver si encontraba alguna puerta secreta: ¡inútil empeño! nada hallé, nada absolutamente.

El ermitaño me dixo: ¿habeis acabado? — Esperad, que estoy buscando... — Lo que no encontrareis. — ¿Pero las señoras?.. — Ya no estan aquí. — No puede ser, yo no las he visto salir, y no me he apartado de la ermita. — Pues yo os digo que han salido, y dexando esto aparte, ¿ qué interes es el vuestro?... — El interes que inspiran la hermosura de aquella jóven, y la violencia que la hacen. — ¿Y de dónde podeis inferir esa violencia que suponeis? — Tengo mo-

tivos que no necesito declarar. — Y yo para que no esteis mas tiempo en esta ermita: idos. — Es demasiado tarde. — No está muy léjos un convento de Capuchinos donde reciben á todo caminante, sea quien fuere. Quando ví que no habia otro remedio, salí de la ermita, y caminé sin saber adonde, pensando siempre en lo que me habia sucedido: porque no podia comprehender como habian salido aquellas mugeres sin haberlas visto, no habiéndome yo apartado de la ermita. Pero en fin, me veia separado para siempre de la que amaba, sin poderla prestar ningun auxîlio, y nunca debia

volver á ver á aquella peregrina belleza que me habia arrebatado el corazon.

Por otra parte no sabia si haria mejor en irme á recoger en el convento de Capuchinos, ó en caminar toda la noche en busca de la casa de mi padre; y tan desconocidos me eran los caminos para una parte como para otra: y así caminé gran rato sin rumbo cierto, aumentando mi incertidumbre la mucha obscuridad de la noche. Hallábame en la misma posicion y en la misma indigencia en que me hallé quando dexé la cabaña de Pedro, para venir á retirarme á la ermita

de San Leonardo; pero ahora era mas digno de compasion, pues habia malogrado tres años de mi mejor edad, y habia perdido enteramente mi corazon y mi entendimiento. ¡Ay! me habia detenido en la ermita un dia mas; y este bastó para hacerme desdichado.

Sumergido estaba en estas tristes reflexîones, muy descuidado de atender á mi seguridad en noche tan obscura, quando sentí un golpecito en mi hombro. Sobrecogióme un gran terror, volví la cabeza, y ví... pero ya es tarde, hijos mios. Mi amigo Palemon necesita descansar, y yo me canso de hablar: en

mi edad qualquiera cosa incomoda: dexemos lo que falta para mañana; y oireis sucesos tan particulares, que apénas podreis darles crédito, á pesar de ser tan verdaderos.

Calló el anciano: los muchachos se levantáron, y todos volviéron á entrar en casa.

TARDE XXXVI.

LA HIPOCRESIA.

Continuacion de la ermita de San Leonardo.

Al otro dia por la tarde, reunidos todos nuestros amigos en el terrazo, Mr. Delacour continuó su relacion en estos términos.

Caminaba pues sin rumbo seguro, rodeado de las espesas tinieblas de la noche, quando sentí que me daban un golpecito en el hombro. Volví la cabeza, y en quanto

permitian las sombras reconocer los objetos, ví al mismo peregrino que habia dexado en la ermita, el qual me dixo que apénas habia yo salido, quando el ermitaño, reparando en él, se puso de rodillas ante el altar, en cuya postura permanecia, quando salió de aquel sitio. Amigo, continuó el peregrino, vos sois desdichado, y yo no tengo la fortuna de inspiraros bastante confianza, para que desahogueis conmigo vuestros pesares. — Señor... — Vamos, y, durante el camino, contadme los sucesos de vuestra vida, y sobre todo el último, que debe ser muy

particular, segun pude colegir de vuestras exclamaciones. — Pero... — Luego os diré quien soy; y acaso podré seros mas útil de lo que imaginais. — Pero servios ántes de decirme adónde caminais. — ¿Y vos? — No tengo destino cierto. — Pues bien: iremos juntos, y puede ser que hallemos quien quiera hospedarnos... pero esperad, paremos.

Nos detuvimos, y el peregrino continuó: ¿no ois una campana? cinco... seis... siete... ocho... nueve... ¡son ya las nueve! Este es el relox de un Convento de Capuchinos que no está muy distante: vamos á pasar en él la noche, y mañana



veremos lo que se puede hacer para favoreceros.

El peregrino, que era anciano, y me pareció bueno y sensible, apoyó su izquierda en mi brazo, y con la derecha se valió del auxîlio de su bordon. Miéntras caminábamos, me hizo tantas instancias para que le manifestára mis desgracias, que me ví precisado á complacerle. Apénas le dixe que mi padre se llamaba Mr. Delácour, dió un paso atrás, me miró atentamente, y luego volviendo á tomar mi brazo, me dixo con dulzura, proseguid. Nada le oculté, ni aun la muerte de mi hermano, mis remordimientos, y el

primer pensamiento que tuve de consagrar mis dias al estado monástico. Supo tambien de mí las circustancias de mi morada en la ermita, las freqüentes ausencias del hermano Lucas, la misteriosa puerta por donde desaparecia sin poder saberse adonde iba, mi amor á la hermosa incógnita, su repentina desaparicion y la de su tia; y en fin, el motivo de mi altercado con el ermitaño.

El peregrino, oida mi relacion, se detuvo algunos instantes, apoyándose en el bordon como reflexîonando; y luego me dixo: hijo mio, lo que me decis merece mi

atencion mas de lo que creeis. Si conocieseis la transcendencia que pueden tener estas cosas, no hubierais omitido diligencia para penetrar el secreto de la oculta puerta; y en tanto tiempo como habeis estado en la ermita, tal vez hubierais conseguido descubrir fácilmente lo que ahora será dificil de averiguar. Ahora me confirmo en lo que muchas veces he oido hablar acerca de la ermita de San Leonardo: porque se dice que el ermitaño que la habita no es tan penitente y religioso como parece. Se asegura tambien que ha sembrado en el seno de las familias una doctrina muy per-

judicial, procurando inclinar muchas jóvenes á una especie de retiro muy diferente y muy opuesto al servicio de Dios. Lo cierto es que han desaparecido algunas jóvenes demasiado crédulas, y se sospecha que todo es por instigacion del hermano Lucas, pues no han vuelto á presentarse á sus desconsoladas familias aquellas infelices; pero todo esto no es mas que hablar del las gentes sin datos seguros. Lástima es que ahora falteis de la ermita, la qual sin duda tendrá alguna salida oculta ó algun subterráneo... yo no sé... mis presentimientos nunca me han engañado; y temo que

vuestra querida sea una triste víctima sacrificada sin duda por alguna fanática, y que ahora yace en algun oculto subterráneo de la ermita, ó en sus cercanías. Lo que actualmente conviene hacer, es ir desde luego á dormir en el convento de Capuchinos y volver mañana á casa de vuestro padre, que no está muy distante de aquí. Yo os acompañaré, conozco á vuestro padre, y estoy seguro de que se alegrará de verme. Despues volveremos á la ermita, y procuraremos descubrir los misteriosque encierran en ella: ya estamos cerca del convento; ¿no distinguis la torre...

pero tocan... sí, esto es advertir á los pasageros que dentro de media hora se cerrarán las puertas, y nadie será recibido: tomemos esta senda que se dirige allá, y procurémos llegar ántes que cierren.

Seguí á mi conductor que me inspiraba profundo respeto y ciega confianza; y en ménos de veinte minutos nos hallamos á la puerta del convento. Llamamos, y al instante nos abrió el portero, el qual apénas oyó que pediamos hospedage nos introduxo en un vasto refectorio, donde hallamos dos ó tres personas que cenaban, aprovechándose del mismo socorro que nosotros

pediamos. Cenamos, y luego nos retiramos á un dormitorio comun, donde nos fué imposible hablar en secreto. Era costumbre en esta santa casa, no despedir por la mañana á los huéspedes sin darles de almorzar con abundancia. Reunidos pues todos, baxamos al mismo refectorio en que habiamos cenado. Miéntras almorzábamos, un religioso pasó, y dixo con bastante sequedad al que nos servia: Fray Hipólito, ya he dicho que nada se le dé al ermitaño de San Leonardo; no quiero, vuelvo á decir, que se le dé la mas pequeña limosna, pues tengo poderosos mo-

tivos para creer que ese hombre es mucho mas rico que nuestro miserable convento.

Retiróse el religioso dichas estas pocas palabras, y nos dexó muy admirados de oir citar á un hombre, cuya conducta deseábamos con mil ansias penetrar. Mi compañero se acercó á Fray Hipólito; y notando en él una fisonomía franca, y cierto ayre de ingénua bondad, se aventuró á decirle: perdonad, si me atrevo á preguntaros si el ermitaño de quien os acaban de hablar es el mismo que cuida de una pequeña iglesia ó capilla, que está como legua y

media distante del convento. — Sí señor, el mismo es. — Ayer pasé por allí: le ví, y me pareció un santo varon. — Decid un gran picaron. — ¿De veras? — De veras. Ha tenido la fortuna, ó desgracia, de engañar al bondosísimo prelado de esta diócesis, y le sostiene; pues á no ser así, tal vez estaria ahora en un calabozo. — ¡Dios mio! ¿pues qué ha hecho? — No se sabe á punto fixo: lo cierto es que se trataba, segun me dixo un amigo, de hacer un registro en la ermita. — No costaria mucho, siendo tan pequeña. — ¿Tan pequeña? no es tanto como os parece. — Pe-

ro, ¿ qué puede ser una ermita situada á la orilla de un rio, y cercada de sendas y bosques por todas partes? —— Veo que no estais muy instruido: si gustais de saber una historia muy particular, y no teneis mucha priesa, venid á mi celda; y en ella sabreis el orígen de la ermita de San Leonardo, y unas aventuras muy extraordinarias.

El peregrino accedió muy gustoso á la propuesta; y luego que los otros caminantes se despidiéron, nosotros seguimos al buen religioso, como que eramos demasiado interesados en la relacion que iba á hacernos, para no procurar instruir-

nos de todas las particularidades que podian tener relacion con el hermano Lucas. El padre Hipólito nos entró en su celda, cerró la puerta con cuidado, y, ó bien porque se complacia en hablar, ó porque le habiamos inspirado confianza, nos hizo la relacion siguente, que os diré con sus propias expresiones.

Seguramente no habeis nacido ni os habeis criado en esta comarca, pues de lo contrario era imposible que no tuvieseis noticia de la famosa iglesia de San Lotario, uno de los mas preciosos monumentos de la antigüedad, construi-

da á las orillas del Loire. Esta iglesia, abandonada casi enteramente desde muchos siglos atrás, y que cada dia se iba desmoronando, fué destruida una noche de resulta de un suceso que voy á referiros, para lo qual es preciso remontar y trasladarnos á un tiempo muy antiguo. Escuchadme con atencion.

Habia en las montañas llamadas las Cévennes un Duque de Asfeld, que era el mas poderoso y rico señor del Lenguadoc, y tenia dos hijos, varon y hembra. Matilde su hija era la persona mas completa que se pudiera imaginar. En solos veinte años de edad habia adquirido

quantas gracias caben en un sugeto, las quales juntas con las que la naturaleza la habia prodigado, formaban un todo admirable. Su hermano Leonardo tenia un año ménos: era vivo, despejado, robusto, gallardo, y toda la delicia de su padre que fundaba en él las esperanzas de perpetuar su nombre y hacer dichosa su ancianidad. Era maestro de Leonardo un tal Doctorin, hombre de quarenta años, simple clérigo tonsurado, en quien se reunian un ingenio nada vulgar, y muchos conocimientos y erudicion. Era grave, taciturno y reflexîvo; y á pesar de este exterior nada

propio para agradar á la juventud; habia sabido ganarse la confianza y amistad de su discípulo. Tenia Leonardo una vivacidad y atolondramiento inexplicables; y sin embargo amaba á su preceptor, que tenia motivos secretos para lisonjear las pasiones de aquel jóven, y hacerle enteramente de su partido. Con todo su ingenio y conocimientos Doctorin era falso, vengativo, y sobre todo ambiciosísimo. El Duque, que se hallaba viudo, le amaba con la mayor ternura; pero mas amaba él á la preciosa Matilde que se habia apoderado de su corazon. Este hombre disimulado

bien habia conocido que nunca obtendria la mano de aquella dama la mas noble y mas rica de quantas habia en aquella provincia; pero habituado á crímenes de toda especie, no pensaba sino en deshonrar á la hermana de su discípulo, y aun robarla si se le proporcionaba ocasion. Ya hacia mucho tiempo que meditaba estos proyectos, en los quales se confirmaba cada dia conociendo el odio con que le miraba la hermosa Matilde, que acaso tenia mas penetracion que su padre.

En este estado se hallaban las cosas quando Leonardo salió un dia á cazar, acompañado de so-

lo un criado. Cayó del caballo y se hirió tan peligrosamente, que fué preciso transportarle á la casa mas próxîma al sitio en que se hallaba. Vivia en esta casa un hombre retirado de la carrera del comercio: á este se presentó el criado, pidiendo hospedage para su amo. Mr. Blinvil, que así se llamaba el dueño de la casa, acudió con sus gentes al sitio en que el jóven Leonardo estaba bañado en su sangre, le hizo transportar á su casa, y envió á buscar un cirujano, el qual dixo que la herida era peligrosa, é imposible trasladar el herido á otra parte en mu-

chos dias. Al instante participó Mr. Blinvil personalmente al Duque todo lo acaecido; y éste, que no esperaba tan fatal noticia, á pesar de su sentimiento no se olvidó de agradecer á Mr. Blinvil sus finezas. Sin detenerse á otra cosa mandó poner su coche y partió con su hija, Doctorin y Blinvil á casa de este último, donde manifestáron todos al herido el tierno interes que tenian en su salud. El Duque prometió volver siempre que pudiera, y enviar todos los dias á saber de su hijo, con lo que dió la vuelta á su casa con su hija y Doctorin

Seis semanas permaneció Leonardo en casa de Blinvil, donde le tratáron con todo aquel esmero y delicadeza debidos á su clase y su situacion. Quando se halló convaleciente le llamó su padre, pero se le hacia muy duro dexar aquella casa tan digna de su estimacion. Tenia Mr. Blinvil una hija bellísima, llamada Eugenia, la qual no se habia apartado de la cabecera del enfermo; y el amor con una sola flecha habia herido á un tiempo estos dos corazones puros é ingénuos, destinados para amarse eternamente. Eugenia sintió dos afectos contrarios, que fuéron la

alegría y la tristeza, por la convalecencia de su amigo. El estado de su padre no le permitia entablar amistad con el Duque de Asfeld, ni intimarse con tan gran señor, y mucho ménos esperar una alianza entre las dos familias. Eugenia se arrepintió de haber entregado, por la vez primera, su corazon á las seductoras impresiones de un amor imprudente. Supo con la mayor amargura que el Duque vendria la mañana siguiente para llevarse á su hijo; y para no hacer mayores sus penas, se propuso permanecer retirada en su quarto, y no presenciar una despedida

tan dolorosa para su sensible corazon.

El jóven Asfeld no habia podido recibir las consoladoras expresiones de la hija de Blinvil, sin quedar enamorado de las eminentes qualidades y atractivas gracias de muger tan preciosa. Era aquella la primera vez que amaba, y tambien la primera que sentia volver á la presencia de su padre, de su hermana y de su maestro. Hubiera preferido el asilo del amor á los mas suntuosos palacios, pero su padre deseaba con ansia su compañía, ya estaba decretado el dia, y no era posible diferir tan cruel.

separacion. Estos dos jóvenes se amaban, pero aun no se habian comunicado sus mútuos sentimientos.

Llegó el fatal instante. El Duque, despues de haber dado las gracias á Blinvil, subió á su coche, llamó á su hijo; pero se acordó de que no habia cumplido, despidiéndose, como debia, de Eugenia, á la qual no habia visto con su padre. Preguntó por ella el Duque, y Blinvil envió á llamar á su hija. A esta la pareció que el negarse á comparecer podria considerarse como una afectacion sospechosa; mas ¡ó Dios! ¡como quedó viendo á su

dulce amigo que fixaba en ella los ojos con la mayor intension! nunca la habia parecido tan gallardo. Hasta entónces Leonardo, enfermo, pálido, acostado ó envuelto en una bata, no habia podido lucir á sus ojos la bizarría de su talle y las gracias que habia recibido de la naturaleza; ahora estaba vestido con la mayor elegancia. Una pierna hecha á torno, un busto perfecto, unas facciones amables, que aunque siempre las mismas, recibian nuevo realce del artificioso quanto rico ornato, todo esto hería y turbaba la vista de la pobre Eugenia, la qual solo tuvo

fuerza para exclamar: ¡con qué se va para siempre! y diciendo esto, cayó desmayada entre los brazos de su padre.

Leonardo, sin poder contenerse, tomó las manos de Eugenia y las bañaba con sus lágrimas diciendo: ¡Eugenia! ¡mi amada Eugenia! volved en vos... yo volveré... nos veremos... ¡ah! ¡si no os volviese á ver me faltaria la vida!

¡Qué ingenuidad de sentimientos! ¡y qué escena para los dos padres que se miraban, sin atreverse á comunicar sus recíprocas sospechas! El Duque, asustado con la idea de una ternura que ofendía su

vanidad, baxó del coche, tomó del brazo á su hijo, y á pesar de sus lágrimas y sollozos, le precisó á subir al coche, que partió rápidamente, miéntras que el desdichado Blinvil llevaba á su hija á lo interior de la casa, penetrado del fatal descubrimiento que acaba de hacer.

Déxo por un instante á Blinvil y su hija; y entro en el castillo de Asfeld con el Duque y su hijo, que habian hablado durante el viage. Mas sosegado el jóven, habia conocido su imprudencia, y resolvió no decir nada á su padre, cuyas miradas temía. Efecto

admirable de la vanidad. La ternura del Duque respecto de este hijo, á quien una hora ántes amaba mas que á sí mismo, casi se habia aniquilado. Rayos de severidad despedian ahora aquellos ojos que nunca se fixaban sobre este hijo adorado sin la mayor apacibilidad y complacencia. Ya no era padre el Duque; era un extraño, un déspota, un tirano. No se atrevió á comunicar por entónces sus reflexîones á su hijo; esperaba ocasion mas oportuna; pero seria terrible.

¿Quién pues le dulcificaria? Aquel que en el castillo era el único

que se interesaba en lisongear las pasiones del jóven Leonardo; aquel hombre que sabia acomodarse, doblarse á las flaquezas agenas, y ver en el suceso mas simple el fundamento de su venidera fortuna: este hombre era Doctorin.

El habia presenciado la escena: fué al quarto de su discípulo, á quien halló sentado y con el rostro apoyado en sus manos. Hijo mio, le dixo aquel hipócrita: ¡mucho sentimiento habeis causado á vuestro anciano padre!—¿Cómo es eso?— ¡El, que fundaba en vos todas sus esperanzas y todo el explendor de su casa!...—¿Pues qué, he destrui-

do yo por ventura esas esperanzas? — Lo recela. — ¿Y por qué? — ¿Pensais que he cegado? ¿me creeis tan desnudo de luces y experiencia que no haya conocido que amais á la hija de Blinvil? — Es verdad... la amo; y seria muy ingrato si la aborreciese. — ¡Ah! ¡una cosa es amar con violenta pasion, y otra aborrecer! — No entiendo esa confusion; lo que sé es que no puedo querer á Eugenia mas de lo que la quiero. — Ya veis que estáis convicto y confeso. — ¿Pues qué delito es este para negarle? — ¿Y ella os corresponde? — Me persuado á que sí: ¿y qué importa? —

¿Querreis casaros con ella? — ¿Pues no lo he de querer? —— Nunca accederá á ello el señor Duque. — ¿Por qué no ha de acceder? seria una injusticia la resistencia. Ya veo que dirá que destruyo la opinion de nuestra familia, pues soy un hombre que heredo su sangre y puedo engrandecerla con mis virtudes públicas y particulares; pero tambien la union con la que amo, me conducirá á las mayores empresas; que me den á Eugenia, y seré capaz de todo.—— Joven inconsiderado, ¡bien se conoce que no sabeis lo que es pensar como sábio y como padre de fami-

lia! — Pues oid, y vereis que tal vez sé discurrir mejor que lo que vos pensais. Conozco que mi padre me pondrá por delante la falta de riquezas y la poca distincion de la casa de Eugenia; sé que me hará esperar de su parte la mayor contradiccion; pero lo que no sabia era que vos fueseis tan poco amigo mio, que os hicieseis al partido de un padre de quien espero la mas cruel persecucion. — Os engañais, hijo mio: ¡qué mal me conoceis! yo no he venido á veros si no para consolaros y ofreceros todos mis auxîlios á fin de conciliaros con vues-

tro padre. — ¿Hablais sinceramente, mi amado maestro? — Sí amigo: ya he destruido una gran parte de las sospechas del Duque, haciéndole ver que el cariño que habeis manifestado á Eugenia era un efecto muy natural de la gratitud que la debiais. En quanto al desmayo de ésta, le he asegurado que esta especie de accidentes la dan hace algun tiempo á esta muchacha, cuya salud está muy quebrantada. Me ha creido; y me lisongeo de persuadirle muy en breve que entre Eugenia y vos no hay mas que una absoluta indiferencia. — ¡Ah, amigo, ah mi amado

maestro! —Esto es lo que por ahora conviene; y si proseguis en vuestros amores, trataremos de buscar medios para... — ¡Ah! ¡os debo mas que la vida!

El jóven Leonardo se arrojó á los brazos del pérfido Doctorin; pero éste todavia no habia dicho al Duque nada de quanto habia asegurado á su hijo; antes bien, presentándose en el quarto de aquel, le dixo lo contrario, es á saber: que el amor del jóven era violentísimo: que era preciso tomar todas las posibles providencias á fin de cortar los efectos de tan loca pasion; y por último añadió: acabo de ver-

le, le he dicho todo quanto vos mismo pudierais decirle; pero nada sirve; se arrebata, jura vengarse, desconoce mi autoridad, insulta mi fino afecto; y creo que á vos mismo os faltaria al respeto y os pondria en el caso de castigarle rigurosamente. Creedme, señor: no le hableis aun de ninguna de estas cosas: esperad del tiempo y de mis consejos los saludables efectos que espero conseguir: yo os participaré todas nuestras conversaciones, y hasta sus mas recónditos pensamientos.

El Duque prometió moderar su cólera, y no darse por entendido

de nada; y agradeció á Doctòrin el zelo é interes que le manifestaba, suplicándole que velára siempre sobre su hijo, y le comunicase quanto dixera. Ved aquí á mi embustero haciendo á dos partidos; y ved al padre y al hijo que recíprocamente disimulan sus sentimientos. El Duque nada decia á su hijo de su amor; y aun afectaba tratarle con mas ternura, lo que presumía el jóven ser puro efecto de los cuidados y diligencias de su zeloso maestro.

Sin embargo, Leonardo para sondear la intencion de su padre, le dixo algunos dias despues, que

la gratitud exîgia fuese á hacer una visita á Mr. Blinvil. Los dos iremos, respondió el Duque, pues yo tambien estoy obligado á visitarle. Aunque no sirvió de satisfaccion al jóven la compañía de tan formidable testigo, se consoló pensando que á lo ménos tendria la satisfaccion de ver á Eugenia. Vistióse, pues, como quien va á ver á su querida; y acompañado de su padre llegó á casa de Blinvil, el qual los recibió con mucha frialdad y tristeza. El Duque, acabados los cumplimientos de estilo, le preguntó: ¿no tendremos el gusto de ver á Eugenia?

Apénas podia Leonardo moderar su satisfaccion al ver que su padre era el agente de sus deseos; y esperaba impaciente la respuesta de Blinvil, que fué muy corta, pues solo dixo: mi hija está peligrosamente enferma, y no quiere que nadie la vea. Yo quisiera, le dixo el Duque, hablaros en secreto un breve rato. Con mucho gusto, respondió secamente Blinvil; y por tanto pasáron los dos á un gabinete, dexando á nuestro jóven entregado á mil tristes pensamientos; y arrebatado de ellos exclamaba: ¡ó Dios! ¡Eugenia enferma de peligro! ¿Si tendré

yo la culpa ? ¿ la costará la vida el haberme restituido la salud ?... pero mi padre.... ¿qué secreto tendrá que comunicar al de mi querida ?

Solo y sumergido en tan melancólicas reflexîones, paseaba Leonardo la estancia, exâminando todas las particularidades de ella, quando en una rinconera, advirtiendo varios dibujos hechos por Eugenia, tomó uno, y vió copiadas en él sus mismas facciones. Mucha satisfaccion le causó este hallazgo, pues conoció que no la era indiferente á la que se ocupaba en tan agradable exercicio. Continuó su exàmen, y halló un retrato de

Eugenia en miniatura, que parecia ser de otra mano; y como sabia que el amor disculpa ciertos robos, se apoderó de aquella bellísima pintura, bien resuelto á nunca restituirla. En esto se abrió una puerta; creyó que volvian los dos ancianos, y quedó sorprehendido al ver á Eugenia, la qual, así como él, quedó atónita al verle, y al fin le dixo, yo creia que vos y el Duque ya no estabais en esta casa. — ¡O Dios! ¿con qué no es cierto que habeis perdido la salud? — ¡O Leonardo! los males del alma son los que me persiguen; el amor, el cruel amor devora mis

entrañas. — Tambien las mias ; pero me lisongea este tormento : pues sin cesar me pinta las sublimes qualidades y las grandes perfecciones de la que amo. — Asfeld.... á Dios.... pueden volver nuestros padres.... — Espera un instante. — No es posible ; á Dios. — ¡ Eugenia !.. — Eugenia te amará hasta su último suspiro. — ¿ Y será mi esposa ? — Nunca , nunca ; ¡ ó Dios !... no , nunca !... á Dios.

Apénas se habia retirado Eugenia,quando volviéron los dos ancianos, pero tan encarnizados los ojos y tan alterados los semblantes , que se conocia bien que habian tenido

alguna grande disension. Despidióse el Duque con mucha frialdad de Blinvil, que se retiró sin acompañarlos; y Leonardo se vió segunda vez separado de aquella morada, donde dexaba el amor, la tristeza y la constancia en Eugenia, cuyo retrato llevaba consigo, con lo que se reputaba ménos desventurado.

Estando en el coche manifestó el Duque toda la extension de su cólera largo tiempo reprimida. Habia sabido todo del mismo Blinvil; y le constaba que su hijo amaba ciegamente á Eugenia, y que era igualmente correspondido, sobre lo qual

habia hecho á Blinvil severas refle-xîones, mostrándole la diferencia de clases que mediaba entre los dos. Mandó á su hijo que se desprendiese de un amor sin esperanza, sino queria incurrir en su maldicion, y padecer los terribles castigos que un padre irritado tiene derecho de imponer á un hijo rebelde. Ruegos ardientes, y lágrimas amargas del jóven, no hiciéron mella en aquel corazon endurecido por el orgullo; y el triste Leonardo no podia consultar sino con su desesperacion.

Apénas llegáron al castillo, quando Doctorin fué á ver á su discípulo; y le halló en su quarto ha-

ciendo los mayores extremos de sentimiento. El preceptor queria consolar al amante de Eugenia; pero éste, sordo á todo, solo trataba de abreviar sus cansados dias, pues no podia disifrutarlos con Eugenia. Aprovechándose aquel malvado hipócrita de esta disposicion, le dixo: vaya, hijo mio: no hay para que desesperarse: yo mismo pondré á Eugenia en vuestro poder. —— ¿Vos mi respetable quanto tierno amigo? ¡Ah! ¡yo os deberia mas que la vida! —— Solo consiste en vos el veros reunido desde esta misma noche con Eugenia. —— ¿En mí solo consiste? —— Sí; pero ántes

debo saber, si sois capaz de hacer por ella los mayores sacrificios.— De todo soy capaz, no lo dudeis, hablad sin reserva.— Pues voy á descubriros un secreto que hasta ahora no ha salido de mi corazon. Vos amais á Eugenia, y yo á vuestra bellísima hermana Matilde. Conozco que por ningun respeto puedo considerarme digno de la hija del Duque de Asfeld; ¿ pero no sabeis mejor que nadie lo que es amor? ¿ignorais que el que se halla poseido de esta pasion no calcula clases ni conveniencias? ¿no lo experimentais vos mismo que ardeis por una jóven de clase tan inferior

á la vuestra ? luego no podeis ofenderos de mi pasion ; y solo debeis compadecer mi estado como yo compadezco el vuestro, y servirme con el mismo empeño que yo deseo serviros. Unamos nuestros intereses; y una misma precision dirija nuestras acciones , inspirándonos en nuestros ánimos ingenio é intrepidez. A punto de media noche, baxo qualquier pretexto, conducid á Matilde al jardin , hácia la puerta que sale al monte : yo tendré apostadas gentes de mi confianza, y prevenido un coche en el qual hallareis á Eugenia. — ¡Cielos ! — No lo dudeis : en el coche hallaréis á

vuestra querida, yo me encargo de todo. ¡Considerad quál será nuestra dicha! los quatro nos casaremos de secreto; y quando ya no haya remedio, será preciso que el Duque apruebe unos vínculos contraidos por sus hijos, ó que muera léjos de ellos... ¿pero no me respondeis? ¿tendréis tambien preocupaciones? — No; pero tengo rectas costumbres y delicadeza. — ¡Costumbres y delicadeza! ¿y qué sirve todo eso quando uno está enamorado? — ¡Vil, perverso!... — ¡Cómo! — ¿Y has tenido valor para confiarme un proyecto, sugerido por el mismo in-

fierno, en el que veo el deshonor de toda mi familia, y la muerte de un padre desdichado? Sabe que tengo demasiada virtud para acceder á tan indignos pensamientos. Huye de mi presencia; huye, y teme que yo revele á tu bienhechor el modo vil con que correspondes á sus bondades y su confianza. —— ¿Qué es lo que oigo? ¿podria yo imaginar que el orgullo del hijo igualase á la vanidad del padre? —— Apártate, miserable, no esperes que esta pistola te quite una vida, sin duda manchada con todos los delitos, pues has sido capaz de concebir uno tan exêcra-

ble. — Jóven inconsiderado, modera ese tono, que no te conviene; y sabe que si haces un solo ademan, si dices una sola palabra del proyecto que neciamente te he confiado, puedo perderte, á Eugenia, y tambien á tu padre.

Era Leonardo vivo y arrebatado; y no pudo oir las amenazas de este malvado, sin concebir indignacion tan poderosa, que le obligó á tirarle un pistoletazo. Por desgracia no hirió á Doctorin, el qual salió inmediatamente del quarto, gritando *que me matan, que me asesinan.* Toda la casa se conturbó; y al estruendo de la pis-

tola y el de estas voces, acudiéron precipitadamente al quarto de Leonardo. Volvió el mismo Doctorin, á entrar en él precedido del Duque, el qual, hallando á su hijo con la pistola en la mano, no dudó de que habia querido asesinar á su preceptor, quien inmediatamente exclamó: ¿en qué te he ofendido, jóven desalumbrado? ¿porque te represento que quieres hacer infeliz á tan buen padre; porque te doy unos consejos tan propios de mi prudencia, y del zelo con que atiendo á tu educacion; y en fin, porque te manifiesto la baxeza é infamia de tus pensamientos, quie-

res asesinarme? ¿así te atreves á tu maestro, á un hombre tímido y sin defensa? ¿tal recompensa merecen mis desvelos?

Leonardo, fuera de sí, quiso vengarse de este nuevo rasgo de perfidia; pero su padre mismo le contuvo, y mandó que al instante se le encerrase en la mas retirada torre del castillo. Doctorin cometió nueva vileza, insultando la desgracia del jóven, pidiendo su perdon de esta manera: no señor, dixo, no señor: yo os suplico que no sea preso por mi causa, ó me obligáreis á dexar la casa. No cedió el irritado anciano; y el pobre Leonar-

do, sin permitirle disculparse, fué conducido á la indicada torre. Doctorin, despues de haber explicado á su modo los motivos del arrebatamiento de Leonardo, se retiró á su quarto á meditar y discurrir que medios serian oportunos para arruinar á toda esta familia que aborrecia.

Su perversidad era tan refinada, que no se contentaba sino con una venganza extraordinaria y ruidosa quanto terrible; y despues de una larga meditacion se fué á casa de Blinvil, que á la sazon se hallaba ausente. El traidor sobornó y ganó la confianza de un criado, de

qnien supo que Blinvil, sumamente cansado del amor y excesivos sentimientos de Eugenia, habia resuelto ponerla en un convento, y privarse de una hija á quien adoraba, pero que ahora era causa de su desdicha. A las quatro de la mañana siguiente, este padre desconsolado habia de partir á recluir á Eugenia en un convento de Monjas, distante tres leguas. Doctorin, sobre estos datos, formó al instante su plan, y se conduxo del modo siguiente, para llevar á efecto la mas horrible venganza.

En tanto que el triste Leonardo lloraba sus males, esperando

que su padre le concediese ocasion de manifestar los indignos pensamientos de aquel pérfido; y en tanto que exâminaba las paredes de su casa paterna, convertida para él en un sombrío y lúgubre calabozo, la noche desplegaba sobre la tierra sus negras alas, encubridoras de los mayores crímenes. El jóven, que solo pensaba en su padre y en su querida, oyó todas las horas de aquella terrible noche; y apénas dieron las tres, quando oyó abrir la puerta de su prision, y se le presentó Bernardo, criado de Blinvil. ¿Qué es esto? le dixo, Bernardo: ¿cómo has podido

llegar hasta aquí? — El amor lo consigue todo. Apénas ha sabido, no sé cómo, la señorita que os hallabais preso, me ha enviado á ver si podia favoreceros, por conocer que no soy necio sino muy apropósito para qualquiera invencion. Así es que he emborrachado al que tenia las llaves de esta prision. — ¿Y para qué? — ¡Bien por cierto! para que marcheis al instante... — ¿Adónde? — A impedir el sacrificio de la señorita. — ¿Su sacrificio? — Sí señor: dentro de una hora la sacará de su casa... — ¿Quién? — Quien ménos creeriais, el señor Doctorin. —

¿Pues cómo? —— Solo puedo deciros que á las quatro de la mañana la llevará á un convento con órden de su padre, que está gravemente enfermo; y que ella teme que las ideas de este hombre sean muy peligrosas á su honor, porque ántes de ahora la ha requerido de amores... —— ¿Qué dices? —— Lo que ella me ha dicho precipitadamente, añadiendo que no se ha atrevido á participar á su padre estos recelos, porque los creerá pretestos para evitar su reclusion, y... —— Ya basta: todo lo comprehendo: vamos; el pérfido... le arrancaré el corazon.

Bien conocia Doctorin que el genio precipitado de Leonardo no le permitiria reflexîonar; y en efecto este jóven, sin mas informacion ni exâmen se armó con unas pistolas que le habia traido Bernardo, á quien siguió hasta la puerta del castillo sin hallar el menor obstáculo. Ya puestos en el campo tomáron caballos, prevenidos tambien por Bernardo, y fuéron á atravesarse en el camino por donde precisamente habia de pasar el coche en que iban Blinvil y su hija, y que compareció á breve rato. Hacía frio, y Blinvil se habia cubierto la cabeza con un pañuelo, lo

que juntamente con la dudosa luz del alba que empezaba á rayar, dió ocasion á Leonardo para creer que era Doctorin; y ciego de cólera se acercó á la portezuela del coche, y dixo: traydor, entrégame á Eugenia, ó eres muerto.

Eugenia dió un grito, y se desmayó: Blinvil se asomó á la portezuela, como para reconocer quien le hablaba, y el imprudente Leonardo le tiró un pistoletazo, que le penetró las sienes, y cayó sobre su hija inundándola con su sangre. Leonardo se disponia á apoderarse de Eugenia, quando nuevo incidente inutilizó sus ideas.

Compareciéron varias personas, y entre ellas el Duque y el mismo Doctorin, el qual dixo al Duque: no os adelanteis señor, pues el bárbaro que ha asesinado al padre de Eugenia segun parece, es capaz de toda maldad. En tanto, el pérfido Bernardo se acercaba á hablar á Doctorin, quien, afectando recelo de alguna traicion, exclamó: ¡miserable y vil cómplice de ese malvado! ¿qué intentas? y diciendo esto, le disparó una pistola, le mató, y sepultó con su muerte sus secretos. Considerad qual seria el estado del infeliz Leonardo, pues habia muerto al padre de su querida,

la qual nunca podria yá mirarle sino como á un vil asesino. Su padre le llenaba de improperios y maldiciones. ¿Qué haría el infeliz Leonardo? ¿abandonaría á Eugenia, que por dicha, todavía estaba desmayada, y que no volvería en sí sino para ver á su padre asesinado y detestar al autor de tan atroz delito? Ya estaba perdido Leonardo, bien lo conocia; y sabia que habia perdido á su querida, su padre, y en una palabra, que nada le faltaba que perder. Así es que tomó un partido desesperado. Todavía estaba sobre el caballo, que era excelente, le arrimó las espuelas, y desapareció de la vista de to-

dos los testigos de su crímen. En vano clamaba el Duque, y en vano envió tras de él un criado: porque el jóven advirtiendo que un hombre le seguia, se paró, le esperó, y le amenazó con la muerte si no se volvia; y el criado temeroso, volvió á carrera abierta á la compañía de su amo.

Miéntras que el Duque, Doctorin y su acompañamiento conducia el cadáver de Blinvil y á la infeliz Eugenia, ya vuelta en sí, á su casa, Leonardo corria sin pararse, hasta que el fin del dia, su cansancio y el de su caballo le obligáron á detenerse. No le seguiré en

su destierro ; pues bastará deciros que pasó dos años viajando, sumergido en la mas profunda tristeza, y maldiciendo todos los dias su exîstencia. Sin embargo, el tédio, la inquietud, el deseo de volver á ver á su padre, y acaso el de arrojarse á los pies de Eugenia, le conduxo al cabo de tanto tiempo á su pais nativo. Su primera visita fué á casa de Eugenia, no para presentarse á ella si no para saber, como supo de un criado, las resultas que habia tenido su crímen. Ya no habitaba el amor en esta casa, de la que habia tomado posesion un pariente de Blinvil, porque Eugenia

ya no exîstia: pues no habia podido sobrevivir mucho tiempo á su padre, ni á la vergüenza de haber amado á un asesino. Murió acusando á Leonardo; pero despues de su muerte, se habian hecho descubrimientos muy importantes. Por un papel, hallado en los vestidos del difunto Bernardo, se habia sabido que Doctorin habia conducido toda esta trama; y receloso del Duque este perverso se habia ausentado del castillo, sin saberse su paradero; aunque se presumia que atormentado por los remordimientos, se habria retirado á algun claustro. El Duque todavia

conservaba su miserable existencia, vivia, en compañía de Maltilde, clamando los dos sin cesar por un hijo y un hermano mas desgraciado que criminoso, segun se habia averiguado.

Leonardo, mas triste con estas noticias, ardiendo en deseos de vengarse de aquel monstruo que le habia perdido con tan inaudita iniquidad, resolvió ir en seguida á casa de un amigo de su padre, que vivia á cinco leguas de distancia, para entablar por este medio la reconciliacion.

Con este deseo se apartó de la casa de Eugenia. Era ya tarde, y

en lo mas erudo del invierno. Aun no habia caminado una hora, quando sobrevino una espesísima niebla, la qual, con la distraccion de sus pensamientos, le hizo perder el camino. Aumentaba la noche su confusion: no sabia que hacer, y caminaba á la ventura rompiendo matas y jarales quando despues de un largo espacio se halló delante de una especie de monasterio que segun su construccion y las muchas ruinas que le rodeaban en su mayor parte anunciaba la mayor antigüedad. Acercóse á un pórtico, donde halló á un hombre á quien preguntó si aquel mo-

nasterio estaba habitado, y si le darian hospitalidad por aquella noche. El hombre le contestó que á aquella hora era imposible, porque todos los religiosos estaban recogidos; pero que si queria, él le podia hospedar en un quarto que le daban como uno de los criados de la labranza.— Me es muy indiferente, añadió Leonardo, la calidad del quarto, con tal que esté al abrigo de las voraces fieras, y de los insultos de los vandidos que infestan, segun he oido, toda esta comarca.— Siendo así, venid conmigo; que aunque mi habitacion no es cómoda, sobra pa-

ra que esteis guarecido, y podais descansar sin cuidado. —— Yo os doy mil gracias; pero decidme: ¿qué fábrica es ésta y cómo se halla tan destruida? —— Esta, señor, era una antiquísima iglesia parroquial de dos lugares poco distantes, que fuéron asolados en otro tiempo por las guerras; quedó por consiguiente abandonada la iglesia, y tiene la advocacion de San Lotario. —— ¿Y cómo es que ahora hay religiosos que la sirven? —— Hará como diez meses que un santo varon, perseguido por un señor muy poderoso que le acusaba de crímenes que no ha-

bia cometido, huyendo de esta persecucion vino á este país, cuyo prelado eclesiástico le recogió y amparó, tanto que á sus expensas se reparó un gran pedazo de fábrica, y se construyéron ocho celdillas, que ocupan otros tantos monges, gobernados por aquel hombre, que resolvió establecerse aquí para servir á Dios; y á fin de que nunca les falte lo necesario para vivir, se les adjudicáron algunas posesiones pertenecientes á la antigua iglesia.—¿Y no podré ver á alguno de estos buenos religiosos? —— No señor, todos están recogidos en sus celdas;

pero mañana ántes de partir podreis oir la misa del prelado de esta comunidad.... pero ya es tarde; venid conmigo, cenareis pobremente, y descansareis.

Siguió Leonardo á este hombre, que le hizo atravesar una multitud de escombros; y por fin llegáron á una celdilla muy sucia, casi sin adorno alguno, en donde nuestro jóven advirtiendo varias armas colgadas en las paredes, se estremeció, pues le ocurrió al instante que los supuestos religiosos serian algunos ladrones que se refugiaban en estas ruinas casi inhabitables; y por

tanto se propuso no dormir y estar sobre la defensiva. Aumentóse su recelo al ver que el hombre, cuya traza anunciaba un facineroso, descolgó las armas, hizo un haz de ellas, y se las llevó dexando á Leonardo cerrado en aquel quarto, alumbrado de sola una miserable lamparilla. Conoció su imprudencia; pero no le abandonó su valor, y como siempre iba bien armado, resolvió matar á aquel hombre á la mas leve accion que le pareciese sospechosa. Bien pronto vió verificados sus recelos, pues á cosa de una hora volvió el hombre acompañado de otros

dos, y uno de ellos le preguntó: ¿ sois vos el que ha venido á pedir albergue? — Yo soy. — Pues es forzoso que os sujeteis á la costumbre inviolablemente observada con todos los pasageros que aquí hospedamos. — ¿ Y quál es esa costumbre? —— La de entregarnos todas las armas. —— Yo nunca me despojo de ellas. —— Ahora será preciso, pues sino la violencia.... —— ¿ Qué es eso de violencia? —— Muchos que hemos recibido nos han robado, y así... —— ¿ Tengo yo traza de ladron? —— Sois jóven, robusto, é ignoramos quien sois. —— Yo me haré

conocer. — No necesitamos sino que obedezcais. Estando en esto se presentáron otros dos malvados que le hiciéron la misma intimacion; pero el mancebo persistió en no ceder las armas, por lo que todos le acometiéron; y como la desesperacion redobla las fuerzas, Leonardo se defendia y ofendia á sus contrarios con el mayor esfuerzo, manejando su espada, y amenazando con una pistola que llevaba en la mano izquierda, reservándola para el último apuro; y casi tocaba en él quando se presentó el xefe de aquellos facinerosos, quien les mandó suspender

la pelea. Obedeciéron al instante; ¡ pero quál fué sn sorpresa reconociendo en él á Doctorin! Al momento Leonardo le dixo lleno de cólera : monstruo , ¿tú eres? ahora pagarás tus maldades , y disparando contra él la pistola , le tendió muerto á sus pies. Viendo esto sus compañeros, poseidos de rabia, acometiéron de nuevo al jóven , que se resistió largo tiempo , aunque mortalmente herido. Al fin cayó á tiempo que se oyó una horrible descarga que atemorizó á aquellos malvados , los quales, sospechando lo que podia ser, dexáron á nuestro infeliz jóven

agonizando, y envuelto en su sangre. Fué el caso que Doctorin, asociado con muchos facinerosos, habia cometido mil enormes delitos en aquel país y los circunvecinos, refugiándose en aquellas ruinas por la noche; y en aquella misma, la justicia, para acabar de una vez con semejante canalla, trayendo de la capital de la provincia dos esquadrones de soldados, cercó aquellas ruinas, y dió una repentina descarga, para atemorizar á los vandidos. Estos, certificados de su próxîmo castigo, quisiéron morir ántes que rendirse; y como eran muchos y bien armados, se hiciéron fuertes

entre aquellas medio demolidas paredes que les servian de parapeto; pero de nada sirvió su resistencia sino de acelerar su ruina porque el Comandante de la tropa, para no exponer con tan poca gloria la vida de sus soldados, hizo traer de una ciudad cercana varias piezas de batir, que acabáron de demoler aquella fábrica, la qual sirvió de sepulcro á todos los vandidos, de los quales ninguno quedó con vida. Mas como para la investigacion de los efectos que pudiera haber allí ocultos, y para otras ideas mandase la justicia hacer un reconocimiento de aquellas ruinas,

se halló entre ellas el cadáver de Leonardo, mutilado, y que solo fué conocido por varios papeles que se halláron en sus vestidos, y juntamente el retrato de Eugenia.

Su desgraciado padre le dió sepultura en la iglesia de su castillo, y murió de allí á poco. En memoria de este suceso, nuestro Obispo, que es descendiente de la casa de Asfeld, permitió al hermano Lucas edificar una capilla dedicada á San Leonardo, sobre las ruinas de la antigua iglesia de San Lotario. De aquí podeis inferir que si la ermita es

pequeña, puede tener comunicacion con algun subterráneo, y que.... pero tocan á coro: la obediencia no me permite acompañaros por mas tiempo; y pues ya sabeis el orígen de la ermita de San Leonardo, continuad vuestro camino; mas si volviereis á ver al hermano Lucas, no os fieis de su hipocresía. Vamos, vamos que no puedo detenerme.

Dimos las gracias al buen religioso por sus atenciones, y salimos del convento.... Pero es muy tarde, y será mejor que mañana continuemos la historia. Dicho es-

to entráron todos en la granja con harto sentimiento de los muchachos que hubieran querido saber el fin de tan extraordinarios sucesos.

TARDE XXXVII.

EL FANATISMO.

Fin de la ermita de San Leonardo.

El dia siguiente los muchachos, ansiosos por oir la continuacion de las estrañas aventuras de Mr. Delacour, le suplicáron anticipase la hora de ir al terrazo, donde pasaban tan deliciosas tardes. Condescendió éste; y luego que reunió toda la familia prosiguió su narracion en estos términos.

Creo que os he dicho, amigos

mios, que el anciano peregrino y yo determinamos continuar el camino hasta la casa de mi padre. Esta visita no dexaba de causarme bastantes recelos é inquietudes. Hacia tres años que habia yo dexado á mi infeliz padre, sin darle noticias de mí, ni procurar tenerlas de él. Acaso me habria maldecido y desheredado; y sin duda habia merecido tan duro castigo por mi fuga y el abandono en que le habia dexado. Sin embargo, me lisongeaba de que luego que supiera mi conducta y el santo albergue en que habia vivido desde mi ausencia de la casa paterna,

se aplacaria y volveria á amarme con la mayor ternura. Por otra parte el peregrino decia ser amigo suyo; y este buen viejo, que me manifestaba tanto cariño, no podia ménos de protegerme é interesarse en aplacar á mi irritado padre. Así me lo habia prometido, y yo no dudaba de que me cumpliria la palabra, en cuya confianza esperaba recobrar el amor de mi padre. No me faltaba valor y resolucion; pero luego que se presentó á mis ojos la cima del monte Gerbier, quando dirigiendo mi vista sobre la derecha distinguí el techo paterno y los vastos jar-

dines de nuestra casa, me abandonó toda mi firmeza; apénas podia sostenerme, y se apoderó de mí un temblor universal.

El peregrino que advirtió mi turbacion, procuró tranquilizarme; y apretándome la mano, me dixo: pues qué, ¿no es forzoso que algun dia comparezcas delante de Dios? Prepárate pues á esta tremenda vista, y por medio de un síncero y firme arrepentimiento expia tu culpa á los pies de tu padre que es para tí la imágen de Dios en la tierra. Con esta exhortacion cobré ánimo, y llegamos á la casa, donde hallamos á todos sumergidos

en la mayor consternacion. Un criado nuevo que no me conocia, nos dixo llorando: si teneis que decir algo á mi señor, daos priesa porque espirará dentro de muy poco tiempo. ¡Padre mio! exclamé; y el criado repuso atónito: ¡su padre!

Mi compañero, enojado por mi exclamacion, y temiendo que el criado subiese al quarto de mi padre, y que acrecentase sus males participándole sin la debida prevencion la vuelta de su hijo, le suplicó que nos acompañase, y no hablase ántes que nosotros. Convino en ello, y entramos á un quarto en que se hallaba el mo-

ribundo anciano. Habia mucha gente en la estancia, y quedé admirado de no ver á mi hermano mayor Saturnino. Todos los que rodeaban al enfermo me parecian desconocidos y dependientes de mi padre. Como yo tenia mi rostro casi encubierto con un pañuelo, y la vista de mi padre estaba demasiado debilitada para distinguir los objetos, no reparó en mí. Hablaba, pero en voz muy baxa; y parecia que estaba dictando su última voluntad á dos Notarios que escribian sus razones, sentados delante de una mesa. No era aquel instante propio para interrumpir al

enfermo; y aunque yo deseaba arrojarme á sus brazos, me contenia el peregrino. Nos sentamos, y el moribundo continuó dictando así.

En consegüencia, como mis dos hijos me han abandonado; el menor por ingratitud, y el mayor por una loca pasion de amor, que yo queria reprimir; y en fin, como mis cansados dias han dependido solamente del cuidado de mis familiares, que han tenido conmigo atenciones que no he hallado en mis hijos, crèo que tengo derecho para desheredar á éstos...

Aquí quise prorumpir en amargas, quejas; pero el peregrino me

hizo señas para que me contuviese, y el anciano continuó:

Por tanto, despues de apartado quanto fuere bastante para asegurar las pensiones que llevo señaladas á mis criados, dexo todo lo restante á la ermita de San Leonardo, cuyo virtuoso ermitaño, que se halla presente, me ha consolado en mi desamparo.

No habia yo reparado en aquel bribon, porque me lo impedia la actitud de mi padre, que estaba medio incorporado en su lecho, y detras el ermitaño; pero quedé atónito al reconocerle, y no pude contenerme sin exclamar: ¡cómo!

¿este bribon recogerá herencia tan pingüe?

A esta exclamacion se alborotáron los concurrentes; fixáron en mí los ojos, y me reconociéron dos criados antiguos de la casa. El es, gritáron á un tiempo. — ¿Pero quién decis que es? preguntó el pobre enfermo.

Yo no me atreví á hablar; pero el peregrino se encargó de sacarme de confusion: y acercándose á la cama del doliente, le dixo: Delacour, ¿puedes distinguir mis facciones? — Con trabajo... pero esa voz no me es desconocida. — ¡ Desconocida!.. ¿con que tu hermano Cárlos

puede serte desconocido? — ¡Mi hermano! Nuevo descubrimiento para mí: pues el peregrino era un tio de quien habia oido hablar mucho en mi infancia, pero á quien nunca habia visto, porque vivia en país muy distante. El ermitaño, aturdido de ver comparecer de repente y á un tiempo tantos parientes, ocultó su rostro entre sus manos. Yo dí mil tiernos abrazos á mi tio, que juntamente conmigo se acercó á la cama de mi padre, y continuó diciéndole: hermano mio, si he permanecido tanto tiempo ausente de tí; si he tenido la desgracia de volver á tiempo en que pa-

rece que se abre el sepúlcro para recibirte, ¿tendré tambien la desventura de verte cometer la injusticia mas horrible? —— ¿Y quál es esa injusticia? yo no tengo hijos. — Ignoro qué es de tu hijo mayor; pero todavía tienes otro que yo te traigo obediente, sumiso y arrepentido. —— ¿Qué dices?.. ¿cómo?.. ¿Cárlos? —— Sí, Cárlos tu hijo menor, á quien yo ví nacer, fuí su padrino, y le impuse mi propio nombre: Cárlos está aquí conmigo: él es el que en este momento besa respetuosamente tus manos, te inunda con sus lágrimas, y espera que tendrás la bondad de perdo-

narle. — ¡O hermano mio!.. ¿pero qué ha hecho ese muchacho hasta ahora? ¿por qué ha estado tanto tiempo ausente y sin escribirme? — Sus remordimientos, su dolor, y la persuasion en que estaba de haber perdido para siempre la ternura de su padre, todo esto le habia determinado á vivir en un religioso retiro; y por causas, que no te refiero por no molestarte, ha permanecido en la ermita de San Leonardo, sirviendo á ese hipócrita que tienes á tu lado, el qual, sin el menor escrúpulo, le despojaba de sus bienes. — No es posible que eso sea verdad: tres

años hace que todas las semanas viene el hermano Lucas á consolarme, y nunca me ha hablado de semejante cosa. — ¡Infame! — Antes bien me ha asegurado que en cierta ocasion le vió pasar asociado con una tropa de facinerosos; y que despues, indagando noticias, supo que este hijo desnaturalizado, se habia entregado á los vicios mas detestables, y que era el oprobio de su familia. — ¡Habrá igual maldad! ¿por qué callais ahora, hermano Lucas? ¿tendreis atrevimiento para negar que este jóven os ha estado sirviendo en la ermita? . . . .

Quedó el ermitaño por algun tiempo mudo y confundido; todos los concurrentes, clavando en él los ojos, estaban esperando ansiosos que confesase la verdad del caso; pero él, reparándose un poco, dixo: no entiendo nada de lo que se habla; esa novela parece bien inventada, pero sobre mi conciencia puedo atestiguar que esta es la primera vez que veo á este jóven. Yo quedé petrificado al oirle explicarse de aquel modo; pero mi tio, indignado de tan atroz descaro, le asió del brazo, y sacudiéndosele fuertemente, le dixo: ¡malvado! por todas partes te per-

seguiré; mi mano será la que acabe con tu detestable vida.

El ermitaño naturalmente cobarde, quiso salir del quarto; pero no se lo permitió mi tio, ni uno de los Notarios, que mirándome y mirándole, exclamó: ¡ve aquí el hombre mas pérfido de quantos exîsten en el universo! Mas de veinte veces he estado yo en la ermita, y siempre he visto en ella á este jóven con el mismo vestido que ahora tiene. No pudo sostener mas tiempo su embuste el ermitaño; y viéndose convencido se puso de rodillas, pidiendo perdon, despues de haber confesado la ver-

dad. Mi padre, que miraba las cosas como quien está para espirar, dixo que le despidiesen sin hacerle daño, y apénas el pícaro oyó esta expresion, quando levantándose de la humilde postura en que estaba, corrió hácia la puerta; pero no salió tan pronto que no le alcanzase un terrible puntapie que le dió mi tio, con que le ayudó á salir, cargado de mil imprecaciones que le dixéron todos los concurrentes. Luego que se fué el ermitaño, mi padre que no acababa de volver de su sorpresa, exclamó, por fin: ¡Cárlos! ¿dónde estás? ven á los brazos de

tu padre, que te vuelve toda su ternura. — ¡ Ah, padre mio !

Abracé estrechamente á mi padre, le hice quantas caricias caben en semejante situacion ; y despues de mil tiernas expresiones, el buen anciano, habiendo hecho romper su primer testamento, dictó otro enteramente en mi favor ; pero, exîgí que en él se insertase la cláusula de que en caso de que pareciese mi hermano, entendria yo la obligacion de entregarle la mitad de la herencia.

Aquella misma tarde tuve el dolor de ver espirar á mi padre entre mis brazos; y al dia siguien-

te mi tio, dexando el trage de peregrino, y vistiéndose conforme á sus facultades y clase, se tomó el trabajo de arreglar mis asuntos, y lo hizo con el mayor esmero. Nunca se habia casado; y el hábito de peregrino era conseqüencia de una promesa que habia hecho de visitar un santuario muy distante si salia de una grave enfermedad que á la sazon padecia. Me hizo mil favores y beneficios, y me prometió que seria su heredero. Algunos dias despues, por medio de instrumentos auténticos que nos remitiéron, supimos que mi hermano ya no exîs-

tia. Habia dexado la casa de mi padre para ser raptor de una jóven, con la qual viagó algun tiempo; pero habiéndose encontrado con un hermano de su querida, saliéron desafiados, y Saturnino quedó muerto en el campo de batalla. En conseqüencia quedé dueño absoluto de la herencia. Me hallaba rico; pero no tranquilo, porque no podia apartar de mi memoria á mi hermosa desconocida, y los subterráneos que, segun lo que me habian dicho, tenian comunicacion con la ermita de San Leonardo. Así que estuviéron arregladas todas mis co-

sas, hablé á mi tio de mis amores y de mi proyecto de buscar por todas partes á la que amaba. Mi tio, que por lo mucho que me queria nunca se oponia á mis deseos, prometió acompañarme; y con su auxîlio, dispuse el plan que oireis para registrar la ermita, que estaba al cuidado de nuestro mayor enemigo.

Miéntras tuve el honor de ser sacristan nunca me ocurrió la idea de tomar las llaves y probarlas en todas las puertas, particularmente en la que estaba junto al altar de la capilla, puerta que sin especial cuidado no podia conocerse. Me

hubiera sido muy fácil el hacerlo miéntras el ermitaño dormia; pero yo era demasiado inocente y escrupuloso para atreverme á una accion que tenia por muy reprehensible. Sin embargo, para descubrir aquel secreto no habia otro medio, y este ya me era imposible. ¿Qué habia de hacer? Tenia yo un criado muy astuto, llamado Frontin; le dí seguras señas de la posada del pueblo adonde el ermitaño iba todos los dias á hacer sus provisiones, y le dixe: de dos á dos dias acostumbra este picaron llevar á la posada un cántaro vacío y traer otro lleno

de vino; te has de proveer de unos polvos narcóticos; irás á beber á la posada, y con el mayor disimulo procurarás echarlos en el cántaro vacío que está siempre junto al mostrador; y de este modo, quando le llenen, quedará el vino dispuesto segun mi deseo.

Frontin hizo exàctamente lo que yo le habia ordenado, y aun tuvo el gusto de ver llenar el cántaro, y saber que á la mañana siguiente vendria el ermitaño á llevársele. Mi tio y yo no perdimos tiempo; y aquella misma noche fuimos á dormir al convento de

Capuchinos, para llegar á tiempo á la ermita la mañana siguiente. Nos levantamos muy temprano, y disfrazándonos perfectamente tomamos el camino de la ermita que hallamos cerrada, de lo que inferimos que ya habia salido de ella el falso santo varon. Nos retiramos á un bosquecillo cercano, y al cabo de dos horas le vimos volver tan cargado como siempre. Como estaba solo, pues aun no habia tomado quien le ayudase, temimos que al entrar cerrase la puerta, ó bien para almorzar, ó para descansar sin cuidado. Por tanto, apénas abrió la puerta, en-

tramos tras él y nos pusimos de rodillas en un rincon de la capilla. Nos miró y recelamos que nos conociese; pero no fué así, gracias á lo bien disfrazados que ibamos; y le vimos entrar en la sacristía. Sabia yo que apénas volvia de sus expediciones, acostumbraba almorzar y echar tres ó quatro tragos de vino; y por eso dexamos pasar el espacio de una hora, para que el soporífero hiciese su efecto. Al cabo de este tiempo nos aventuramos á entrar con el mayor silencio en la sacristía, cuya puerta habia quedado entreabierta. Pero, ¡qual fué nuestra sorpresa

no hallando en ella al ermitaño! Lo registramos todo, y á nadie encontramos. He aquí, dixe, lo que sucedió con mi querida: desapareció de este sitio; y estoy tan seguro de que no salió, como ahora de que está escondido este picaro, aunque no sé donde. Sin duda hay aquí alguna puerta oculta: ¿pero donde? estas paredes son de mampostería en toda su extension. ¿Si nos habrá conocido y habrá saltado por aquella ventanilla? pero, ademas de ser muy estrecha, dá sobre el Loire que baña las paredes de este edificio; y ciertamente el ermitaño no habrá que-

rido ahogarse para huir de nosotros.

Pronto salimos de estas confusiones; pues á breve rato sentimos que se meneaba el suelo que pisabamos. Me atemorizé; pero mi tio me cogió del brazo, y ambos nos metimos debaxo de la camilla del ermitaño. Al instante vimos levantarse una trampa, luego asomarse una cabeza, y despues todo el cuerpo del hermano Lucas, que en voz descompuesta dixo: ¡qué diablos! esta maldita trampa está hoy muy dura. Tenia en la mano el famoso cántaro, del qual, sin buscar vaso,

se echó un valiente trago. A poco rato, haciendo los polvos su efecto, titubeó, bostezó, alargó los brazos, y se encaminó hácia donde nosotros estabamos. Temí que se echase á dormir; pero al parecer mudó de intencion, pues de repente se volvió, salió á la capilla, y fué á cerrar la puerta principal; y no teniendo bastante fuerza para volver á la sacristía, se tendió quan largo era sobre un banco, y empezó á roncar extraordinariamente.

Nosotros nos hallábamos en el colmo de nuestros deseos, pues el ermitaño no nos estorbaba, y co-

nociamos el secreto de la trampa: ¿pero nos aventurariamos á registrar aquellos subterráneos? ¿nuestras vidas estaban seguras? A la verdad estabamos bien armados; ¿pero podiamos adivinar lo que se encerraba en aquella obscura habitacion? Mi tio hizo estas reflexîones, y su ánimo se hallaba vacilante; pero yo, que era vivo, impetuoso, y, sobre todo, emprendedor, le animé haciéndole ver que seguramente no podiamos encontrar allí ladrones ni gente alguna temible. Por espacio de tres años que yo habia vivido en la ermita, nunca habia visto cosa

que pudiese inspirar desconfianza, y mucho ménos espanto. En fin para no omitir precaucion alguna, saqué dos faroles que yo sabia estaban en cierto caxoncito; los preparé y encendí en la lámpara que dia y noche ardia ante el altar; dí uno á mi tio, me quedé con el otro; y sin detenerme á otra cosa levantando intrépidamente la trampa descendí el primero. Un presentimiento oculto me decia que me seria favorable el registro que iba á hacer... ¿y por qué causa? la ignoraba; pero me sentia animoso y esperanzado. Mi tio me seguia con la luz en la mano, y en la otra una

pistola. Baxamos una escalera de caracol, y al fin de ella encontramos una reja que nos cerraba el paso. ¡Qué contratiempo! No importa, dixe yo; el ermitaño sin duda tiene consigo la llave; id, y quitadle el manojo de ellas, y las probarémos todas.

Hízolo mi tio con toda felicidad, y tomando yo las llaves, empezé á probarlas. Tropecé en fin con la conveniente para el intento, abrí la reja, y nos hallamos en un vasto subterráneo iluminado con una lámpara. Tomamos la direccion á la derecha, y fuimos á dar á una especie de capilla don-

de ardian seis lámparas. En medio descollaba un magnífico sepulcro con una estátua de mármol blanco, que representaba á un jóven armado de pies á cabeza, y en el pedestal la siguiente inscripcion:

Aquí pereció, á manos de vandidos, el jóven Leonardo, Conde de Asfel. No está aquí su cuerpo; pero se han depositado en este cenotáfio algunas piedras teñidas con su sangre. Los que llegareis á este monumento rogad á Dios por el alma de este amable jóven, que fué constante y desdichado.

Cumplimos con el encargo prevenido en la inscripcion, y con-

tinuamos nuestra pesquisa. Eran inmensos estos subterráneos, y habiamos caminado por ellos largo rato sin descubrir á nadie. En fin dimos con una especie de sala, con varias celdillas ó alcobas á lo largo de ella, y allí, con grande admiracion nuestra, hallamos siete ú ocho mugeres dormidas al rededor de una mesa llena de los restos de un abundante almuerzo. Nos pareció que el sueño de ellas seria sin duda efecto del mismo narcótico que habia entorpecido al ermitaño. En tanto que mi tio estaba inmóvil contemplando aquel espectáculo, la curiosidad, muy natural en mi

edad, me habia obligado á acercarme á aquellas mugeres, y exâminar á todas con mi farol. Entre ellas estaba la vieja tia de la que yo amaba, y ésta junto á ella, durmiendo reclinada en una silla.

Aquí está, exclamé, aquí está, tio, la que busco. — Calla, imprudente: ¿quién dices que está ahí? — La que amo y amaré miéntras viva: no perdamos un momento: manos á la obra. — ¿Pues qué quieres hacer? — Llevarla conmigo y substraerla á sus perseguidores. — ¡Insensato! ¿piensas que?... — ¡Ah, señor! permitid que os recuerde el villete que

me escribió la primera vez que tuve la dicha de verla; todavia me acuerdo de él. — *Todo me da á entender que sois hombre honrado y bien nacido. Si podeis arrancarme del poder de una tia que quiere sacrificar mi juventud, y por otra parte, me ha causado los mayores sentimientos, obligareis infinitamente á la muger mas desdichada.* Sobre poco mas ó ménos estas eran sus razones: ya lo veis, tio: la ocasion es favorable: saquémosla de este sitio, en que sin duda exerce el fanatismo máximas detestables. Servios de ayudarme: yo conozco el efecto soporífico y largo de los pol-


BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SEVILLA



Hiena, que escondida espera,
Y al incauto pasagero
Con acento lastimero
Le llama para que muera;
Aspid, que en la verde esfera
De las flores se disfraza,
Veneno en dorada taza,
Tal la hipocresía veo:
Y es el delito mas feo
De quantos el hombre abraza.

M. Garrido lo g.º

vos : tiempo bastante tenemos para transportarla de este sitio. Mi tio se oponia á mis ideas; me hacia mil reflexîones ; pero al cabo triunfó el cariño que me tenia , y se prestó á mis ideas. Atamos fuerte y seguramente las luces á nuestros sombreros : mi tio la cogió por las rodillas, y yo por debaxo de los brazos : anduvimos así algun rato ; pero fué terrible nuestra confusion al reconocer que nos habiamos extraviado : dexamos en el suelo á la señorita , y nos pusimos á exâminar las diferentes sinuosidades de los subterráneos. Yo descubrí una escalera muy estre-



cha, y semejante á aquella por donde habiamos descendido; y en conseqüencia volvimos por la hermosa dormida, pero empezaba á despertarse; miró como espantada al rededor de sí; reparó en nosotros, y prorumpió en un terrible grito que nos hizo estremecer. Yo me postré á sus pies, y en voz baxa, la dixe: señorita, reconoced á un hombre que tiernamente os ama, y fiaos de su respeto, pues su intencion no es otra que la de libertaros.

Ella me miró, no me contestó; pero la alegría que mostraba en su rostro, indicaba que me habia cono-

cido. Mi tio se acercó; la dixo quien era; y sin detenerse á mas, ni resistirse ella, la cogió del brazo, y la conduxo al pie de la escalera que habiamos descubierto. Subimos por ella, y fuimos á parar á una puerta de madera; acudí á las llaves; y á la segunda que apliqué á la cerradura abrí la puertecilla, que justamente era la que daba á la capilla. Todavia estaba en ella el ermitaño dormido, por lo qual sin el menor recelo pasamos, y salimos al campo. Nos apresuramos á llegar al primer pueblo, donde tomamos caballos, pagándolos excesivamente; y por la

noche llegamos felizmente á mi casa. Hasta este punto, la señorita nada nos habia hablado; y asustada tal vez por la imprudencia que creia cometer, apénas se atrevia á mirarnos. Solo nos contestaba quando la dirigiamos algunas preguntas; mas quando vió la opulencia y tono de nuestra casa (digo nuestra, porque mi tio vivia conmigo) se tranquilizó; y con la mayor expresion nos dió las gracias por el favor que la habiamos hecho. La participamos el ardid de que nos habiamos valido; le aplaudió, y nos aseguró que sola una gota de aquel vino, echa-

da en un vaso de agua , habia sido suficiente para adormecerla tan profundamente ; y así juzgaba que su tia ydemas mugeres no despertarian en dos ó tres dias. ¿ Pero á qué se reducia, la pregunté, y en qué os ocupabais en un sitio tan melancólico ? á lo que me contestó :

Mi tia , que queria sacrificarme por lo que algun dia sabreis , buscaba un sitio de reclusion y austeridad , para acabar en él sus dias y los mios. No me participó su resolucion hasta pasar á Francia desde Inglaterra , de donde somos naturales ; y por la relacion que os

haré de mi historia, conocereis que yó dependia absolutamente de ella. En un pueblo de estas inmediaciones, en donde se detuvo por una leve indisposicion, hizo conocimiento con una muger de alguna edad que la dió noticias de la ermita y ermitaño de San Leonardo. En conseqüencia, apénas se vió restablecida dirigimos nuestro viage á la ermita. Lo que habló en secreto con aquel bribon, no lo sé; pero sí que éste y aquella me hiciéron baxar al subterráneo, donde me intimaron la sentencia de que no volveria á ver la luz del sol. Lo que allí pasa no lo pue-

do declarar, tanto por respeto á ra religion, como á la decencia; pero baste deciros que la doctrina de aquel malvado tiene tan ilusas á aquellas infelices, que por todos los tesoros del mundo; no querrian salir de aquella caberna; ni el ermitaño se lo consentiria porque no se descubriesen sus infamias. No era pues posible que yo hubiese recobrado mi libertad á no ser por vuestra diligencia; y pues habeis empezado á favorecerme, yo os suplico que continueis amparándome en esta casa. Los cuidados domésticos me son familiares; mi educacion ha sido bas-

tante fina; y sé quanto debe una muger casera, sin serme desconocidas algunas habilidades de puro adorno. No tengo padres, amigos, ni parientes; vosotros lo sereis todo para mí, y os amaré lo mismo que he amado al hombre desgraciado que me dió el ser. Dicho esto, la hermosísima Inglesa se apoderó de la mano de mi tio, inundándola con sus lágrimas; y de todo quedó tan enternecido, que la abrazó estrechamente prometiéndola seguridad, proteccion y comodidades. Yo la destiné criadas que la sirviesen, la señalé por suya la habitacion de mi padre; y

la dexamos para que descansase quanto quisiera.

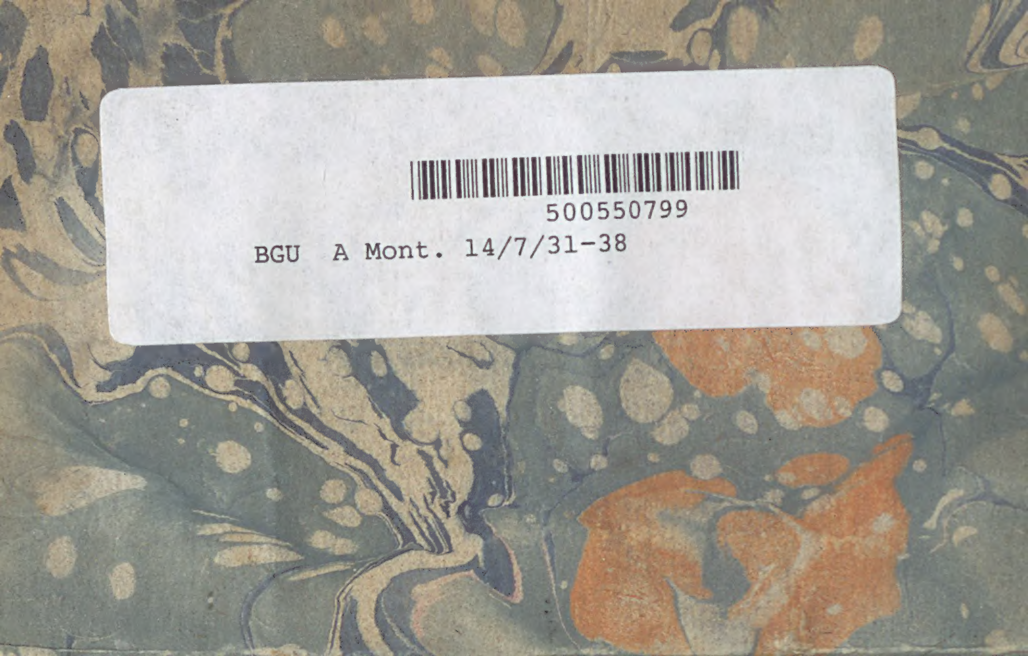
Quando mi tio se vió solo conmigo, me preguntó quáles eran mis intenciones; y sin detenerme le respondí que mi designio era casarme con aquella muger. No mostró repugnancia; pero exîgió que primeramente supiésemos de la misma señorita todo lo respectivo á su clase y nacimiento, á fin de exâminar si, como lo parecia, era digna de nuestra alianza. Parecióme muy justo este modo de pensar: dexamos que la extrangera descansase algunos dias, y quando ya nos conocimos bien establecidos en su

confianza, exîgimos la suya, y que nos contase su historia, lo que prometió hacer. Durante este intervalo supimos que el hermano Lucas no estaba ya en su ermita, porque la justicia, noticiosa de la falta de muchas mugeres que desaparecian de sus familias, procuró indagar la causa; y al fin por sospechas trató de hacer un registro en la ermita. Cavalmente le hizo en la tarde del dia en que nosotros sacamos á la Inglesa del subterráneo, con cuyo motivo lo halló todo manifiesto; y en efecto dió con el ermitaño y las mugeres en la cárcel, donde la tia de nuestra Inglesa mu-

rió de susto. Las demas fuéron castigadas como convenia; pero el ermitaño seguia preso, porque era preciso hacer muchas averiguaciones importantes, y aun se decia que saldria para la horca.

La sobrina lloró la muerte de su tia, á pesar de sus violencias. Despues nos contó su historia, la qual escribí en algunos ratos de ocio. Aquí tengo el manuscrito, pero es tarde; y en mi edad se hace muy sensible el fresco. Mañana leeremos la historia; y en ella encontrareis excelentes lecciones, particularmente de amor filial y de sumision.






TARDES
DE LA
GRANJA


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm